

Junio 2012 6

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Servidores y testigos de la verdad. Plan Pastoral para la Archidiócesis de Madrid. Curso 2012-2013 451
- Educación cristiana para las nuevas generaciones. Conferencia pronunciada en la Pontificia Academia de las Ciencias 466
- Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo 489
- San Juan Bautista y el don de la alegría espiritual en tiempos difíciles 495

VICARÍA GENERAL

- Nota sobre la procesión del Corpus Christi 498

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Consejo Presbiteral 2012-2015 499
- Nombramientos 503
- Distinciones Pontificias 506
- Sagradas órdenes 507
- Defunciones 509
- Actividades del Sr. Cardenal. Junio 2012 511

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Actividades del Sr. Obispo. Junio 2012 513

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Jornada Mundial de oración por la santificación de los sacerdotes 519

- Carta pastoral "Llenos de amor por el hombre con la antorcha de Cristo en la mano".
Gran Misión Diocesana, con motivo del 25 aniversario de la creación de la Diócesis
de Getafe 524

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 570
- Defunciones 571

Conferencia Episcopal Española

- Documento Asamblea Plenaria "La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el
amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar" 573
- El Presidente de la Conferencia Episcopal Española envía una carta de adhesión a
Benedicto XVI 628

Iglesia Universal

VISITA PASTORAL A LA ARCHIDIÓCESIS DE MILÁN Y VII ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS

- Encuentro con la población 631
- Concierto Teatro de la Scala 635
- Celebración de la hora media con sacerdotes, religiosos, consagrados y semina-
ristas 638
- Encuentro con los confirmandos 642
- Encuentro con las autoridades 646
- Fiesta de los testimonios 650
- Celebración eucarística 658
- Rezo del Ángelus 663
- Palabras en el almuerzo en el Arzobispado 666

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.com - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXX - Núm. 2845 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

SERVIDORES Y TESTIGOS
DE LA VERDAD

Plan Pastoral
para la Archidiócesis de Madrid
Curso 2012-2013

Carta Pastoral del
Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzobispo
D. Antonio María Rouco Varela

Madrid, junio 2012

Mis queridos hermanos y amigos:

Con motivo de la Fiesta de San Juan de Ávila, declinando ya el curso pastoral 2011-2012, deseo presentar a la Comunidad diocesana nuestra propuesta pastoral de la **Misión-Madrid** para el curso próximo 2012-2013, que culminará con el Año de la Fe en la Solemnidad de Cristo Rey del Universo del año 2013. Esa será nuestra respuesta a la llamada del Santo Padre a una Nueva Evangelización.

I. La llamada del Papa a la Nueva Evangelización y la respuesta de la Archidiócesis de Madrid

1. La JMJ-2011 y sus frutos, que venimos experimentando, nos animan a ello. Con un corazón generosamente abierto a la llamada de Jesucristo, nuestro Amigo, Hermano y Señor, queremos hacernos eco de las palabras del Papa a los jóvenes en la Homilía de la Eucaristía de Cuatro Vientos y de las dirigidas a los voluntarios al despedirse de España y de Madrid en el IFEMA: *“No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios”*. *“¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en la misión de anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, de la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esta inquietud, dejaos llevar por el Señor y ofrecedos como voluntarios al servicio de Aquél que «no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10, 45). Vuestra vida alcanzará una plenitud insospechada”*. Decir corazón generosamente abierto equivale a ofrecer a Cristo nuestros pensamientos, nuestra libertad, toda la voluntad, todo nuestro haber y poseer, ¡todo nuestro ser!, para poder corresponder fielmente a lo que el Sucesor de Pedro nos pedía y nos pide: una entrega netamente apostólica, es decir, un espíritu y una disposición misionera para estar prestos a evangelizar.

2. El Año de la Fe, convocado por él, nos abre al horizonte de interrogantes y angustias que ocupan y preocupan no sólo al mundo juvenil de nuestros días, sino también a toda la sociedad. Benedicto XVI nos recordaba y explicaba con reflexión y palabras clarividentes en su Encíclica *Caritas in Veritate* del día de San Pedro y San Pablo del año 2009 cómo lo que se llamaba y conocía en el siglo pasado como “cuestión social” revestía, en estas primeras décadas del siglo XXI, las características de una “cuestión antropológica”, más aún, de una realidad extraordinariamente problemática y crítica en cuyo fondo estaba aconteciendo una profunda ruptura con Dios: ¡una hondísima “crisis espiritual”! El hombre estaría de nuevo en trance de pretender construir un mundo social y culturalmente sin Dios; por lo tanto, en su misma raíz humana, ¡sin Cristo! Y un “humanismo que excluye

¹ *Caritas in Veritate*, 78

a Dios es un humanismo inhumano”¹. Porque constituiría una ceguera histórica olvidar que “no hay desarrollo pleno (superación de “la crisis”) ni un bien común universal sin el bien espiritual y moral de las personas, consideradas en su totalidad de alma y cuerpo”².

3. La respuesta de Madrid. ¿Representa Madrid un oasis de fe y de auténtica vida cristiana en esta hora de la crisis espiritual de España y de toda Europa? Sospechamos que no. También en la sociedad madrileña, en aspectos bien visibles de sus expresiones y experiencias humanas, socio-económicas y culturales, se nota la influencia de la negación explícita e implícita de Dios y de una visión del hombre y de la vida marcada profundamente por el relativismo moral, incluso, por una pretensión de establecer su hegemonía pública en forma muy parecida a la denunciada por Benedicto XVI como “*dictadura del relativismo*”. También nuestra crisis económica, social, familiar y cultural no es separable de la crisis espiritual: de la crisis de la fe cristiana, nítidamente perceptible en la mentalidad y en la vida práctica de muchos de nuestros conciudadanos y hermanos madrileños. Tanto la memoria vigorosamente viva y gozosa de la JMJ-2011 del pasado agosto, como la clarividencia histórica y pastoral que trasluce luminosamente la convocatoria del Año de la Fe en la Carta Apostólica *Porta Fidei* de 11 de octubre del año pasado, nos impulsan a concebir y configurar nuestra respuesta a la llamada a la Nueva Evangelización -que tan insistentemente nos reiteraba el beato Juan Pablo II y que ahora, con nueva premura, nos dirige Benedicto XVI- de forma profundamente renovada, es decir, impregnada de entusiasmo y espíritu misionero. La expresión de la caridad cristiana llega a su cumbre cuando se hace “misionera” o, lo que viene a significar lo mismo, cuando se propone llegar a lo más íntimo del ser humano presentándole y acercándole su mayor bien: ¡la fe en Cristo, Redentor del hombre!

Con qué actualidad resuena en este momento del inicio de la **Misión-Madrid** lo que nos decía nuestro Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en el III Sínodo Diocesano de Madrid en la audiencia especial que nos concedió en julio del año 2005 con motivo de su clausura, muy pocos meses después de su elección como Sucesor de Pedro: “*En una sociedad sedienta de auténticos valores humanos y que sufre tantas divisiones y fracturas, la comunidad de los creyentes ha de ser portadora de la luz del Evangelio, con la certeza de que la caridad*

² *Ibíd*em, 76

es, ante todo, comunicación de la verdad”. Comunicar la verdad es igual a comunicar la fe en Jesucristo, “Camino, Verdad y Vida”, con palabras y obras. “La fe es su contenido” afirmaba Romano Guardini³. La fe es inseparable de su contenido. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo expresa así: “*Creer en Dios es inseparablemente creer en Aquél que Él ha enviado, su Hijo Amado, en quien ha puesto toda su complacencia (Mc 1,11)*”⁴. Comunicar y transmitir la fe presupone e incluye dos actitudes y actuaciones: confesarla y profesarla. “*La palabra está cerca de ti, la tienes en los labios y en el corazón. Se refiere a la palabra de la fe que anunciamos. Porque, si profesas con tus labios que Jesús es el Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo (Rom 10,8 a)*”. He aquí nuestra gran tarea para el Año de la Fe; tarea, a la vez, espiritual, apostólica y pastoral: ¡creer y confesar con toda nuestra mente, con toda el alma y con todo el corazón que Jesús es el Señor y Salvador, y profesar esta fe ante el mundo, “en la plaza pública de la historia”⁵!

II. La Confesión y la Vida de la fe

1. Confesar la fe en toda la integridad y la vitalidad de su contenido es sólo posible cuando el alma ha vivido en actitud de humilde apertura espiritual y de voluntad de conversión el encuentro con el Señor: ¡con Jesucristo! Lo que implica dejar y buscar que su amor actúe en lo más entrañable de uno mismo: ¡en el corazón! Dicho con otras palabras, es posible cuando la persona está dispuesta a allanar a la gracia la puerta del acceso interior al ejercicio de su libertad: a la gracia que le previene, que la acompaña y sostiene en el sí más decisivo y trascendente de la vida, ¡el Sí a Dios!

Una renovación auténtica de la confesión de la fe requiere, por lo tanto, un nuevo recorrido del itinerario espiritual del *quaerere Deum* -la búsqueda de Dios- y un conocimiento pleno y “saboreado” de su Verdad, revelada en el Misterio de la Encarnación y de la Pascua de su Hijo Jesucristo, el Salvador del hombre. Para la comprensión y la vivencia adecuada de este proceso humano y espiritual podría muy bien aplicarse la muy conocida máxima de San Anselmo de Canterbury:

³ Cfr. ROMANO GUARDINI, *Vom Leben des Glaubens*, Mainz 1963,33: “*Der Glaube ist sein Inhalt*”.

⁴ CIC, 151.

⁵ Cfr. BENEDICTO XVI, *Palabras a la peregrinación de Madrid*, 2.IV.2012.

intellectus quaerens fidem -el entendimiento que busca la fe- y *fides quaerens intellectum* -la fe que busca el entendimiento-. Sí, hay que sentir y vivir con nuevo ardor la inquietud de salir al encuentro de Cristo que viene y, encontrándolo, ansiar conocerlo con toda la mente y con todo el corazón en el esplendor de la bondad y de la belleza de su rostro que irradia Amor infinito, humano-divino, por nosotros. Sólo así podrá surgir en este año tan apremiante del “corazón de la Iglesia” (Santa Teresa del Niño Jesús) una confesión de la fe católica profundamente renovada, portadora de un testimonio del Evangelio verdaderamente sanador y salvador para el mundo y los hombres de nuestro tiempo que sufren tan dolorosamente la ausencia de Dios en su cuerpo y en sus almas, en su existencia personal y en las realidades familiares y sociales que los condicionan tan dramáticamente.

2. Nos encontramos en primer lugar, ante la necesidad de hacer de nuevo el recorrido espiritual del camino de la fe como un recorrido personal y un recorrido eclesial.

La **Misión-Madrid** comenzará y se mantendrá apostólicamente viva y vigorosa si parte de la acogida interior de la llamada del Espíritu en la oración personal y en la de toda la comunidad diocesana. La plegaria de la Samaritana -“Señor, danos tú de beber”, “danos de esa agua (Jn 4,15)”- ha de impregnar desde ahora mismo la oración de cada hijo e hija de la Iglesia: la de las comunidades de vida contemplativa, de los consagrados y consagradas, las preces de los fieles y la oración litúrgica; la oración personal de los sacerdotes y de los obispos. Pidiendo ferviente e insistentemente al Señor que derribe los obstáculos y rompa los candados con los que intentamos cerrarle su paso a nuestras vidas y a la vida de las comunidades eclesiales, estará asegurada una renovada y actual experiencia de la conversión. Nos convertiremos a Él de nuevo, dejándonos guiar por la luz y la fuerza de su amor: ¡por el Evangelio! A la oración, que suplica y busca sinceramente la conversión, sigue y acompaña, como por connaturalidad interna, el espíritu y disponibilidad para hacer penitencia y pedir perdón por nuestros pecados, especialmente, por los pecados explícitos y directos contra la fe. Oración y penitencia representan los dos aspectos integrantes y simultáneos de lo que posibilita y constituye la experiencia lograda de la fe: ¡el encuentro con el Señor que nos salva!

La preparación y la vivencia de los Tiempos de Adviento y de la Cuaresma del próximo año litúrgico habrán, pues, de incluir todas aquellas formas de ayuda



doctrinal y espiritual para la purificación de la conciencia, el arrepentimiento y el propósito de la enmienda que enderecen la vida cristiana por la senda de la caridad perfecta y de la santidad y que se han venido cultivando en la doctrina y en la praxis pastoral de la Iglesia, de ayer y de hoy. Las charlas cuaresmales, los ejercicios espirituales, la *lectio divina* y otros instrumentos de ayuda para la vida espiritual, reconocidos y recomendados por la experiencia pasada y presente de la Iglesia, habrán de encontrar su lugar, con la debida proporción, en la programación del curso pastoral próximo. Uno de sus momentos álgidos deberán ser las “peregrinaciones” de las Vicarías Episcopales a nuestra Iglesia Catedral de La Almodena en los días de “las estaciones cuaresmales”: un modo excelente de confesar públicamente la fe en Jesucristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre, el único que puede salvarnos: una confesión de fe valerosamente pronunciada desde y con la convicción de su capacidad única para transformar al hombre en la totalidad de su conducta; más concretamente, al hombre y a la sociedad de esta hora tan crítica de nuestra historia. Su autenticidad se revelará plenamente si se manifiesta en un cambio cristiano de estilo y de la substancia de la vida.



3. La Confesión de la fe vivida y transmitida con todo su vigor y fuerza salvadora implica como condición indispensable el conocimiento íntegro de lo que significa y contiene intelectual y existencialmente el sí a Cristo y a la historia de la Salvación a la luz de la revelación plena de la verdad de Dios y de la verdad del hombre.



La Iglesia ha puesto a disposición de todos los fieles -pastores, consagrados, laicos...- el *Catecismo de la Iglesia Católica*: ¡un fruto excepcional del Concilio Vaticano II! Así lo valoraba el Beato Juan Pablo II. Benedicto XVI, en su Carta Apostólica *Porta Fidei*, lo presenta como el instrumento formativo básico y de uso imprescindible para todo formato de catequesis o lecciones teológicas impartidas a cualquier grupo de fieles del tipo que sea -niños, jóvenes, adultos; en familia, en comunidades parroquiales, colegios, asociaciones y movimientos...etc.- durante el Año de la Fe. En el caso de las catequesis y de otras iniciativas de formación doctrinal y espiritual para los jóvenes será conveniente, además, contar con el *Youcat*: el “regalo” del Papa para los jóvenes de la JMJ-2011. Nos proponemos, por consiguiente, inspirándonos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, ofrecer una serie de catequesis sobre los artículos centrales del Credo, que habrán de seguirse como guión doctrinal en todas las actividades de índole catequético o de formación teológica y bíblica que se programen para el curso próximo en las parroquias,

capellanías, colegios, cofradías, hermandades, asociaciones y movimientos apostólicos de nuestra Archidiócesis.

III. La Profesión de Fe

Profesar la fe en Cristo, Redentor del hombre, es la vocación de la Iglesia desde sus orígenes. En Pentecostés, los apóstoles reciben el Espíritu Santo para proclamar a todas las naciones en su propia lengua que Cristo ha vencido la muerte y se ha convertido en el Señor de la Historia que llama a todos los hombres a la obediencia de la fe. Acoger esta buena noticia es la condición para salvarse. Por eso la Iglesia no deja de anunciar el Evangelio de la salvación y dar testimonio de él con la palabra y con la vida. Somos “*servidores y testigos de la Verdad*”.

La **Misión-Madrid** consiste precisamente en hacernos responsables de este servicio y testimonio de la verdad en todas las comunidades y ambientes de nuestra diócesis. Somos convocados, por tanto, a confesar con los labios y con el testimonio de nuestra vida la gran verdad que nos salva, Jesucristo, el Señor. Todos los caminos son buenos —he aquí nuestro reto— si tenemos clara la finalidad y el contenido de la misión, como ya hemos dicho: proclamar el Credo, la fe que salva el mundo.

En esta misión tendremos una serie de actos centrales que harán patente la *comunión de fe y vida* que es la Iglesia. La Iglesia no es una sociedad amorfa, sino un pueblo que camina en la historia, un cuerpo estructurado con ministerios y carismas, el Cuerpo de Cristo que, a través de los sacramentos de la gracia y de su acción espiritual, visibiliza la salvación del Señor. Por eso, durante, la misión haremos visible la belleza y la armonía de la Iglesia en celebraciones litúrgicas, peregrinaciones, encuentros y vigili­as de oración donde proclamaremos la fe y actualizaremos los misterios de nuestra salvación. Tomar parte en estos actos es exigencia del misterio de comunión en torno al Obispo, que, como sucesor de los apóstoles, es garantía de la unidad y comunión de la Iglesia diocesana.

La Iglesia es para el mundo “*sacramento universal de salvación*” y el mundo, imposibilitado por la esclavitud del pecado de alcanzar la gloria de Dios —su destino y finalidad!—, es por la Iglesia el lugar donde comenzó el Reino de Dios, que ha de ser extendido hasta que Cristo lo lleve también a su perfección, cuando se manifieste Él mismo, nuestra vida (Cfr. LG, 48 y 9). Los misterios que celebra-

mos no son sólo para los creyentes sino que encierran dentro de sí una fuerza e impulso misioneros. Dicho de otro modo: Cristo quiere alcanzar a cada persona para amarla y redimirla plenamente. Los medios de comunicación social con sus nuevas técnicas son un instrumento idóneo e imprescindible hoy para expandir y potenciar el afán misionero de la Iglesia. Convocamos, por tanto, a trabajar en este campo que facilita la comunicación de la verdad y la hace accesible a tantas personas del mundo entero.

IV. *La Misión-Madrid* en el cambio de la cultura y de la sociedad

La fe cristiana tiene la capacidad de impregnar todos los aspectos de la vida del hombre. Lleva en si misma una vocación de totalidad. El Hijo de Dios, al haber asumido nuestra condición humana, no deja ningún aspecto de la vida humana sin iluminar ni transformar. Es preciso, por tanto, que la misión alcance todos los ámbitos de la sociedad y a todas las **expresiones culturales** descubriendo en ellos un lugar privilegiado para proponer a los hombres la salvación de Cristo. Benedicto XVI es un claro exponente del interés de la Iglesia por dialogar sobre la condición humana desde la novedad de Cristo y mostrar que la cultura, si es auténtica humana, está abierta al evangelio y se deja penetrar por él.

No debemos olvidar que estamos a punto de celebrar el **cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II**, que presentó nítidamente el lugar que ocupa la Iglesia en la sociedad e impulsó el valor misionero del compromiso social cristiano.

La **Misión-Madrid** nos ayudará a presentar cómo la Iglesia, en esta difícilísima coyuntura histórica de crisis global y generalizada, se preocupa por el hombre en su integridad haciendo memoria de la *caridad de Cristo* que se hace tangible, no sólo en la materialidad de las **obras de Cáritas**, sino en el testimonio vivo de los creyentes, que sustentan dichas obras, y que constituyen un voluntariado ejemplar. Testimonio activamente presente en la necesaria renovación evangélica de las realidades económicas, sociales y políticas que nos envuelven. Se podrá constatar que los pobres, enfermos y abandonados ocupan un lugar privilegiado en la vida de nuestra comunidad creyente.

Tal como se hizo durante la Jornada Mundial de la Juventud, la **Misión-Madrid** pondrá de relieve la **vida de los santos en nuestra diócesis**, señalando aquellos itinerarios de su vida que hicieron de muchos lugares de nuestra ciudad una

memoria venerable de sus virtudes y obras apostólicas. Igualmente, aprovecharemos para dar a conocer el rico patrimonio histórico y cultural, obra de la fe que se hace cultura y vida.

La misión cristiana debe hacerse especialmente presente en los ámbitos del pensamiento, que tiene en la **Universidad** un lugar propio donde se debaten problemas que afectan a diversas áreas de la vida social. Confío en que una misión en este campo urja a los cristianos que trabajan en la Universidad a dar testimonio de Cristo y de la verdad evangélica como el Papa Benedicto XVI explicó en el inolvidable acto de San Lorenzo de El Escorial durante la Jornada Mundial de la Juventud.

V. La Misión-Madrid y los jóvenes

No es necesario insistir en la importancia que tienen los jóvenes en la sociedad y en la Iglesia. Ellos son el futuro. De ahí que debemos dedicarles especial atención. El impulso dado a la pastoral juvenil durante la **Jornada Mundial de la Juventud**, tiene, según Benedicto XVI, un camino posterior en el que las nuevas generaciones reciban, con la pedagogía propia de su edad, la verdad que les haga crecer como cristianos. Es fundamental que en todas las **parroquias** y comunidades cristianas, así como en los **colegios**, sobre todo de titularidad católica, los jóvenes sean evangelizados y llamados a ser protagonistas de la vida de la Iglesia. Hemos de preparar, además, nuestra participación en la **Jornada Mundial de Río de Janeiro**, que abrirá a muchos jóvenes el horizonte de la misión en el continente iberoamericano, tan vinculado a nosotros precisamente gracias a la evangelización de nuestros antepasados. Invito a los jóvenes a participar plenamente en el programa diocesano común y a proponer iniciativas para llevar el evangelio a sus compañeros y amigos.

Dentro de la misión entre los jóvenes debemos también potenciar la **pastoral vocacional** tanto al sacerdocio ministerial como a la vida consagrada. La Iglesia necesita sacerdotes que sirvan generosamente a sus hermanos en la vivencia y sostenimiento de la fe. Tomar conciencia de esta necesidad nos ayudará a proponer el ministerio sacerdotal como un modo de identificarse plenamente con Cristo en su misión redentora, que nace de su sacrificio en la cruz. En este campo, son muchas las iniciativas que podemos proponer para valorar el ministerio sacerdotal y potenciar la llamada de Dios en el corazón de los jóvenes.

VI. La puesta en marcha de la *Misión-Madrid*

Toda la diócesis es el sujeto de esta misión. Nadie puede quedarse indiferente cuando se trata de anunciar el Evangelio de Cristo. Aunque exista un equipo diocesano encargado de ponerla en marcha, todos los cristianos debemos sentirnos llamados, según nuestra vocación y estado, a trabajar humildemente en la viña del Señor. La mies es mucha (*Lc 10,2*), decía Jesús a sus discípulos. Los campos de acción que sintéticamente he presentado son muchos y variados. Cada uno debe discernir dónde le sitúa el Señor, en las circunstancias normales de su vida, dónde trabaja o convive con otros, para hacerse allí *servidor y testigo de la Verdad*. La riqueza y complejidad de la Archidiócesis de Madrid exige que todas las parroquias, comunidades cristianas, asociaciones y movimientos eclesiales acojan la misión como una llamada de Cristo y se integren generosamente en su desarrollo. Así se hará visible la *comunión y la unidad eclesial*, que es, según la mente de Cristo, el presupuesto para que el mundo crea.

VII. Los frutos que esperamos

Será el Señor quien nos dé los frutos. A nosotros nos corresponde sembrar con la oración y el trabajo diario. No es difícil, sin embargo, vislumbrar en el horizonte los frutos que esperamos si tenemos en cuenta la gloriosa historia de siglos desde que por primera vez se proclamó el Evangelio: conversión a Cristo de las personas y de los pueblos, presencia viva de la salvación que alcanza a todo hombre, compromiso público de los cristianos que ha fraguado en obras inmensas de fecundidad apostólica en los diversos ámbitos de la sociedad (centros de enseñanza, hospitales, creaciones artísticas, etc.). Si somos fieles al Espíritu y a la Iglesia, no debemos dudar de que también en nuestro tiempo se realizara la renovación que necesitamos y volverá a ser fecundo el magnífico árbol de la Iglesia. A la confianza en el Espíritu unamos nuestra docilidad a su impulso y veremos que es Él quien renueva la faz de la tierra. Caminamos, además, en la senda del Concilio Vaticano II, cuya renovación no deja de desafiarnos a vivir con fidelidad la letra y el espíritu de su rico magisterio.

VIII. Conclusiones

He querido presentar, queridos diocesanos, un desafiante panorama de la misión que nos proponemos llevar adelante para la renovación de nuestra

Archidiócesis y de toda la vida cristiana. Necesitamos convertirnos al Señor para creer que Él quiere llegar al corazón de todos los diocesanos. Se trata de una propuesta pastoral que tiene la pretensión de llegar a todos los aspectos de la vida de nuestro tiempo. Una propuesta apostólica que no es distinta de aquella primera que el Señor propuso a los discípulos antes de subir a los cielos: Id y predicad el Evangelio. Aquella propuesta que san Pablo asumió como tarea de toda su vida cuando recibió la llamada del Señor a ser *servidor y testigo de la verdad*. Pongamos nuestras personas al servicio de esta misión sin esperar más premio que el hecho de hacerla. El Evangelio es nuestro premio. No dudemos de su eficacia y de su fuerza poderosa. Basados en esta confianza, estamos convencidos de que, como decía el beato Juan Pablo II, “*Dios abre a la Iglesia horizontes de una humanidad más preparada para la siembra evangélica. Preveo que ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión ad gentes. Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos*”⁶.

Pongamos este plan en manos de María, Nuestra Señora de la Almudena. Y pidamos vivir con su misma obediencia a la fe que hizo posible la Encarnación del Verbo. También Cristo volverá a hacerse presente en el corazón de los hombres que contemplarán las maravillas de Dios.

Con todo afecto y mi bendición

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Madrid, 15 de junio de 2012
Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

⁶ Juan Pablo II. *Redemptoris Missio* 3.

ANEXO

1. La ***Misión-Madrid*** comienza con la **peregrinación a Fátima los días 28, 29 y 30 de septiembre**. Nos ponemos en marcha con actitud de conversión y penitencia. Buscamos la protección de la Virgen María, que guardaba y meditaba en su corazón todo lo que se refería a su Hijo Jesús. A Ella, Madre de los creyentes, confiamos los trabajos y los frutos de la ***Misión-Madrid***.
2. **Celebración de Apertura de la *Misión-Madrid* el domingo 30 de septiembre, a las 19.00, en la explanada de la Catedral**, como acto final de la peregrinación a Fátima. Están invitados todos los fieles madrileños, especialmente los miembros de los Consejos Pastorales, todos los que desempeñan alguna tarea en los distintos ámbitos de la evangelización, las comunidades de Vida Consagrada, las Asociaciones y Movimientos Apostólicos.

Las palabras de san Pablo –“si profesas con tus labios que Jesús es el Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo” (*Rom* 10,8)–, nos ayudan a concretar y recordar ***nuestra gran tarea para el Año de la Fe***, tarea a la vez espiritual, apostólica y pastoral: ***creer*** y confesar con toda nuestra mente, con toda el alma y con todo el corazón que Jesús es el Señor y Salvador, y ***profesar esta fe ante el mundo***, “en la plaza pública de la historia”.



3. “La confesión de la fe vivida y transmitida con todo su vigor y fuerza salvadora implica el conocimiento íntegro de lo que significa y contiene intelectual y existencialmente el sí a Cristo” (ver más arriba II, 3).
Al comenzar el curso se organizará **en cada arciprestazgo un cursillo de catequistas** sobre la naturaleza, finalidad y tareas de la catequesis.
4. **Catequesis sobre los artículos del Credo**, para los grupos de parroquias, capellanías, colegios, asociaciones y movimientos.
5. **“Peregrinaciones” de las Vicarías Episcopales a nuestra Iglesia Catedral de La Almudena**: modo excelente de confesar la fe en Jesucristo, Salvador único, capaz de transformar al hombre y la sociedad.
6. *Servidores y testigos de la Verdad*, todos somos convocados a emprender **acciones misioneras extraordinarias** en todas las parroquias y ambientes de nuestra diócesis. El formato de la acción es menos importante que la motivación, la finalidad y el contenido de la misión. Un Grupo de Trabajo canalizará sugerencias y mantendrá una “Escuela de Evangelización”.
7. **Misión-Madrid** desarrollará en medio de los **jóvenes** distintas iniciativas, promovidas por la **Delegación de Infancia y Juventud** y en coordinación con otras Delegaciones Episcopales, en diferentes ámbitos: parroquia, familia, universidad, mundo profesional, cultura, medios de comunicación, presencia en la calle, solidaridad. Entre todas las acciones misioneras en medio de los jóvenes reviste una importancia particular preparar la participación en la **JMJ-Río de Janeiro 2013**.
8. En la formación cristiana básica de los jóvenes se recurrirá preferentemente al **Youcat**, el regalo de Benedicto XVI a los jóvenes en la última MJJ.
9. Dentro de la misión entre los jóvenes debemos potenciar la **pastoral vocacional**, tanto al ministerio sacerdotal como a la vida consagrada.
10. **Misión-Madrid en los colegios**. El Año de la Fe será ocasión para dar mayor atención a las escuelas católicas, lugares privilegiados para ofrecer a los alumnos un testimonio vivo del Señor. **Congreso de Profesores**. Acciones misioneras extraordinarias durante la **Cuaresma**. Clausura festiva



en el Tiempo de Pascua con la participación de todos los colegios que han celebrado la Misión.

11. Gran **Celebración Pascual** con todos los jóvenes que participan en la **Misión-Madrid** en parroquias, colegios y movimientos, en la que recibirán el **sacramento de la Confirmación** los jóvenes que estén preparados.
12. **Misión-Madrid** en la **Universidad** lleva a reforzar la propuesta de **formación cristiana** básica (catequesis, teología, celebraciones litúrgicas), organizar **Jornadas Culturales y Seminarios** para fomentar la reflexión y el diálogo sobre la fe, crear el **Foro Virtual** de Profesores y crear **Cáritas Universitaria**.
13. **Misión-Madrid** en la **acción social y el servicio a los necesitados** despliega tres niveles: el de la *reflexión* –Jornada “Valor misionero del compromiso social cristiano”- el del *relato* -testimonios en el campo de la empresa, del voluntariado, mapa y memoria de Cáritas- y el de la *acción* –“Días de Caridad”, incorporación de voluntarios-. “La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente” (PF 14).
14. **Misión-Madrid** quiere proponer a través de distintas **expresiones culturales** un modo cristiano de entender y vivir la vida: muestra de cine, visita de lugares emblemáticos de la historia de la Iglesia en Madrid, ciclo de conferencias, visitas guiadas a museos, audiciones musicales, exposiciones itinerantes.
15. **Misión-Madrid**, a través de la Universidad Eclesiástica San Dámaso, se hace presente en el campo del **pensamiento y del diálogo sobre la fe** con personas en búsqueda sincera de la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Así mismo conmemora el **50º Aniversario del Concilio Vaticano II**.
16. **Misión-Madrid** prestará especial atención a la presencia en los **medios de comunicación** y redes sociales.
17. Las **celebraciones diocesanas tradicionales** a las que acude mayor número de fieles estarán marcadas este Año de la Fe por la **Misión-**

Madrid: Nuestra Señora de la Almudena, Vigilias de la Inmaculada, Misa de las Familias, Corpus Christi, etc.

18. A lo largo del año se ofrecerán, junto a los subsidios habituales para la liturgia y la oración, otros extraordinarios, que ayuden a mantener viva la llamada del Señor en las parroquias, comunidades y asociaciones de nuestra diócesis, y la respuesta generosa: *servidores y testigos de la Verdad*.



EDUCACIÓN CRISTIANA PARA LAS NUEVAS GENERACIONES

Conferencia pronunciada por el Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid
en la Pontificia Academia de las Ciencias

30.IV.2012

INTRODUCCIÓN: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Permitirán que comience mis palabras aludiendo a la celebración en Madrid de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud en agosto de 2011.

Centenares de miles de jóvenes de todo el mundo acudieron a la llamada que Benedicto XVI les había lanzado en 2008 en Sydney para encontrarse en Madrid con el Papa y celebrar su fe. “Fue, y lo sabéis –decía el Papa a su regreso a Roma- un acontecimiento eclesial emocionante. Cerca de dos millones de jóvenes de todos los continentes vivieron, con alegría, una formidable experiencia de

fraternidad, de encuentro con el Señor, de compartir y de crecimiento en la fe: una verdadera cascada de luz”¹.

La calidad humana y religiosa de aquella juventud pacífica, solidaria, generosa y alegre, convirtió la ciudad de Madrid en el reflejo de esa “humanidad nueva” que nace y se desarrolla con la fe en Cristo. La riada de jóvenes católicos, gozosamente identificados con la Iglesia, despertó una gran esperanza en nuestras comunidades: ¡Es posible transmitir la fe a las nuevas generaciones! ¡Hay una juventud de hoy que es Iglesia al cien por cien!

Decía el Beato Juan Pablo II, iniciador y gran animador de estos encuentros, que “son los mismos jóvenes los que han inventado la Jornada Mundial de la Juventud”. Él sólo había respondido –afirmaba– a una necesidad de los jóvenes.

El primer encuentro tuvo lugar en el Domingo de Ramos de 1984 con ocasión del Año Santo de la Redención. El Comité organizador preveía unos 60.000 participantes y acudieron ¡250.000! Al año siguiente llegaron a Roma 300.000. No eran “turistas” aquellos jóvenes que se reunían en tiempos de oración y de catequesis, para encontrarse finalmente con el Papa. Esos jóvenes sentían el deseo de encontrarse, de compartir su experiencia, de escuchar una palabra de fe, de mirar juntos hacia el futuro, de confirmar su propio compromiso. Juan Pablo II intuyó que estas respuestas juveniles manifestaban una profunda búsqueda de Cristo: “Lo buscáis en la plenitud de esa verdad que es Él mismo en la historia del hombre”, les explicó a los jóvenes².

Aquellos encuentros romanos pasaron al ámbito mundial. Primero en Buenos Aires en 1987. En 1989 en Santiago de Compostela, con su profundo significado cristiano para Europa, donde me fue confiada por el Papa la responsabilidad de acoger la que sería la IV Jornada Mundial de la Juventud. En 1991 Czestochowa fue el primer gran encuentro entre los jóvenes del este y oeste de Europa tras la caída del muro de Berlín. Y siguieron los encuentros multitudinarios, alternando la ciudad de Roma con otras ciudades: Denver, Manila, París, Toronto... Tras el falle-

¹ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, miércoles 24.VIII.2011, en *Ecclesia* 3.586/87 (3 y 10.IX.2011), 14; y en *Benedicto XVI, Discursos en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid*, edición preparada por Jesús de las Heras Muela, BAC, Madrid 2011, 133.

² *Homilía*, 27.III.1988, Misa del Domingo de Ramos, III Jornada Mundial de la Juventud.

cimiento de Juan Pablo II, el Papa Benedicto XVI los continuó en Colonia y Sydney. En Madrid ha convocado a los jóvenes para el año 2013 en Río de Janeiro. Ya ha comenzado la peregrinación de la Cruz y del Icono de la Virgen de la mano de los jóvenes brasileños.

Millones de jóvenes se han movilizado a lo largo de estos años, llenando calles y plazas de las grandes metrópolis, anunciando a Cristo, adorando al Señor, contando y cantando su fe. Estos jóvenes católicos, a los que Juan Pablo II llamó “centinelas de la mañana”, son generaciones nuevas de jóvenes dispersos por el planeta, pero todos “arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”.

¿No estamos ante un “signo de los tiempos”, suscitado por el Espíritu, que deberíamos reconocer en todo su alcance actual para la misión de la Iglesia? Las Jornadas Mundiales de la Juventud, a mi entender, nos invitan a recuperar aspectos centrales de una pedagogía cristiana para la juventud del Tercer Milenio.

Es evidente que los jóvenes que acuden a estos encuentros no son todos los jóvenes católicos, y menos aún la multitud de jóvenes del mundo a los que hay que anunciar el Evangelio. Tenemos por delante una tarea enorme, que no carece de obstáculos. La situación humana, moral y espiritual de la juventud ha sufrido los efectos de los rápidos cambios sociales, económicos y culturales de la humanidad. La formación de los jóvenes encuentra dificultades de naturaleza sociológica y psicológica o de índole cultural, filosófica y teológica. Sin duda, como afirma Benedicto XVI, “educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los profesores, los sacerdotes, y todo los que tienen responsabilidades educativas directas. Por eso, se habla de una gran ‘emergencia educativa’, confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a su vida”³. Y el Papa insiste: “Como he reafirmado en varias ocasiones, se trata de una exigencia constitutiva y permanente de la vida de la Iglesia, que hoy tiende a asumir carácter de urgencia e incluso de emergencia”⁴.

Urge, por tanto, la tarea de formar a la juventud.

³ BENEDICTO XVI, *Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21.I.2008).

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana* (28.V.2009).



Para abordar nuestro tema, precisaremos primero la idea de “educación cristiana” y la situación de las “nuevas generaciones” a las que se dirige; luego habrá que proponer un camino formativo acertado; finalmente, mencionaremos algunos ámbitos de singular relevancia educativa en la actualidad.

I. LA EDUCACIÓN CRISTIANA

Primeramente hay que decir que la educación cristiana es “educación”, esto es, una transmisión de conocimientos y un cultivo de aprendizajes, de cualidades y de actitudes, todas ellas necesarias para el desarrollo de la vida personal y social de la persona. Es una tarea que requiere metodologías propias, y subsidios pedagógicos adecuados, así como su renovación y puesta al día.

No obstante, la atención por los medios y los modos no debe marginar los contenidos y los fines de la educación. La tarea de educar aspira a la formación *integral* de la persona, de sus cualidades morales, intelectuales y espirituales. En realidad, la concepción de la educación depende de la concepción del hombre que se tenga. Si toda buena pedagogía presupone una buena antropología, tanto más cuando se trata de la educación cristiana, cuyos contenidos específicos derivan de la visión del mundo y del hombre a la luz del designio salvador de Dios.

Este año celebramos el cincuenta aniversario del inicio del Concilio Vaticano II. Entre sus documentos se cuenta la Declaración *Gravissimum educationis* sobre la educación cristiana de la juventud. Esta Declaración presupone el contenido de la Const. past. *Gaudium et spes*, donde el Concilio expone la antropología cristiana con ocasión de responder a los permanentes interrogantes de la humanidad: qué es el hombre, cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, qué hay después de esta vida temporal.

La respuesta a estas preguntas sobre el sentido de la existencia humana y su destino final, sólo es completa y verdadera, en su realidad existencial, cuando se considera al hombre ante Dios, creado por su amor, caído y herido por el pecado, salvado por Cristo, y llamado a un destino de comunión plena en Dios. El Concilio propone a Cristo Salvador como la clave de la existencia humana. “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su

amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”⁵.

La verdad completa sobre el hombre es Cristo, que ilumina al ser humano para que pueda responder a su vocación. En consecuencia, dice el Papa Benedicto XVI, no “es posible (...) una verdadera educación sin la luz de la verdad”⁶, que nos ha sido revelada en Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. No hay “educación” completa y verdadera, si se renuncia a la visión cristiana del hombre y del mundo (Romano Guardini).

De modo que la identidad de la pedagogía cristiana deriva de una antropología propiamente teológica. Conviene mencionar, guiados por la fe de la Iglesia, los elementos antropológicos constitutivos de esta “educación cristiana”.

1. Ante todo, la persona es un *ser esencialmente relacional*, llamado a la comunión en su dos dimensiones fundamentales, internamente relacionadas: a la vertical con Dios; y a la horizontal con los demás hombres. En palabras de Juan Pablo II: “Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado al mismo tiempo al amor. Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. (...) Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión”⁷.

2. En consecuencia, el ser humano está llamado a trascender este mundo mediante la apertura de sí mismo en primer lugar y *de manera esencial a Dios*. La educación religiosa se deriva de esta dimensión trascendente de la persona. Sin educación religiosa se privaría a los jóvenes de un elemento esencial para su desarrollo personal. “Los niños y los adolescentes —dice el Concilio— tienen derecho a que se les estimule a apreciar con recta conciencia los valores morales y a aceptarlos con adhesión personal y también a que se les estimule a conocer y amar más a Dios”⁸.

⁵ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso con ocasión de la apertura del Congreso eclesial de la diócesis de Roma sobre la familia y la comunidad cristiana* (6.VI.2005).

⁷ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio* (22.XI.1981), n. 11.

⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Declaración *Gravissimum educationis*, n. 1.



3. Además, la persona -sigue diciendo el Concilio-, *es un ser social* que “no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás”⁹. Es un constitutivo humano el ser-con y para-los-otros, una relación que se actúa en el amor. Esta “relacionalidad” viene especificada primeramente en la diferencia sexual de hombre y mujer. La comunión conyugal es la expresión primera de la verdad del hombre como “imagen de Dios”.

Pero el amor dilata a la persona más allá de su vida privada y de los afectos familiares, hasta asumir a la entera humanidad. La educación cristiana supera así una visión individualista y favorece el desarrollo de las virtudes cívicas y de la responsabilidad personal y social. Forma personas capaces de asumir las necesidades ajenas porque, en palabras de Juan Pablo II, “todos somos verdaderamente responsables de todos”¹⁰.

La Iglesia misma es “la gran familia de Dios, mediante la cual Él forma un espacio de comunión y unidad entre todos los continentes, las culturas y las naciones”¹¹. En la Iglesia la fuerza del Espíritu une a los creyentes a imagen del amor trinitario, y “transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre”, dice Benedicto XVI¹². La Iglesia es “la casa y la escuela de la comunión”¹³ para conducir a los hombres y mujeres a la comunión trinitaria, y así consolidar las relaciones fraternas entre los hombres. “A partir de la comunión intraeclesial –afirma Juan Pablo II-, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano”¹⁴.

4. Sin embargo, *el proyecto original* de Dios para la humanidad se ve *comprometido por el pecado*. El hombre está herido, histórica y socialmente, en lo más íntimo de su ser por el pecado de origen y por sus pecados actuales. “El hombre -sigue diciendo el Concilio-, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador”¹⁵. La ruptura con Dios afecta a las relaciones del

⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 12.

¹⁰ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis* (30.XII.1987), n. 38.

¹¹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Vigilia de oración en Marienfeld* (20.VIII.2005).

¹² BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (25.XII.2005), n. 19.

¹³ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 43.

¹⁴ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 49.

¹⁵ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 13.

hombre consigo mismo, con los demás y con la entera creación. “Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se nota incapaz de dominar con eficacia por sí solo los ataques del mal”¹⁶.

Pero *Dios no abandonó al hombre* en la soledad de su impotencia. En la plenitud de los tiempos ha enviado a su Hijo, para que el hombre recobre, en el Espíritu, la comunión con el Padre: “el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo, que le retenía en la esclavitud del pecado”¹⁷.

Toda educación cristiana ha de tener en cuenta, por tanto, que el hombre es débil y pecador, pero ha sido salvado del pecado y de la muerte por la gracia de Jesucristo. He aquí los dos factores radicales en la formación de la persona: el hombre creado y caído, pero redimido por el Señor, que le ofrece la gracia para su libre acogida. Si el pecado mantiene su potencia destructora, más fuerte es el amor de Cristo que restaura la naturaleza herida. Nadie hay totalmente perdido. Toda persona está llamada a abrirse a Cristo con la convicción del Apóstol Pablo: Jesús “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál 2, 20).

5. También en la fe somos instruidos acerca de nuestra vida temporal y en la esperanza de los bienes futuros. Por la gracia de Cristo somos llamados hijos de Dios, y lo somos de verdad; pero todavía no se ha realizado la manifestación con Cristo en la gloria, cuando seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es. “Esperamos el cumplimiento de ‘la esperanza bienaventurada y la llegada de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, quien ‘transfigurará nuestro pobre cuerpo en un cuerpo glorioso semejante al suyo’”¹⁸. Cristo resucitado nos libera de la muerte para conducirnos a la vida plena en Dios. Esta esperanza nos sostiene mientras llevamos a cabo la obra que el Padre nos ha confiado en este mundo. “Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte -dice *Gaudium et spes*-, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz”¹⁹. La educación de la juventud no debe silenciar el des-

¹⁶ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 13.

¹⁷ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 13.

¹⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 48.

¹⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 18.

tino último de la humanidad. Sería tremendo condenar a los jóvenes a una existencia sin esperanza y sin sentido, ausente de ideales y de proyectos definitivos.

En síntesis, la cosmovisión cristiana nos habla del Dios Trino, que es comunión de Personas, Creador del mundo y del hombre a imagen suya en el amor; una imagen dañada por el pecado, pero restaurada en Cristo, hombre perfecto, que nos transforma por el Espíritu para que crecer en Él hasta que Dios sea todo en todos.

II. LAS NUEVAS GENERACIONES

Este designio divino de salvación ha de ser anunciado a las nuevas generaciones. Sin embargo, la tarea encuentra obstáculos de enorme calado en la actualidad, cuyas causas se remontan tiempo atrás. Nuestras “generaciones jóvenes” son los hijos y nietos de aquellos otros jóvenes de la “generación del 68”.

1. *La “generación del 68” y sus consecuencias educativas.*

En aquel momento se produjo una radical protesta contra la sociedad libre y democrática de la postguerra, que de manera inesperada parecía carente de legitimidad para los numerosos jóvenes que se manifestaban en las ciudades occidentales. Se trataba sobre todo de una ruptura cultural y espiritual con la tradición y las instituciones que la representaban: familia, sociedad, moral, religión, Iglesia. Quizá el tedio de una sociedad preocupada de sólo intereses materiales llevó a aquellos jóvenes a buscar promesas de libertad absoluta, de vida “auténtica” sin límites. Un anárquico “prohibido prohibir” se unía paradójicamente con la fascinación por el marxismo y la sublimación de sus epígonos del momento (Che Guevara, Mao Tse Tung...).

Debilitado el fervor inicial, aquellas utopías revolucionarias, incapaces de construir alternativas a la tradición que destruían, dejaron un amargo legado de desencanto y escepticismo. El campo había quedado sembrado de sal. Quedó el abandono de la educación religiosa y moral de los hijos; el abandono de la educación en la fe y de la práctica cristiana. Quedó una orfandad intelectual y afectiva, sin verdaderos maestros ni modelos de referencia. Quedó la desorientación moral y espiritual en los proyectos y objetivos de la existencia. Quedó una crisis de esperanza y de sentido, sustituido por el utilitarismo del éxito y de la satisfacción indivi-

dual a toda costa. La “vida buena moral” fue sustituida por una “buena vida” hedonista...

2. *El “Sitz im Leben” de la educación cristiana en la actualidad.*

Aquella ruptura cultural y espiritual del 68 no ha sido superada. Antes bien, sus consecuencias son evidentes en el clima en el que crecen las actuales generaciones juveniles. El relativismo moral y el individualismo permean las sociedades desarrolladas, propiciando un desinterés por las verdades fundamentales de la vida humana. Un nihilismo irracional hace del simple deseo individual el único criterio de valoración. Basta pensar en la ideología “pro choice”, con la libertad subjetiva como argumento decisivo a favor del aborto; o en la “ideología de género” que considera la condición sexuada de varón o mujer como un constructo cultural o el resultado de meras opciones individuales.

Nuestro contexto histórico-espiritual es, pues, “un mundo en el cual el desafío cultural ocupa el primer puesto, el más provocador y portador de más efectos”²⁰. Los jóvenes encuentran cosmovisiones contrastantes, difundidas desde poderosos centros mediáticos, económicos y políticos. Las nuevas tecnologías de la información influyen en las imágenes y las vivencias de los jóvenes. El relativismo y el olvido de Dios, el escepticismo espiritual y religioso, provoca un gran daño, pues induce a la persona joven, decía Juan Pablo II, “a considerar la propia vida y a sí mismo como un conjunto de sensaciones que hay que experimentar, más bien que como una obra a realizar”²¹. La inestabilidad familiar impide el contrapeso de unos padres que se sienten impotentes, o han dimitido de la misión de educar. La consecuencia es una profunda desorientación existencial y afectiva de los jóvenes en un período delicado de su crecimiento y maduración, exponiéndoles a ser “sacudidos por las olas y llevados aquí y allá por cualquier viento de doctrina” (Ef 4, 4). Surgen así jóvenes sin Dios, sin Iglesia, sin padres, sin hermanos, sin responsabilidad.

Como es natural, para las corrientes ideológicas relativistas resulta enojosa la persistencia de criterios cristianos en la sociedad. Asistimos al constante intento

²⁰ JUAN PABLO II, *Discurso a padres, estudiantes y docentes de las escuelas católicas* (23.XI.1991), n. 6.

²¹ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Centesimus annus* (1.V.1991), n. 39.

de *desacreditar* el patrimonio intelectual, ético y cultural de la Iglesia y del cristianismo. En realidad, se trata de relegar la religión y la cuestión de Dios al ámbito de las opiniones socialmente irrelevantes. Pero, con ello, ¿no se declara irrelevante también la cuestión del hombre? Un ser humano desvinculado “esencialmente” de Dios también termina perdiendo el reconocimiento social de su dignidad personal. Es urgente, por tanto, ofrecer a los jóvenes una educación integral, que no se reduzca a una mera transmisión de conocimientos, sino que desarrolle todas las dimensiones de la persona humana. La “emergencia” educativa que mencionaba Benedicto XVI requiere un decidido compromiso por parte de todos los ámbitos educativos. Dice un proverbio africano que “para educar a un niño se necesita a toda la tribu”. Es una gran verdad, pues la educación se lleva a cabo en un contexto comunitario, con la implicación de todas las instancias.

Ante todo, la *familia* es el ambiente originario que orienta la personalidad de los hijos. Su labor educativa debe ser apoyada por la escuela, la Iglesia y la sociedad. El Concilio Vaticano II recuerda que a los padres “corresponde el derecho de determinar la forma de educación religiosa que se ha de dar a sus hijos, según sus propias convicciones religiosas”²². La marginalización de la religión equivale a asumir una posición ideológica que produce un daño irreparable en las jóvenes generaciones. En una sociedad pluralista, el derecho a la libertad religiosa exige que se asegure la presencia en la escuela de la enseñanza de la religión conforme a las convicciones de los padres. Un Estado verdaderamente democrático, decía Juan Pablo II, “se pone al servicio de los ciudadanos, de todos los ciudadanos, respetando sus derechos, sus convicciones religiosas”²³.

3. *El impacto en la Iglesia y su superación.*

Es claro el *impacto* de la situación en los jóvenes de la Iglesia. Si dirigimos la atención a la comunidad cristiana, hay que reconocer con franqueza que el impacto de estas ideologías también ha producido, en no pocos casos, una secularización interna de ambientes eclesiales. En realidad, hay muchos jóvenes que no han sido iniciados en la fe o que lo han sido de modo muy deficiente. No pocos se han apartado de la fe de sus padres, o sienten inseguridad y dudas ante las verdades

²² CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 5.

²³ JUAN PABLO II, *Discurso a los Cardenales y a los colaboradores de la Curia Romana* (28.VI. 1984).

fundamentales de la fe y de la vida cristiana. Otros han abandonado la vida de la gracia y sienten una debilidad práctica ante la realidad del pecado en sus vidas. Otros muestran recelo o falta de compromiso ante las propuestas de participación activa en la vida de la Iglesia. En muchos casos se da un retraimiento apostólico, que es consecuencia de no tener claras las razones de la fe y de la vida cristiana.

Pero existen motivos para la esperanza. Porque también hay numerosos jóvenes que son Iglesia de manera consciente y llenos de amor a Jesucristo, sin miedo a manifestarlo públicamente; liberados de los prejuicios de un humanismo inmanentista, y con entusiasmo apostólico para llevar la fe a sus amigos y a toda la sociedad; jóvenes que han cultivado sus capacidades humanas, ajenos a la cultura de la muerte y sensibles al sufrimiento material y espiritual de los hombres.

Son motivo para la esperanza las *nuevas realidades eclesiales* que el Espíritu suscita en su Iglesia, y que son instancias de formación que ya constituyen una gozosa realidad. En estas comunidades muchos jóvenes encuentran a Cristo en la Palabra, en los sacramentos, en la oración. Su fe crece y madura en un clima de comunión eclesial, en la reciprocidad de las diversas vocaciones y en la misión compartida. “Los movimientos eclesiales, dice Juan Pablo II, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios”²⁴.

Son motivo para la esperanza *los nuevos sacerdotes*, que ya provienen de estas “nuevas generaciones”, y han seguido la llamada del Señor con plena conciencia del contexto en que desarrollan su tarea. Sacerdotes jóvenes, ajenos a problemáticas ya superadas. Sacerdotes que invitan a la conversión y proponen a Cristo como el centro de la existencia, sin apocamientos ante las posibilidades de los jóvenes. Su ministerio es una “corriente de aire” fresco en las comunidades donde sirven.

Entre esas comunidades se cuentan naturalmente las *nuevas Parroquias*, animadas por un espíritu evangelizador donde los jóvenes son acogidos y acompañados en su relación con Dios. *Cristo* sigue suscitando *atractivo*, hoy como siempre, en estas comunidades donde los jóvenes encuentran *ofertas y espacios de oración y de adoración* al Señor. En tales contextos crece una “tensión” evangelizadora, donde los jóvenes intercambian las experiencias de fe, con senci-

²⁴ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 43.

llos gestos y signos de amistad o mediante “las redes sociales” de comunicación interactiva. Son lugares de comunión para “sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’”²⁵. Surgen numerosos *voluntariados*, que son escuelas de generosidad. En ese clima de entrega a los demás, oración y alegre serenidad, los jóvenes pueden discernir de modo personal la llamada divina a la santidad, ya sea en el celibato apostólico o en el matrimonio. De esta forma, surgen *nuevas formas de vida sagrada* entre quienes crecen en comunidades vivas y evangelizadoras. Al calor de la comunión con Jesús y de la comunión fraterna crece una renovada e interiorizada conciencia de la catolicidad, con afectuosa *adhesión a la Iglesia*, al Papa y a los Pastores. Y los laicos toman conciencia viva de su responsabilidad por santificar el mundo *ab intra* tanto en el ámbito público como en el privado, con ocasión del ejercicio profesional y en sus relaciones familiares, sociales, etc.

Todas éstas, y otras muchas expresiones vitales, son luces de esperanza para la formación cristiana de las “nuevas generaciones”. Señalan un “camino” para la educación de la juventud. Cabría describir ese camino con una sencilla fórmula: introducir a los jóvenes en la vida de fe, iniciarlos en la vida litúrgica y comprometerlos en la vida apostólica.

III. EL CAMINO

En realidad, toda renovación en la Iglesia es un retorno a lo originario, también en el ámbito de la formación cristiana. Una educación en la fe siempre debe nutrirse de las fuentes de donde deriva su razón de ser. Esas fuentes son el conocimiento de la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura y en la Tradición; Palabra que se hace eficaz en la celebración litúrgica y sacramental, y dispone al cristiano para la Misión.

1. *La introducción en la vida de la fe.*

El primer paso ha de ser la comunicación a los jóvenes de la gran experiencia de la verdad de Cristo. Para ello se *requiere la presentación íntegra y directa*

²⁵ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), n. 43.



del Misterio de Cristo. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú has enviado” (Jn 17, 3). Este es el anuncio central: Jesús, Hijo de Dios, muerto y resucitado por nosotros, nos revela el amor del Padre y nos comunica su Espíritu, y así somos regenerados a una *vida nueva* en la Iglesia, para que vivamos con Él como hijos de Dios, ahora y en la vida eterna.

El Misterio de Cristo ha de ser presentado en toda su *integridad*. La formación doctrinal en la actualidad ha de ser particularmente cuidada, sin reducir a Cristo a la condición de un “hombre bueno”, y su Evangelio una simple filantropía. Jesús es el Hijo encarnado, Dios y hombre, Camino, Verdad y Vida. Es posible la transmisión de la fe a los jóvenes cuando no se les escamotea el Evangelio en toda su fuerza y su belleza; cuando se les abre el camino hacia Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, sin adulteraciones ni recortes según la pobre medida de las ideas humanas. “La prioridad que está por encima de todas –ha señalado Benedicto XVI– es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo en Jesucristo crucificado y resucitado (cf. Jn 13, 1)”²⁶.

Sin conocimiento de los contenidos de la fe, es difícil, por no decir imposible, la comunión en la Iglesia. Sobre la urgencia de afrontar esta adecuada pedagogía de la fe ha hablado recientemente el Santo Padre: «Los elementos fundamentales de la fe, que antes sabía cualquier niño, son cada vez menos conocidos. Pero para poder vivir y amar nuestra fe, para poder amar a Dios y llegar por tanto a ser capaces de escucharlo del modo justo, debemos saber qué es lo que Dios nos ha dicho; nuestra razón y nuestro corazón han de ser interpelados por su palabra» (Benedicto XVI, Homilía en la Misa Crismal, 2012). Para afrontar este reto educativo encontramos la ayuda -sigue la cita del Papa- «en primer lugar en la palabra de la Iglesia docente: los textos del Concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica son los instrumentos esenciales que nos indican de modo auténtico lo que la Iglesia cree a partir de la Palabra de Dios. Y, naturalmente, también forma parte de ellos todo el tesoro de documentos que el Papa Juan Pablo II nos ha dejado y que todavía están lejos de ser aprovechados plenamente» (Benedicto XVI, Carta *Porta Fidei* n. 11).

²⁶ *Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero* (16.III.2009).

Es necesaria, en consecuencia, una cuidada catequesis y una sólida formación en la fe de los grupos juveniles, que esté a la altura de los actuales desafíos culturales. Un campo doctrinal especialmente vivo para los jóvenes es el del Evangelio del amor: la educación para conocer y vivir la verdad del amor humano en Cristo.

Junto a esta pedagógica y sólida formación doctrinal, parece muy oportuno adoptar una decidida pastoral vocacional: plantear a los jóvenes -y en general a todos los fieles cristianos- la radicalidad del seguimiento de Cristo, que se deriva del hecho sublime del Bautismo. Ahí se encuentra el núcleo del conjunto de las enseñanzas conciliares: la llamada universal a la santidad, como recordó el Papa Pablo VI (Carta Apostólica *Sanctitas clarior*, 19-III-1969). «Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro -escribió Juan Pablo II-, ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la Cruz. Por eso, vibrando con su entusiasmo, no dudé en pedirles una opción radical de fe y de vida, señalándoles una tarea estupenda: la de hacerse «centinelas de la mañana» (cf. *Is 21,11-12*) en esta aurora del nuevo milenio». (Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 9)

Ahora bien, la fe es un don de Cristo, que sale al encuentro del hombre. Por eso, hay que *ofrecer ocasiones, espacios y de formas de oración* en que los jóvenes puedan “dejarse encontrar por Él” de manera tal que Cristo determine su existencia personal²⁷. Las Jornadas Mundiales de la Juventud evidencian la alegría que brota del existir personal en Cristo, en quien los jóvenes han encontrado al Hermano, con quien somos hijos del Padre; al Amigo, que da su sangre redentora por nosotros y nos fortalece con su Espíritu; al Señor, a quien es posible consagrar por entero la vida y la muerte.

Para encontrar a Cristo hay que buscarle en la Iglesia, que es su Cuerpo. “Seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario”, dijo Benedicto XVI a los jóvenes en la Eucaristía de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. “Quien cede a la tentación de ir por su cuenta -seguía diciendo el Papa-, o de vivir la fe según la mentalidad individualista que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar

²⁷ ANTONIO M^a ROUCO VARELA, *Homilía en la Misa de apertura de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud*, en *Ecclesia* 3584/85 (20 y 27.VIII.2011) 14; y en *Discursos*, BAC, 20

nunca a Jesucristo o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él (...) Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha permitido conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor”²⁸. No es infrecuente presentar una Iglesia “problematizada” por cuestiones que resultan extrañas a los jóvenes, y que sólo preocupan a ciertos ambientes clericales trasnochados. La verdadera imagen de la Iglesia surge cuando se *ofrece y se presenta a la Iglesia como “el lugar” por excelencia para la plena y realizada experiencia de fe*. Sólo es posible seguir al Señor junto con los hermanos, en la comunión de la fe, cuya roca firme es la confesión de fe de Pedro. Es necesario, en consecuencia, ofrecerles ámbitos donde caminen eclesialmente en *compañía y amistad* con otros jóvenes, con los que reciben el impacto del Señor que han encontrado en el camino, y cuyo amor experimentan juntos.

Con la experiencia de Cristo que sale al encuentro en la Iglesia, emerge espontánea *la propuesta de una fe concretada y realizada a través del proyecto de la propia existencia, en todos los órdenes de la vida*. La adhesión a Cristo supone una vida cristiana seria, que aspira a la santidad. Una formación cristiana ha de interpelar a los jóvenes en un momento de la vida en el que han de tomar opciones determinantes, y así puedan orientar su existencia de modo duradero hacia Cristo.

2. La introducción en la liturgia de la Iglesia.

Introducir en la fe es también iniciar en la celebración del Misterio de Cristo. La Liturgia, dice el Concilio, “contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia”²⁹. La liturgia es la escuela del espíritu cristiano, donde se aprende que la “nueva vida” no es obra nuestra, sino obra de Dios en nosotros. La comunión con Cristo no es posible sin la participación activa en la liturgia y en la oración de la Iglesia. Los jóvenes son capaces de tal participación y están abiertos a comprenderla y a vivirla mejor cuando se les facilita los medios adecuados. Una buena catequesis litúrgica introduce a los jóvenes en la celebración del Sacrificio Eucarístico, que “es la cumbre a la cual

²⁸ *Ecclesia*, 49; *Discursos*, BAC, 105s.

²⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 2.

tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza”³⁰. El Sínodo de los Obispos del año 2006 habló de la *forma eucarística* de toda vida cristiana, porque en la celebración eucarística el Señor nos asocia a su ofrenda para que toda la existencia se transforme en culto agradable a Dios (cf. Rm 12, 1).

Además, la comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor es el *fundamento de la comunión eclesial* y del amor fraterno. La importancia de la Eucaristía es decisiva para vivir en “la Comunión de la Iglesia”. En ella pedimos al Espíritu Santo que “congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo” (Plegaria Eucarística II). De aquí surgirá también una connatural implicación de los jóvenes en el servicio de la caridad y de la solidaridad con los que más sufren.

La liturgia es *escuela de plegaria y de reconocimiento agradecido* de la presencia activa de Dios en el mundo. De la celebración litúrgica surge la actitud permanente de acción de gracias y de oración, que debe alimentarse también en espacios que ayuden a los jóvenes a descubrir, en palabras de Benedicto XVI, “el significado y la belleza de estar con Jesús”, especialmente al acompañarle en adoración eucarística. Por eso, el Papa sugiere que “cuando sea posible, sobre todo en los lugares más poblados, será conveniente indicar las iglesias u oratorios que se pueden dedicar a la adoración perpetua” (n. 67).

La fuerza y belleza espiritual de los signos litúrgicos favorece el sentido de lo sagrado. La dimensión *contemplativa y estética* de los ritos, los ornamentos, el lugar, la palabra y el canto, la sencillez de los gestos y la sobriedad de los signos, realizados según el orden litúrgico, comunican el Misterio y educa a los jóvenes en la contemplación de Dios. Un buen *ars celebrandi* atrae más a los jóvenes que la artificiosidad de añadiduras inoportunas.

La gratitud por la cercanía del Señor, invita a los jóvenes a descubrir que la libertad que Cristo nos ha ganado desenmascara la falsa libertad del pecado. La imagen de miles de jóvenes acudiendo a la “Fiesta del Perdón”, como se llamó a la celebración continuada de confesiones en el parque del Retiro de Madrid, es un signo elocuente de la “demanda” que hacen los jóvenes de la reconciliación

³⁰ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

sacramental. Es necesario facilitar a los jóvenes la experiencia del perdón en el sacramento de la penitencia, en el que la gracia del Señor otorga la *fuerza interior para superar el mal y el pecado*, a pesar de la propia fragilidad. Además, frecuentar el Sacramento de la penitencia es vital para vivir la Comunión eucarística con un mínimo de verdad y de coherencia cristiana.

En la liturgia vivimos ya en la Comunión de los Santos y en la esperanza de la gloria eterna. Celebrar la Eucaristía y los sacramentos sitúa a los jóvenes en este horizonte *espiritual y escatológico* que todo hombre necesita para poder orientar sus propias decisiones: estamos en el mundo, pero peregrinamos “en el Señor”. La liturgia ayuda a comprender que “lo humano está ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos”³¹. Esta conciencia “de estar de paso” ayuda a los jóvenes a situar el valor de los acontecimientos a la luz de Dios.

3. *La introducción en la vida apostólica.*

Educar en la vida cristiana es introducir a los jóvenes en la misión de la Iglesia. “Los jóvenes –decía Juan Pablo II- no deben considerarse simplemente como objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia; son de hecho -y deben ser incitados a serlo- sujetos activos, *protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social*”³². Las Jornadas Mundiales de la Juventud evidencian que ¡son los mismos jóvenes quienes se han convertido en evangelizadores de sus compañeros y de los mayores!

Si se *presenta en toda su belleza humana y espiritual el ideal del sí a Cristo* en toda la existencia, los jóvenes asumen con entusiasmo el compromiso apostólico de su vocación cristiana en el mundo, con una acción transformadora de las realidades temporales, sin avergonzarse de mostrar públicamente su pertenencia al Señor y a la Iglesia. De manera que es necesario promover el espíritu apostólico y poner a las comunidades en “estado de misión”; ofrecer cauces a los jóvenes y *comprometerlos en la experiencia del apostolado participado y asociado con objetivos y programas concretos de acción y misión*. También hay que propo-

³¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 2

³² Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30.XII.1988), n. 46, cursiva del texto.

nerles *la acción evangelizadora directa y habitual* en sus propios ambientes: en la familia, con los amigos y compañeros de escuelas, de talleres de trabajo, de la Universidad.

Cuando los jóvenes hacen experiencia personal de Cristo, y comparten la alegría de la fe con los demás, se hacen capaces de leer los signos la voluntad del Señor para ellos. Benedicto XVI, al despedirse de los voluntarios de la Jornada Mundial de Madrid, les decía: “Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esta inquietud, dejaos llevar por el Señor”³³.

De esa manera directa y sencilla el Papa invitaba a los jóvenes a descubrir la voluntad de Dios sobre sus vidas y a responder con amor decidido. Hay que *invitar sin temor a los jóvenes a tomar opciones de vida cristiana*, que para cada uno se concreta en responder a una llamada personal -vocación divina- para cumplir el sentido de su propia existencia según los designios eternos de Dios: bien sea en el sacerdocio, o en la vida consagrada; bien sea en la vida laical, en el celibato apostólico o en el matrimonio. El diálogo y el consejo, la experiencia de otros que viven con alegría su propia llamada, ayudará al joven a asumir compromisos.

Para ayudar a los jóvenes a discernir su vocación cristiana en la Iglesia, también resulta indispensable la propuesta gozosa del aprecio y cultivo de las virtudes humanas básicas -fundamento de las virtudes sobrenaturales-: la humildad, la sinceridad, la generosidad, el desprendimiento y la laboriosidad y, en este momento de nuestra sociedad, se muestra imprescindible una rica pedagogía de la templanza, motivando sin miedo el ejercicio de la castidad que, sin ser la principal virtud, condiciona el ejercicio de las demás, además de constituirse como requisito para estar en condiciones para corresponder tanto a la llamada de Dios en el celibato apostólico como en el matrimonio; en este caso, para que puedan formar de verdad una «iglesia doméstica» (cfr. Concilio Vaticano II, Const dogm. *Lumen gentium*, n. 11).

³³ *Ecclesia*, 53; *Discursos*, BAC, 120s.

Una pastoral juvenil orientada al discernimiento, dotada de una buena formación doctrinal, litúrgica y espiritual, en un marco que permita desarrollar las virtudes cristianas, ofrece una buena base para la pastoral vocacional.

Singular importancia tienen los testigos de la fe para iluminar el camino cristiano. “Dios manifiesta a los hombres en forma viva su presencia y su rostro, en la vida de aquellos, hombres como nosotros, que con mayor perfección se transforman en la imagen de Cristo”³⁴. Al contemplar *los modelos de los grandes Santos y Mártires de ayer y de hoy* que han seguido a Cristo, los jóvenes descubren el camino de la santidad no de manera teórica, sino a partir de un testimonio vivo de fe y de amor. Especial resonancia tienen para los jóvenes los grandes santos modernos, más cercanos a sus circunstancias actuales.

La Santísima Virgen María, madre y educadora de Cristo, lo es también de los hombres. María es modelo de los discípulos del Señor, pues aceptó la palabra divina, abrazó la voluntad del Padre, y se consagró con generosidad a la obra de la salvación. Su amor materno nos protege mediante su intercesión solícita. Introducir a los jóvenes en el *conocimiento de María y fomentar su devoción filial* es camino directo para encontrar a Jesús. Los jóvenes lo saben bien cuando acompañan al Icono de la Virgen junto a la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud.

IV. DOS ÁMBITOS “CLAVES” PARA LA EDUCACIÓN CRISTIANA DE LOS JÓVENES DE HOY.

Antes de concluir, conviene mencionar dos ámbitos claves para la educación cristiana. Me refiero al Colegio y la Universidad; y a los Medios de comunicación social.

1. Colegio y Universidad.

En el Colegio y en la Escuela católica, y también en los centros de titularidad estatal o social no confesionales, los jóvenes deben encontrar un itinerario de formación intelectual, humana y espiritual, que no se reduzca al objeti-

³⁴ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 50.

vo individualista de conseguir un título profesional. Una educación integral ha de ampliar la mirada de los jóvenes al mundo que los rodea, desarrollar su capacidad crítica y de valoración ética y moral; siempre con sentido de responsabilidad y con voluntad de empeño constructivo en la sociedad. Además de conocimientos “útiles”, los estudiantes necesitan una “sabiduría” acerca del sentido de la existencia, que oriente sus energías hacia el conocimiento de la *verdad plena*.

Con mayor razón, las instituciones educativas surgidas de la iniciativa de las familias religiosas, de las diócesis, de los movimientos eclesiales, o de ciudadanos católicos, han de ser un lugar de educación integral de la persona a través de un proyecto educativo que tiene su fundamento en Cristo.

Los católicos que trabajan en la educación, sea estatal, de iniciativa social o de titularidad eclesial, han de sobresalir por su competencia profesional. A la vez, han de considerar su tarea “como una vocación personal en la Iglesia y no sólo como el ejercicio de una profesión”³⁵. En palabras de Juan Pablo II, “los fieles laicos maestros y profesores en las diversas escuelas, católicas o no, han de ser verdaderos testigos del Evangelio, mediante el ejemplo de vida, la competencia y rectitud profesional, la inspiración cristiana de la enseñanza, salvando siempre - como es evidente- la autonomía de las diversas ciencias y disciplinas”³⁶. Esto es posible cuando los educadores son personas con una vida personal arraigada en Cristo. De ese modo, el testimonio de vida y la palabra oportuna de sus maestros podrán formar en los jóvenes “los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida”³⁷.

“La síntesis entre fe, cultura y vida tiene su lugar paradigmático en la *universitas magistrorum et scholarium*, profesores y estudiantes que buscan juntos la verdad en todos los saberes”, dijo Benedicto XVI en el inolvidable encuentro con jóvenes profesores universitarios en El Escorial el 19 de agosto de 2011.

La atención de la Iglesia al ámbito universitario ha de dirigirse a los profesores porque -se preguntaba el Papa en el citado encuentro- “¿dónde encontrarán los

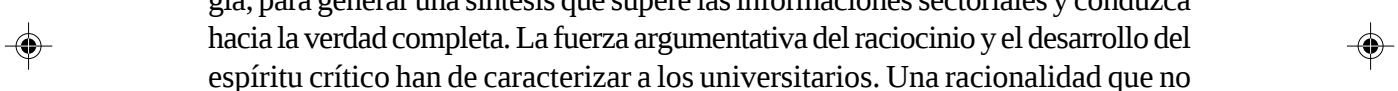
³⁵ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico, testigo de la fe en la escuela* (15.X.1982), n. 37.

³⁶ Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30.XII.1988), n. 62.

³⁷ PABLO VI, Exhortación apostólica post-sinodal *Evangelii nuntiandi* (8.XII.1975), n. 19.



jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable? A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento (...). En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano”. Y remitía el Papa a su experiencia personal en tiempos de postguerra y escasez, cuando “todo lo suplía la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas de las diversas disciplinas y el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos”. Esto es decisivo porque, seguía diciendo el Papa, “los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad”.



La atención pastoral a profesores y estudiantes universitarios pide una adecuada oferta de espacios de diálogo entre fe y razón; entre cultura, ciencia y teología, para generar una síntesis que supere las informaciones sectoriales y conduzca hacia la verdad completa. La fuerza argumentativa del raciocinio y el desarrollo del espíritu crítico han de caracterizar a los universitarios. Una racionalidad que no clausura la inteligencia en límites artificiales, sino que respeta su apertura universal a la entera realidad y, por tanto, abierta a lo “más real”, que es Dios mismo y su acción en el mundo.

Es necesario animar a profesores y estudiantes universitarios para el formidable diálogo y debate cultural que tiene lugar desde hace años en la sociedad occidental. Una cierta inhibición, y un clima intelectual adverso, han podido retraer a los católicos de su presencia eficaz en el mundo de la cultura. Es posible también que no hayamos prestado la atención debida a la Universidad para ofrecer formas adecuadas de acompañamiento. Existen posibilidades todavía no exploradas que podrían emerger en un diálogo entre los Pastores, los profesores y los estudiantes.

2. *Los Medios de Comunicación.*

El desarrollo de los medios de comunicación es uno de los rasgos distintivos de la sociedad actual. Sin duda, la Iglesia “acoge y fomenta con peculiar solici-

tud -afirma el Concilio-, aquellos [avances] que más directamente atañen al espíritu del hombre y que han abierto nuevos caminos para comunicar con más facilidad, noticias, ideas y doctrinas de todo tipo”³⁸. Pero tenemos el desafío de integrar el mensaje cristiano en la “nueva cultura” que estos poderosos medios crean y amplifican. Para la Iglesia “el uso de las técnicas y tecnologías de comunicación contemporáneas -dice Juan Pablo II-, forma parte de su propia misión en el tercer milenio”³⁹.

Las instituciones eclesiales han dado pasos en el aprovechamiento de estos medios para la información, la evangelización y la catequesis, la educación y la formación de los agentes de pastoral. No obstante, las urgencias cotidianas no deberían restar energías en un campo tan decisivo para la difusión de las ideas. Urge un cambio de mentalidad, porque vivimos en una cultura “mediática”. No cabe olvidar que, para la mayoría de los contemporáneos, y en particular para la multitud de jóvenes que viven “conectados” de continuo, los medios de comunicación son los principales, y a veces únicos, puntos de referencia para su conformación individual, familiar y social. A esta gran mayoría, también entre los católicos, sólo les llega la imagen de la Iglesia que reflejan los medios. Es necesario, pues, *dedicar recursos y personal para la pastoral de los medios de comunicación social*. En este ámbito, los consejos de los expertos son indispensables.

Además, es importante estimular las empresas de comunicación llevadas por profesionales que, bajo su responsabilidad, ofrezcan alternativas a los actuales monopolios mediáticos. En no pocos lugares se echan de menos los medios generalistas (periódicos, revistas, radio, televisión, cine, etc.) que transmitan una visión cristiana de la vida. No son empresas fáciles, a la vista de sus requerimientos económicos y organizativos. Pero vale la pena animar el compromiso de los católicos en este campo.

Finalmente, los profesionales que trabajan en los medios han de encontrar en la Iglesia el reconocimiento de su tarea, muy difícil con frecuencia; y también facilitarles una atención prioritaria de los Pastores que les ayude a sostener el sentido educativo y apostólico de su trabajo.

³⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto *Inter mirifica*, n. 1.

³⁹ Carta apost. *a los Responsables de las Comunicaciones Sociales* (24-I-2005), n. 2.

CONCLUSIÓN

Durante las Jornadas Mundiales de la Juventud muchas personas han sido tocadas por la gracia de la fe. No son pocas las conversiones y los frutos espirituales. Obviamente es imposible medir los efectos de la gracia en el corazón de los fieles, jóvenes o mayores. Muchos han vuelto a recibir los sacramentos mejor preparados, y otros se han acercado a ellos por primera vez o desde hacía mucho tiempo. Para todos suponen un reforzamiento de su fe y vida cristiana. “La magnífica experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid, -dice Benedicto XVI- ha sido también una medicina contra el cansancio de creer. Ha sido una nueva Evangelización vivida. Cada vez con más claridad se perfila en las Jornadas Mundiales de la Juventud un modo nuevo, rejuvenecido, de ser cristiano”.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud, decía al comienzo de mi intervención, constituyen verdaderamente un “signo de los tiempos”. Nos ofrecen una clara orientación para una eficaz pedagogía cristiana en la vida ordinaria de las comunidades cristianas, y así llevar a cabo con renovado ardor la “nueva evangelización” mediante el anuncio directo de Cristo y de su Evangelio.

Que la Virgen María, Madre nuestra, nos ilumine en estos momentos de la vida de la humanidad, para que, como los sirvientes en la bodas de Caná, sigamos su invitación: “Haced lo que él os diga” (Jn 2, 5).

HOMILÍA del Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid
en la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Plaza de la Almudena, 10.VI.2012

(Ex 24,3-8; Sal 115, 12-13. 15 y 16bc. 17-18;
Heb 9,11-15; Mc 14,12-16. 22-26)

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

I. En sentida y profesada comunión con toda la Iglesia presidida en su unidad por el Sucesor de Pedro, nuestro querido Santo Padre Benedicto XVI, celebramos en este nuevo año Litúrgico 2012 en Madrid la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. El Sacramento de su inefable presencia: real, substancial, única, no superada ni superable por ninguna otra forma de hacerse presente entre nosotros. El Sacramento memorial de su Pasión, en la que su Sacrificio de la Cruz se confía a la Iglesia por el ministerio de los sacerdotes para que lo pueda vivir siempre actualizadamente en todos y cada uno de los momentos de la historia y así experimentar constantemente en la vida de sus hijos e hijas el fruto de la redención. El Sacramento, por tanto, que abre al hombre la fuente inagotable de

la verdad, de la esperanza y del amor. Si el hombre es y ha sido en todos los tiempos, después de su primer pecado, un hambriento y sediento del pan y del agua que sostiene y reconforta el cuerpo, más aún lo ha sido del alimento y de la bebida espiritual que sana y eleva el alma. El hambre y la sed de la verdad de Dios, de la esperanza en sus promesas y del don del amor, han constituido el ansia más profunda del ser humano y de la familia humana a lo largo y ancho de toda la historia. Un ansia que se manifiesta en el momento presente con una gravedad y unas características singulares. Hoy, como en pocas veces en el pasado más reciente y en el más lejano, se nos ha desvelado cómo las causas más profundas de las carencias materiales y de la pobreza física tienen profundamente que ver con los fallos morales y la indigencia espiritual. Por ello, portando por las calles de nuestro entrañable y viejo Madrid el Santísimo Sacramento, ¡a Cristo Sacramentado!, proclamamos y mostramos a todos nuestros ciudadanos -¡a la sociedad y al mundo!- que hay verdad, que hay esperanza, que hay auténtico amor: ¡que hay salvación! La salvación es Cristo *“que ha venido como sacerdote de los bienes definitivos...”* y *“que, en virtud del Espíritu Eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, (y que) podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo”* y que *“por esa razón, es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza”* (cfr. Heb 9,11-15).

II. Nuestra proclamación será tanto más creíble, cuanto más vaya acompañada y sustentada por una actitud de adoración y se exprese y testimonie con tal devoción y pureza interior que invite y mueva al que la oye y recibe con buena voluntad, a responder creyendo y adorando; es decir, acogándose humildemente al perdón misericordioso y a la gracia del Señor. En la noche de la gran Vigilia Eucarística de *“Cuatro Vientos”* en la JMJ-2011, el 20 de agosto último, preparándonos para la solemnísima celebración de la Eucaristía -de la Santa Misa- que presidiría el Papa a la mañana siguiente del domingo como su conclusión jubilosa, Jesucristo -*“el amigo, el hermano, el Señor”*- nos facilitaba, providencialmente, sirviéndose de la guía admirable de Benedicto XVI y de la respuesta sobrecogedora y emocionante de los jóvenes católicos de todo el mundo, el poder conocer y vivir una honda y conmovedora forma de adorarle a Él en el Santísimo Sacramento del Altar. La extraordinaria y riquísima lección espiritual y apostólica recibida aquella noche no podemos ni queremos ni debemos olvidarla nunca en nuestra propia experiencia personal de la vida de oración; tampoco en la configuración de una piedad y una espiritualidad eucarística renovada y, menos aún, en la concepción

inspiradora de todos nuestros proyectos y propósitos de Nueva Evangelización. ¿Cuántos serían los presentes aquella noche tormentosa y emocionante de la adoración eucarística de “*Cuatro Vientos*” a los que se les abrieron los ojos del alma y reconocieron y adoraron a Jesucristo, el Salvador? ¿Cuántos que siguieron el acto por televisión u otros medios audio-visuales, se sintieron conmovidos e impulsado al sí de la fe? ¿Que el modelo eucarístico de la asamblea eucarística juvenil de “*Cuatro Vientos*” sea nuestro modelo en esta procesión del “*Corpus Christi*” madrileño del 2012 que va a tener lugar a continuación de la celebración de la Santa Misa! Ya no es posible en el hoy de la Iglesia de la Exhortación postsinodal *Sacramentum Caritatis* de Benedicto XVI ignorar o pasar de largo ante la verdad de la relación intrínseca entre la Santa Misa y la adoración del Santísimo Sacramento. Nuestro Santo Padre Benedicto XVI la subrayaba con especial énfasis: “*En efecto, en la Eucaristía el Hijo de Dios viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros; la adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia. Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos*”. ¿Qué importante es para la renovación interior de la vida de la Iglesia y de sus fieles -¡de todos nosotros! -el que cuidemos en la forma externa de comulgar y en la acción de gracias subsiguiente la adoración silenciosa y compartida! (*Sacramentum Caritatis*, 66/67).

III. La adoración y la comunión eucarística, por la naturaleza misma de las cosas, van estrechamente entrelazadas en la vivencia de una auténtica piedad litúrgica, en la experiencia más espiritual de la oración individual y comunitaria y, muy señaladamente, a la hora del testimonio de la fe y de la profesión del amor fraterno. El Papa no duda en señalar que en la comunión eucarística, “*en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros*” (*Sacramentum Caritatis*, 66).

En la comunión eucarística recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo ofrecidos como oblación y sacrificio por nuestros pecados. “*Tomad esto es mi cuerpo*”... “*Ésta es mi sangre, sangre de la alianza derramada por todos*” (cfr. Mc 14,22-25), les dice el Señor a sus discípulos en la noche de la cena pascual al repartirles el pan y la copa del vino que Él bendice y entrega, anticipando lo que iba a hacerse realidad plena y consumada en la Cruz. Comulgando, con el alma arre-



pentida y perdonada de nuevo en el Sacramento de la Penitencia, participamos plenamente en el Sacrificio del Calvario y, por tanto, comulgamos “*con el amor de donación de Cristo*” y nos capacitamos y comprometemos “*a vivir esta misma caridad en todas (nuestras) actitudes y comportamientos de vida*” (Veritatis splendor, 107).

En la comunión eucarística, “*el cáliz de nuestra acción de gracias, ¿no nos une a todos en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo? El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan*” (1 Cor 10,16-17). Sí, Cristo, Cabeza y Pastor de su Iglesia, continúa operando y haciendo presente la obra de su amor salvador entre los hombres contando con el amor de todos los miembros de su Cuerpo, ¡sus fieles! bautizados en el agua y en el Espíritu. El mandato del amor fraterno -¡amar hasta dar la vida por los hermanos!- nace del Corazón eucarístico del Salvador y se cumple cuando nos dejamos abrazar y “*abrasar*” por su gracia. En definitiva, “*en «el culto» mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amado y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma*” (Deus Caritas est, 14).

En este “*Corpus Christi*” del 2012, en el que la palabra “*crisis*” sigue descubriendo -y ocultando a la vez- tanto sufrimiento en la vida de las personas y de las familias de Madrid, de toda España y de tantos otros países del mundo, la vivencia interior del ser amado por el Señor-Eucaristía que proclamamos como nuestro Salvador y la voluntad renovada de amar a los otros como Él nos amó, son condición indispensable -¡“*sine qua non*”!- para la autenticidad cristiana y la fecundidad humana y espiritual de nuestra celebración.

IV. “*Amar y ser amados*” por Cristo y en Cristo eucarístico implica, sobre todo, en la actual coyuntura histórica:

1º El respeto exquisito y el trato esmerado de la dignidad de toda persona humana, desde que es concebida en el seno de su madre hasta su muerte natural; especialmente aplicado a la que sufre pobreza, marginación, enfermedad, exclusión social. Sus víctimas principales son los niños, los jóvenes, los ancianos, los discapacitados y -tenemos que reconocerlo con mucho dolor- ¡las familias! La preocupación por el bien integral de la persona es inseparable del cuidado solícito y

solidario que merece y necesita la familia, constituida sobre la mutua entrega y donación amorosa del padre y de la madre, fecunda en el don de los hijos.

2º La búsqueda y el servicio al bien común, tarea primordial y responsabilidad primera de la comunidad política y de los que en ella ejercen la autoridad; pero, también, exigencia básica para el comportamiento justo y solidario de todos los que depende el futuro de la sociedad por los cargos y responsabilidades asumidas y protagonizadas en los campos de la economía, de las finanzas, de la empresa, de los sindicatos y de las organizaciones sociales en general. Y, por supuesto, criterio imprescindible de acción y de conducta para cualquier persona que quiera responder coherentemente a las exigencias éticas de la moral natural y, no digamos, de la moral cristiana. Para cualquier hijo o hija de la Iglesia se trata de un urgente imperativo de compromiso social con lo que Benedicto XVI llama “*la coherencia eucarística*” (Sacramentum Caritatis, 83).

3º Una defensa incondicional de la dignidad de la persona humana y un impulso y fomento decidido del bien común, apoyados en principios y estilos de conducta y de convivencia marcados por “*la gratuidad*”, que en realidad sólo se hace posible cuando se está dispuesto a amar al prójimo, dándose; es decir, sacrificándose por el bien de los demás. Sacrificio que ha de ser tanto más grande, cuanto más y mejores sean la condición y las posibilidades materiales y espirituales de cada uno. ¡El que más tiene, más ha de dar!

Se trata de tres actitudes ante la problemática individual, familiar y social de nuestro doloroso día a día que urge recuperar y actualizar en todos los ámbitos de la vida privada y, muy principalmente, de la vida pública. A la vista de la gravedad de la situación por la que atraviesan tantas familias y tantos conciudadanos hermanos nuestros, hay que intentar con todas las energías morales y espirituales de que disponemos -o podemos disponer- a partir de la vivencia fiel de lo que exige en la práctica “*la coherencia eucarística*”, instaurar una verdadera cultura del bien común, acompañada e impregnada de una cultura de la gratuidad. No hay duda: ¡nos encontramos ante una exigencia primordial de la caridad cristiana auténticamente vivida!

V. Llevar, cantando jubilosamente, a Jesucristo Sacramentado por nuestras calles y plazas de Madrid, en este año de crisis, pero también de gracia, que es el año 2012, nos está pidiendo, sobre todo, a los que lo portamos y mostra-

mos -pero, no menos, a los que lo ven pasar y lo contemplan- una disposición interior para la conversión: a Él, que en el Sacramento de la Eucaristía nos ofrece vivir “*la Caridad en la Verdad*”: en la verdad del Amor, que es Dios, y que Él, Cristo, su Hijo encarnado y muerto por nosotros en Cruz después de una crudelísima Pasión, nos descubre y nos regala como el más precioso tesoro y don de su amor, que no pasa nunca. Testigos de ese amor debemos y queremos ser para todos los que pasan a nuestro lado, para los que viven en la proximidad de nuestras casas y de nuestros lugares de trabajo, para los que lo han perdido y/o lo buscan agobiadamente; en una palabra, para todos los que por necesidades del cuerpo y/o del alma precisan de mucho amor. En el “*año de la Fe*” que se aproxima y en “*la Misión-Madrid*” que vamos a convocar, queremos responder con todas las consecuencias de vida cristiana y de acción pastoral precisas, desde hoy mismo, día de la procesión pública con el Santísimo Sacramento de la Eucaristía por las calles del Madrid histórico, al reto evangelizador que nos propone Benedicto XVI de que “*la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino*” (Porta Fidei, 14).

VI. La Iglesia cree, contempla y vive el Misterio de Jesucristo Sacramentado, amparada, guiada y alentada por el amor maternal de la Virgen María, Madre de Jesucristo y Madre de la Iglesia. Ella es la gran Maestra de la adoración de su divino Hijo presente en la Eucaristía. Ella es la que nos enseña a comulgar su Cuerpo y su Sangre con la debida disposición del alma, ofreciéndonos al Padre como Ella lo hizo. Ella es la que nos ayuda eficazmente a compartir el don de la gracia que nos santifica, imitándola y siguiéndola en la disponibilidad de su “*fiat*” el día de la Anunciación. A Ella, Virgen de La Almudena, encomendamos hoy la eficacia evangélica de nuestro testimonio eucarístico de fe, de esperanza y de caridad, a fin de que todos nuestros hermanos de Madrid crean, se sientan acogidos y amados en el amor humano-divino de su Hijo Jesucristo, real y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; y así puedan y quieran amar.

Amén.



SAN JUAN BAUTISTA Y EL DON DE LA ALEGRÍA ESPIRITUAL EN TIEMPOS DIFÍCILES

Madrid, 23 de junio de 2012



Mis queridos hermanos y amigos:

La solemnidad de San Juan Bautista cae providencialmente, en este año de crisis dolorosa y pertinaz, en domingo. La Iglesia le pide al Señor, en la Liturgia de la natividad del que fue el Precursor del Salvador, el don de la alegría espiritual. Una petición que acaso resulta un tanto paradójica. San Juan Bautista fue el último de los grandes profetas de Israel, enviado a allanar los senderos por los que había de llegar el Ungido de Dios. ¡Él no era el Mesías! No se cansaba de repetirlo cuando el pueblo le urgía a identificarse. Él era sólo la voz que grita en el desierto. El contenido de su profecía, pronunciada y proclamada con ardiente y provocadora claridad, estremecía: “*¡Raza de víboras! ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente? Dad el fruto que pide la conversión. Y no os hagáis ilusiones, pensando: Tenemos por padre a Abraham*” (Lc 3, 7-9). ¿Y cuál era ese fruto que exige la conversión que él predicaba? Un cambio radical de comportamiento y estilo de vida y, luego, el bautismo de penitencia; en un palabra, la vuelta del cora-



zón y de la voluntad al Dios de la Alianza: ¡volver sencilla y simplemente a Dios! Sí, a Dios, al Dios verdadero, que será el que envíe a su Mesías que los “*bautizará con Espíritu Santo y fuego*” (Lc 3, 16). El momento histórico, en el que el Bautista anuncia la inminente llegada del Mesías, era extraordinariamente crítico para su Pueblo: ¡el Pueblo elegido por Dios! Crítico en lo temporal: dominado despóticamente por la poderosa Roma del Imperio; partido internamente en tres Tetrarquías confiadas al gobierno de unos personajes moralmente impresentables. Crítico, sobre todo, espiritualmente: un culto del Templo vivido superficial e hipócritamente que tapaba una extendida relajación de costumbres y un abandono patente del seguimiento fiel de la Ley en muchos de los hijos de Israel. Aparentemente sólo quedaba un pequeño resto de justos de Yavhé. Por ejemplo: los propios padres del Bautista, Zacarías y Ana; y, sobre todo, María, la Doncella de Nazareth, la que iba a ser la Madre de Jesús y, José, su esposo, virgen como ella.

El camino abierto por la Profecía de Juan era el de la denuncia implacable de los pecados del pueblo y de sus dirigentes -¡le costará el martirio a manos del Rey Herodes, el Tetrarca de Galilea!- y el del arrepentimiento penitente que abriese la puerta del alma a la esperanza de la salvación que sólo podía venir de Dios. ¡Solo Dios podía salvar y salvarles! Estaba a punto de hacerlo, por su infinita misericordia. El Mesías prometido iba a entrar ya en el curso de la historia: de la historia de Israel y de la de toda la humanidad. Ante el inminente acontecimiento, no cabía duda de que los requerimientos de conversión comportaban radicales transformaciones de las conductas individuales y la erradicación rigurosa de abusos y depravaciones sociales. Todo ello... costoso, severo y sacrificado en su realización. Ahora bien, tampoco había lugar para la menor vacilación respecto a que el don de la verdadera salvación estaba al alcance del hombre pecador: el horizonte de la esperanza iba a quedar definitivamente abierto con la aparición del Mesías. ¡El alma de los creyentes y el corazón del hombre comenzaban a degustar el don de la gracia divina, ¡fuente perenne e inagotable de la verdadera alegría!

Sí, San Juan Bautista es el Profeta de la necesidad de la verdadera y auténtica penitencia como puerta que abre al ser humano al don del perdón misericordioso de Dios, revelado en Jesucristo, y, al mismo tiempo el Profeta de la verdadera alegría. La inminencia de la llegada del Mesías, ¡el Cristo! anunciado por él, abría el capítulo nuevo y definitivo de la alegría en la historia de la humanidad. Por su Cruz gloriosa quedaría firme e irreversiblemente inaugurado. Desde el día de la Resurrección, Jesucristo, el Mesías prometido, se colocaría para siempre cerca y al lado del hombre convocándolo y congregándolo para formar un Pueblo nuevo: el Pue-

blo de la Alianza nueva y eterna: ¡la Iglesia!, pueblo y familia definitiva de Dios. En la Iglesia, el hombre -¡todo hombre!- lo encontraría siempre dispuesto a conducirlo por la senda de la felicidad y de la vida perdurable y sin fin, que no es otra que la senda del amor más grande.

Hoy, en este día de San Juan Bautista, Profeta de ese amor más grande, no puede extrañarnos que la oración de la Iglesia, suplicando para ella y para todos sus hijos el don de la alegría, incluya también la petición al Señor de que dirija la voluntad de sus hijos -¡los hijos de Dios!- *“por el camino de la salvación y de la paz”*, que no es ni puede ser otro que el de la respuesta penitente y de la apertura confiada a la gracia de Jesucristo. Gracia que brota ya incontenible de su Divino Corazón traspasado por la lanza del soldado romano. En el fondo, nos encontramos ante la necesidad de dar la misma respuesta que Juan urgía al pueblo, todavía Pueblo de la Antigua Alianza, y que, ya, habiendo realizado el Mesías su obra salvadora con su sagrada Pasión, Muerte y Resurrección, no admite en nosotros demora alguna. Sobre todo, cuando nuestra actual crisis -también crisis moral, espiritual y religiosa- de la ley de Dios y de sus valores, crisis de la debida relación con Dios y que acontece después de Cristo y en países de hondas y multiseculares raíces cristianas; cuando se trata, en último término, de una crisis “postcristiana”. ¿Hay para ella otra salida que no sea la de la conversión sincera dispuesta a la penitencia, buscada en el encuentro sacramental con el Señor, y la de una renovada esperanza en la gracia derramada ya irrevocablemente en el corazón de la Iglesia desde el día de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés? Sinceramente ¡no! Unámonos pues humilde y fervientemente a la oración de la Iglesia en esta Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista. Apresuremos nuestros pasos en la dirección personal y comunitaria de una conversión penitente y esperanzada. Imitemos al mayor de los Profetas en esta hora de la preparación de “la Misión-Madrid”. Confiémonos totalmente a la gracia y al amor maternal de la Virgen María, la primera protagonista de la acogida del Salvador: ¡su Madre Santísima! Invoquémosla con el título de Virgen de La Almudena. Entonces el horizonte de la esperanza se iluminará más y más.

Con mi afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid



VICARÍA GENERAL

NOTA DE VICARIA GENERAL SOBRE LA PROCESIÓN DEL CORPUS CHRISTI



Conforme a lo establecido para la solemnidad del Corpus Christi (can. 944), después de la celebración de la Santa Misa, presidida por el señor Cardenal Arzobispo el domingo día 10 de junio, a las 19'00 h., en la explanada de la Catedral de la Almudena, tendrá lugar la procesión con el Santísimo Sacramento por las calles de Madrid, como testimonio público de veneración a la Santísima Eucaristía. Puesto que en una única ciudad la procesión del Corpus Christi debe ser única, uniéndose a ella todas las parroquias, en el territorio municipal de Madrid no debe haber otra procesión más que la determinada por el Obispo diocesano, con el fin de que los fieles de toda la ciudad de Madrid puedan mostrar este signo de veneración y de comunión eclesial. En consecuencia, los sacerdotes, a quienes se invita especialmente a participar en esta procesión, exhortarán a los fieles de sus parroquias e iglesias a que participen en esta única procesión del Corpus Christi.

Madrid, 18 de mayo de 2012.



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

CONSEJO PRESBITERAL 2012-2015



PRESIDENTE

**Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal
Arzobispo.**

MIEMBROS NATOS

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar.

91 45 46 400

**Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo
Auxiliar.**

Bailén 8 91 45 46 400

**Excmo. y Rvdmo. P. Juan Antonio Martínez Camino, S.J., Obispo
Auxiliar.**

91 45 46 400

Ilmo. Sr. D. Joaquín Iniesta Calvo-Zatarain, Vicario General.

91 45 46 400

Ilmo. Sr. D. Isidro Arnáiz Vázquez, Vicario Judicial.

91 364 41 50

Ilmo. Sr. D. Justo Bermejo del Pozo, Vicario Episcopal para el Clero.

Ilmo. P. Juan José Rodríguez Ponce, S.J., Adjunto a la Vicaría del Clero.

91 45 46 400

Ilmo. Sr. D. Joaquín Martín Abad, Vicario Episcopal para la Vida Consagrada.

91 45 46 400

Ilmo. Sr. D. Tomás Juárez García-Gasco, Vicario Episcopal para Asuntos Económicos.

Ilmo. Sr. D. Antonio Astillero Bastante, Vicario Episcopal para las Relaciones y Actos Públicos.

Ilmo. Sr. D. Adolfo Lafuente Guantes, Vicario Episcopal para las Fundaciones Civiles.

91 55 97 087

Ilmo. Sr. D. Gil González Hernán, Vicario Episcopal Vicaría I.

Ilmo. Sr. D. Luis Domingo Gutiérrez, Vicario Episcopal Vicaría II.

Ilmo. Sr. D. Alfonso Lozano Lozano, Vicario Episcopal Vicaría III.

91 429 70 52

Ilmo. Sr. D. Pablo Gonzáles Díaz, Vicario Episcopal Vicaría IV.

Ilmo. Sr. D. Ángel Matesanz Rodrigo, Vicario Episcopal de la Vicaría V y Vicario Episcopal para la Aplicación del Sínodo.

Ilmo. Sr. D. Julio Lozano Rodríguez, Vicario Episcopal Vicaría VI.

91 472 67 61

Ilmo. P. José Luis Huéscar Cañizal, A.A., Vicario Episcopal Vicaría VII.

Ilmo. Sr. D. Javier Cuevas Ibáñez, Vicario Episcopal Vicaría VIII.

Ilmo. Sr. D. Alberto Andrés Domínguez, Canciller Secretario.

M. Iltre. Sr. D. Andrés García de la Cuerda, Rector del Seminario Conciliar.

M. Iltre. Sr. D. Juan Fernández Ruiz, Rector del Seminario Redemptoris Mater.

M. Iltre. Sr. D. Roberto Serres López de Guereñu, Asesor Jurídico Canónico y Adjunto al Moderador de Curia con facultades delegadas de Vicario General.

91 364 40 10

MIEMBROS ELECTOS

VICARIA I

D. Antonio Arroyo Torres.

D. César Donaire Corchero.

VICARIA II

D. José Aurelio Martín Jiménez.

D. Lino Hernando Hernando.

VICARIA III

P. Ángel Camino Lamelas, O.S.A.

D. Felipe Asterio González Muñoz.

VICARIA IV

D. Mario Palacio Gayoso.

P. Miguel Riesco Crespo. F.A.M.

VICARIA V

D. Jesús Yébenes García.

D. José Manuel Rodríguez Morano.

VICARIA VI

D. Julio Palomar Hernando.

D. José Luis Simón Illera.

VICARIA VII

D. Jesús Higuera Esteban.

D. José Bueno Pimenta.

VICARIA VIII

D. José Trujillo García.

D. José Luis Díaz Lorenzo.

CURIA

D. Gregorio Aboín Martín.

DELEGACIONES DIOCESANAS

D. Carlos Aguilar Grande.

**CLAUSTRO DE PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD
ECLESIAÍSTICA SAN DÁMASO**

D. Juan Carlos Carvajal Blanco.

D. Javier María Prades López.

SEMINARIO CONCILIAR

D. Juan Carlos Vera Gallego.

CAPELLANES DE HOSPITALES O RESIDENCIAS

D. Valeriano Antolín Hernáiz.

SACERDOTES RELIGIOSOS RESIDENTES EN LA DIÓCESIS

P. Ángel de la Parte.



MIEMBROS DESIGNADOS

D. Pablo López Vizcaíno.

D. Jesús Vidal Chamorro.

D. Feliciano Rodríguez Gutiérrez.

D. Francisco Martín Murillo.

D. Ignacio Luis de Orduña Puebla.

D. José Ramón Vindel Ruas.

NOMBRAMIENTOS

COLEGIO DE CONSULTORES

Los nombramientos son por un período de cinco años (28-06-2012).

Ilmo. Sr. D. Tomás Juárez García-Gasco (28-6-2012).

Ilmo. Sr. D. Ángel Matesanz Rodrigo (28-6-2012).

Ilmo. Sr. D. Julio Lozano Rodríguez (28-06-2012).

M. Iltre. Sr. D. Andrés García de la Cuerda (28-6-2012).

Ilmo. Sr. D. Roberto Serres López de Guereñu (28-6-2012).

Rvdo. Sr. D. José Aurelio Martín Jiménez (28-06-2012).

Rvdo. Sr. D. Jesús Higuera Esteban (28-6-2012).

Rvdo. Sr. D. José Trujillo García (28-6-2012).

Ilmo. Sr. D. Javier Prades López (28-6-2012).

CANÓNICOS DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

M. Iltre. Sr. D. José María Magaz Fernández (27-06-2012).

M. Iltre. Sr. D. Antonio Ciudad Albertos (27-06-2012).

M. Iltre. Sr. D. Carlos Antonio Cerezuela García (26-06-2012).

CURIA DIOCESANA

Delegado Episcopal de Relaciones Interconfesionales: D. Manuel Barrios Prieto (05-06-2012)

ARCIPRESTE

De Colmenar Viejo: D. Ignacio Orduña Puebla (21-6-2012).

PÁRROCOS

De San Andrés: D. Juan Francisco Morán Bustos (12-06-2012).

De Santo Cristo de la Misericordia: P. Domingo Antonio Figueroa Figueroa (12-6-2012).

De Virgen de la Nueva: D. Javier Blázquez Florez (21-6-2012).

De Nuestra Señora del Tránsito: D. Antonio Fernández Montaña (21-6-2012).

De Nuestra Señora de la Soledad: D. Fernando Murga Gómez (21-6-2012).

De Canencia de la Sierra, Pinilla de Buitrago y Gargantilla de Lozoya: D. Wooby Oreste Jacques (26-6-2012)

De Beata María Ana de Jesús: D. Santiago Montoya Torres (26-6-2012).

VICARIOS PARROQUIALES

De Santa María la Blanca de Montecarmelo: D. José Luis Díaz Lorenzo (12-6-2012).

De Nuestra Señora de Atocha: P. Iván Calvo Alonso, O.P. (12-06-2012).

De San Juan Bautista de la Concepción:

P. Rafael Carmelo Márquez Megía, O.S.T. (12-06-2012).

P. Antonio Torres García, O.S.T. (12-06-2012).

De San Juan Evangelista: D. Antonio Fernández Carranza (21-6-2012).

De Nuestra Señora de Sonsoles: P. Jorge Eduardo Serrano Gutiérrez, C.O.R.C. (21-06-2012).

ADSCRITO

A San Andrés: D. Carlos Morán Bustos (12-6-2012).

OTROS OFICIOS

Capellán Mayor del CEU: D. Andrés Ramos Castro (5-6-2012).

Capellán del CEU Claudio Coello: D. Javier de la Rosa Ducato, P.E.S. (5-6-2012).

Director de Radio María: D. Luis Fernando de Prada Álvarez (21-6-2012)

Capellán del Colegio Aquinas American Scholl: D. David Amado Fernández (21-6-2012)

Capellán del Hospital Infanta Leonor: D. Melchor Redondo Ortega (21-6-2012).

Capellán de la Residencia de Mayores Femenina 'Jesús Nazareno': P. Juan Antonio Cuesta Olmo, S.J. (21-6-2012).



DISTINCIONES PONTIFICIAS

Cruz “Pro Ecclesia et Pontifice”: D. Ramón Cosla Abreu (5-6-2012).

SAGRADAS ÓRDENES

El día 09 de junio de 2012, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en el Santuario de Nuestra Señora de Schöenstatt, de Pozuelo de Alarcón (Madrid), el Sagrado Orden del Presbiterado, al **Rvdo. P. Jaime Vivancos Machimbarrena.**

El día 16 de junio de 2012, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, confirió, en La Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Santa María la Real de la Almudena, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado a los seminaristas.

D. Juan Barbeito Díaz de Bustamante,
D. José Antonio Buceta Toro,
D. Roberto González-Tapia Otero,
D. Pablo Eduardo Lamata Molina,
D. Eduardo José Lostao Boya,
D. Aitor de la Morena de la Morena,
D. Gonzalo Moreno Ponce,
D. Iván Vicente Munilla Ereña,
D. Manuel Alejandro Navarro Galán,
D. Manuel Antonio Padrón González,



D. Joao Carlos Peixoto Ferreira,
D. Pedro Andrés Perezpayá Alonso,
D. Daniel Rodríguez Diego,
D. Ismael Rojo Pérez,
D. Álvaro José Sánchez Hurtado,
D. Daniel Sevillano Pascua,
D. Emilio Sierra García,
D. Jesús José Trullenque Quintana,
D. Ramón Uceta García
D. Jorge Raúl Vargas Canteros,
D. Rafael Ángel Vega Corrales y
D. Jersy Joan Venegas Riera, diocesanos de Madrid.

DEFUNCIONES

El 2 de junio de 2012 ha fallecido SOR INÉS MARÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD CELADILLA FERNÁNDEZ, a los 82 años de edad y 64 de Vida Consagrada en el Monasterio de la Inmaculada y San Pascual de las Monjas Clarisas de Madrid.

El día 5 de junio de 2012 falleció el Rvdo. Sr. D. FÉLIZ PÉREZ BERMEJO, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en EL MUYO (Segovia) el 2 de mayo de 1927. Ordenado en Barcelona (Congreso Eucarístico) el 31 de mayo de 1952. Incardinado en Madrid el 16 de noviembre de 2007. Capellán del Gran Hospital (1961 a 2 de mayo de 1992). Estaba jubilado desde mayo de 1992. Estuvo adscrito a la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar.

El día 7 de junio de 2012 falleció D. HERNANDO LÓPEZ RAMÍREZ, hermano del Rvdo. Sr. D. Manuel López Ramírez, Párroco “in solidum” de la Parroquia Nuestra Señora de los Apóstoles de Madrid

El día 11 de junio de 2012 ha fallecido Monseñor SAMUEL GONZÁLEZ NAVARRO, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en San Esteban del Valle (Ávila) el 30-11-1923. Ordenado en Ávila el 19-03-1949. Incardinado en Madrid el 10-4-1972. Fue vicario parroquial de San Carlos Borromeo (30-1-1966 a 4-9-1967),

vicario parroquia de San Roque (4-9-1967 a 31-5-2010), oficial de la Notaría de matrimonios (1-8-1989 a 29-10-1991), notario de la notaría de matrimonios (1-8-1989 a 31-5-2010). Era Prelado de Honor de Su Santidad (3-9-2007). Estaba jubilado.

El día 25 de junio de 2012 falleció DÑA. SALVADORA FERNÁNDEZ - CAÑAVERAL, madre del Rvdo. Sr. D. José Félix Blanco Fernández –Cañaveral, jefe del Departamento de profesores de Secundaria de la Delegación Diocesana de Enseñanza.

El pasado 29 de junio de 2012 falleció la HERMANA MARÍA ANGELA DOMINGO AGUADO, a los 84 años de edad y 60 de Vida Consagrada en el Primer Monasterio de la visitación, en Madrid.

El día 30 de junio de 2012 falleció DÑA. MAURICIA BALTASAR DE LA FUENTE, a los 107 años de edad, madre del Rvdo. Sr. D. FRANCISCO VENTURA BALTASAR, adscrito a la Parroquia de La Sagrada Familia, de Madrid

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. JUNIO 2012

Días 1 al 3: Encuentro Mundial de las Familias con Benedicto XVI, en
Milán

Día 5: Consejo Episcopal

Encuentro de fin de curso con profesores universitarios

Día 6: Acogida de las Reliquias de San Juan Bosco en el Colegio de los
Salesianos de Atocha

Visita al Seminario Redemptoris Mater

Día 7: Jornada de Santificación Sacerdotal

Día 9: Consagración de la Parroquia de Santo Tomás

Vigilia del Corpus Christi en la Catedral

Día 10: Misa y procesión del Corpus Christi

Día 12: Consejo Episcopal

Día 13: Festividad de San Antonio en la Ermita de San Antonio de la
Florida

Día 14: Comité Ejecutivo CEE

Visita al terreno, Misa y bendición de los locales de Cáritas en la Parroquia
de San Miguel Arcángel

Día 15: Misa en la Catedral, Bodas de Oro y Plata de Matrimonios

Día 16: Órdenes de diáconos en la Catedral

Día 17: Celebración de la Adoración al Santísimo, en Lugo



Días 19 y 20: Comisión Permanente de la CEE

Día 21: Consejo Episcopal

Fin de curso en el Seminario Conciliar

Día 22: Inauguración de la Casa de Acogida 'Nuestra Señora de la Almudena', del Colegio Newman

Día 23: Clausura de la Visita Pastoral al Arciprestazgo 'Nuestra Señora la Blanca', de la Vicaría II

Día 24: Misa en el 10º aniversario de la Parroquia Santa María de la Esperanza, de Alcobendas

Día 26: Consejo Episcopal

Misa en la Catedral, con motivo de la festividad de San Josemaría Escrivá de Balaguer

Día 27: Consejo Presbiteral en el Seminario

Clausura general de la Visita Pastoral a la Vicaría II, en la Parroquia de Nuestra Señora de Covadonga

Día 28: Misa aniversario de la Fundación Independiente, en la Cripta de la Catedral

Día 30: Inauguración de la Parroquia San Fermín, de Vallecas

Adoración de Espigas de la Adoración Nocturna Masculina en la Parroquia de San Jerónimo el Real.



Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO. JUNIO 2012



1 Viernes

San Justino, mártir

* Encuentro Mundial de las Familias Milán-2012

- Por la mañana asiste al Congreso Internacional Teológico-Pastoral.

- También por la mañana preside la Santa Misa en la Sede con Congreso; concelebra el Cardenal-Arzobispo de México Mons. Norberto Rivera.

- Por la tarde asiste al Concierto en el *Teatro alla Scala* de Milán en honor al Santo Padre Benedicto XVI.

2 Sábado

San Marcelino y San Pedro, mártires

* Encuentro Mundial de las Familias Milán-2012

- A las 11:30 h. Santa Misa en la Basílica de San Ambrosio de Milán presidida por el Cardenal-Arzobispo de Madrid Mons. Antonio María Rouco y concelebrada por Mons. Juan Antonio Reig Pla.

- Por la tarde asiste a la Fiesta de los Testimonios con el Papa Benedicto XVI.

3 Domingo

LA SANTÍSIMA TRINIDAD B

“Día pro Orántibus” (dependiente de la C.E.E., obligatoria)



* Encuentro Mundial de las Familias Milán-2012

- Misa solemne presidida por el Santo Padre Benedicto XVI y concelebrada por Cardenales y Obispos de todo el mundo, entre los que se encontraba Mons. Juan Antonio Reig Pla.

5 Martes

San Bonifacio, obispo y mártir

* A las 10.30 h. en el Palacio Arzobispal visitas de sacerdotes.

6 Miércoles

San Norberto, obispo

* A las 11 h. visita de un sacerdote en el Palacio Arzobispal.

* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

7 Jueves

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. charla con Cursillos de Cristiandad; tema: Carta Apostólica

Porta Fidei.

8 Viernes

* A las 21:00 h. Vigilia de oración con matrimonios en el Palacio Arzobispal.

9 Sábado

San Efrén, diácono y doctor

* Por la mañana reunión con la Pastoral Penitenciaria en los Maristas de Alcalá de Henares.

- A las 12:00, en el mismo lugar, Santa Misa con la HOAC.

10 Domingo

EL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO B

“Día (y colecta) de Caridad”: (dependiente de la C.E.E., obligatorio).

* A las 12:00 h. Celebración de la Santa Misa del *Corpus Christi* en la Catedral-Magistral.

* A las 19:00 h. procesión del *Corpus Christi* desde la Catedral-Magistral hasta la parroquia de Santa María de Alcalá de Henares.

11 Lunes

San Bernabé, apóstol

* A las 19:30 h. Misa en la Catedral-Magistral con las reliquias de San Juan Bosco.

12 Martes

* Reunión de Arciprestes y Delegados.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

13 Miércoles

San Antonio de Padua, presbítero y doctor.

* A las 11:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:00 h. en el Palacio Arzobispal Santa Misa y aperitivo fraterno con el Instituto Diocesano de Teología “Santo Tomás de Villanueva”.

14 Jueves

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* Por la tarde en el Palacio Arzobispal Santa Misa y Encuentro con Universitarios.

15 Viernes

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS B

* A las 10.30 h. visitas de sacerdotes y laicos en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:15 h. Confirmaciones en la Catedral-Magistral con alumnos del Colegio Alborada.

16 Sábado

Inmaculado Corazón de María

Aniversario Litúrgico de la Consagración de la Diócesis de Alcalá de Henares al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María (Palacio Arzobispal A.D. 2009)

* En Morata de Tajuña Encuentro de Voluntarios de Cáritas (ponencia del Sr. Obispo sobre la familia).

* A las 19:30 h. Confirmaciones en la parroquia de San Isidro de Alcalá de Henares.

17 Domingo

XI DEL TIEMPO ORDINARIO B

* A las 12:00 h. Confirmaciones en Ntra. Sra. de la Asunción de Algete.

19 Martes

San Romualdo, abad

* A las 10.30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

20 Miércoles

Santa Florentina de Cartagena, virgen y abadesa



* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:30 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

21 Jueves

San Luis Gonzaga, religioso

* A las 10:30 h. reunión de delegados diocesanos en el Palacio Arzobispal.

22 Viernes

San Paulino de Nola, obispo, San Juan Fisher, obispo y Santo Tomás Moro, mártires

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 21:00 h. Eucaristía de fin de curso con el Camino Neocatecumenal en la parroquia de Ntra. Sra. de la Soledad de Torrejón de Ardoz.

23 Sábado

* A las 11:00 h. en el Palacio Arzobispal reunión con la Comisión Diocesana para el “Año de la Fe”.

* A las 19:00 h. confirmaciones en la parroquia San Diego de Alcalá de Henares.

* En el Patio del Aleluya del Palacio Arzobispal encuentro de amistad con el Aula Cultural de *Civitas Dei*.

24 Domingo

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

Onomástica del Sr. Obispo

* A las 10:30 h. Santa Misa en Torrejón de Ardoz con ocasión del XX aniversario de la Hermandad de la Virgen del Rocío y bendición de un retablo.

26 Martes

San Pelayo, mártir y San Josemaría Escrivá de Balaguer, presbítero

27 Miércoles

San Cirilo de Alejandría, obispo y doctor

* En Roma Consejo del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia.

28 Jueves

San Ireneo de Lyon, obispo y mártir

* En Roma Consejo del Pontificio Instituto Juan Pablo II.

29 Viernes

SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles

“Colecta del Óbolo de San Pedro” (pontificia). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.

Aniversario de la ordenación sacerdotal del Papa Benedicto XVI (1951)

* En Roma Consejo del Pontificio Instituto Juan Pablo II.

30 Sábado

Santos Protomártires de la Santa Iglesia Romana





Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

Homilía de D. Joaquín M^a,
Obispo de Getafe con motivo de la
SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Jornada Mundial de oración por la santificación
de los sacerdotes

Cerro de los Ángeles – 15 de Junio de 2012

Queridos hermanos sacerdotes, queridos amigos y hermanos todos:

La Iglesia, al celebrar la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, invita a todos los creyentes a elevar una mirada de fe “a Aquél que traspasaron” (Jn 19,37), al Corazón de Cristo, signo vivo y elocuente del amor invencible de Dios y fuente inagotable de gracia.

En el Antiguo Testamento se habla 26 veces del Corazón de Dios. Pero hay un texto especialmente conmovedor, en el capítulo 11 del profeta Oseas, donde, ya en los primeros versículos, se describe el amor con que Dios trata al pueblo elegido desde los comienzos mismos de su historia. “Cuando Israel era niño yo lo ame, y de



Egipto llamé a mi hijo” (v. 1). En realidad, a esta incansable predilección divina, Israel responde con indiferencia e incluso con ingratitud. “Cuanto más le amaba, más se alejaba de mi” (v. 2). Sin embargo Dios no abandona a Israel en manos de sus enemigos pues “mi corazón se conmueve en mi interior y se estremecen mis entrañas” (v. 8).

El Corazón de Dios se estremece de compasión. En esta Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, la Iglesia presenta a nuestra contemplación este misterio: el misterio del Corazón de Dios que se conmueve y derrama todo su amor sobre la humanidad. Un amor misterioso que, en los textos del Nuevo Testamento, se nos revela como una verdadera pasión de Dios por el hombre. Dios ama al hombre apasionadamente. Dios no se rinde ante la ingratitud del hombre, ni siquiera ante el rechazo del pueblo que Él se ha escogido; más aún, con infinita misericordia, Dios envía al mundo a su Hijo Unigénito para que cargue sobre sí los desastres que el pecado ha producido en el hombre y, derrotando en la cruz el poder del pecado y de la muerte, restituya la dignidad de hijos a los que el pecado había convertido en esclavos. El Hijo Unigénito de Dios, devuelve a los hombres su dignidad entregando la vida por ellos. “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca sino que tenga la vida eterna” (Jn 3,16). Y como símbolo de este amor entregado hasta el extremo, de este amor que va más allá de la muerte, el evangelio nos ofrece el texto del costado de Cristo atravesado por la lanza. “Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y, al instante, salió sangre y agua” (Jn 18,34).

El Corazón de Cristo nos hace hoy una llamada a nuestro corazón. Nos invita salir de nosotros mismos y a dejar a un lado nuestras falsas seguridades humanas para fiarnos plenamente de Él y, siguiendo su ejemplo, hacer de nosotros mismos un don de amor sin reservas para nuestros hermanos.

Aunque es verdad que la invitación de Jesús a “permanecer en su amor” (cf. Jn 15,9) se dirige a todos los bautizados, sin embargo en esta fiesta del Corazón de Jesús, Jornada Mundial de Oración por la santificación de los sacerdotes, esa invitación resuena con mayor fuerza, para nosotros los sacerdotes.

Para ser ministros del Evangelio es ciertamente útil y necesario -y nunca me cansaré de recordarlo- el estudio, con una esmerada y permanente formación teológica y pastoral; pero más necesaria aún es la “ciencia del amor”, que sólo se aprende “de corazón a corazón” con Cristo. Es más, sin esta “ciencia del amor”,



todo lo demás sobra. Él nos llama a partir el pan de su amor, a perdonar los pecados y a guiar al Pueblo de Dios en su nombre. Y precisamente por eso no podemos apartarnos nunca del manantial del Amor que es su Corazón traspasado en la Cruz.

Queridos hermanos sacerdotes, bebamos todos de ese manantial que brota del Corazón de Cristo para que nuestro amor a los hombres sea siempre fiel reflejo del amor de Aquél que dio su vida por nosotros en la cruz.

Un amor ofrecido, entregado y siempre disponible a la voluntad del Padre. Tal vez la disposición más característica del Corazón de Jesús es su actitud de amorosa ofrenda al Padre. El Corazón de Jesús está siempre disponible para cumplir la voluntad del Padre, está ofrecido en oblación de amor para la salvación de toda la humanidad. Su actitud fundamental es de generosa entrega, de donación plena, llena de amor al Padre y a los hermanos. En Él no hay ninguna sombra de mezquindad, de egoísmo, de estar centrado en sí mismo. Es el hombre para los demás, al servicio de la misión que el Padre le ha encomendado. Su Corazón es un corazón capaz de morir a su propio “querer”, un corazón humilde y obediente, a la vez que valiente y audaz en los momentos difíciles.

El amor del Corazón de Jesús es un amor que llega a todos. Nadie amó como Él. Los pobres, los pecadores, los enfermos, los niños, los marginados, todos encontraron refugio y consuelo en el cariño y la bondad de Jesús “que pasó por el mundo haciendo el bien” (Hch 10,38). Él fue el rostro amable de Dios para los abatidos y los desesperanzados, que encontraron siempre en Él acogida, comprensión y aliento. Del amor abundante del Corazón de Cristo los humildes recibieron la dignidad que buscaban y una vida nueva.

El amor más grande, el amor que da la vida por los suyos (Jn 15,13), el amor que sale a nuestro encuentro, ese es el amor que encontramos en el Corazón de Jesús:

Un amor gratuito, incondicional, que no excluye a nadie. Ni siquiera a los enemigos: “Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre los malos y los buenos y manda la lluvia sobre los justos y los injustos” (Mt 44.45).

Un amor de amistad: “Ya no os he llamado siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15,15).



Un amor valiente que no teme enemistarse con los poderosos. No teme curar a un hombre en sábado, en la sinagoga, sabiendo, como nos dice el evangelio, que después de este hecho “los fariseos se confabularon con los herodianos para acabar con Él” (Mc 3, 6).

Un amor tierno que abraza a los niños (Mc 10, 13-16).

Un amor misericordioso, que dice a la mujer adúltera: “Yo tampoco te condeno. Vete en paz y no peques más” (Jn 8, 11).

Un amor que sale a nuestro encuentro para darnos su perdón. Y nos busca como el pastor busca a la oveja extraviada, o la mujer busca la moneda perdida, o el padre del hijo pródigo busca al hijo que se fue y espera incansable su regreso (cf. Lc 15).

Un amor desafiante que invita a seguirlo. Un amor que interpela al joven rico diciéndole: “Una cosa te falta, anda vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme” (Mc 10,21).

Un amor que siente compasión de la muchedumbre al ver a las gentes “maltrechas y abatidas como ovejas sin pastor” (Mc 6, 30-44).

Un amor ofrecido a los que nadie amaba, como a aquella mujer, que en casa de Simón, el fariseo, ungió los pies de Jesús con perfume, los regó con sus lágrimas y los enjugó con los cabellos de su cabeza (Lc 7,36-50).

Así es el amor ardiente e inefable que está en el Corazón de Jesús, el corazón más humano de todos, por ser también el más divino. Hoy el resucitado nos sigue amando con ese mismo amor humano, en su plena humanidad glorificada y nos dice: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos” (Mt 28,20).

En este Corazón, hemos de encontrar todos los cristianos nuestra morada. Y de una manera especial los sacerdotes. La expresión de la Escritura: “Esta es la voluntad del Padre, vuestra santificación (I Ts 4,3), aunque vaya dirigida a todos los cristianos, se refiere de modo particular a nosotros los sacerdotes que hemos aceptado no sólo la invitación a “santificarnos”, sino también la de convertirnos en “ministros de la santificación” para nuestros hermanos. Esta es nuestra vocación y nuestra

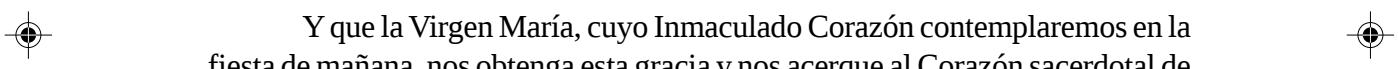


gozosa responsabilidad: no podemos santificarnos, sin trabajar por la santidad de nuestros hermanos y no podemos trabajar por la santidad de nuestros hermanos sin que antes hayamos trabajado y trabajemos por nuestra santidad.

Queridos hermanos sacerdotes, entremos en esta escuela del Corazón de Jesús para que nuestro amor a los hombres sea reflejo, instrumento y sacramento del amor de Cristo: un amor gratuito e incondicional, un amor sin medida, un amor de amistad, un amor valiente y, a la vez, tierno, un amor interpelante y a la vez misericordioso, un amor paciente y humilde, un amor que se conmueva ante tanta gente que anda por la vida perdida y desorientada como ovejas sin pastor.

La Iglesia necesita sacerdotes santos; ministros que ayuden a los fieles a experimentar el amor misericordioso del Señor y sean sus testigos convencidos.

Pidamos al Señor que llene de caridad pastoral el corazón de cada presbítero y le haga capaz de configurar su “yo” personal al de Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote para poderlo imitar en la entrega más completa.



Y que la Virgen María, cuyo Inmaculado Corazón contemplaremos en la fiesta de mañana, nos obtenga esta gracia y nos acerque al Corazón sacerdotal de su Hijo. Que la Virgen María acompañe a todos los sacerdotes, para que puedan ser guías firmes del Pueblo de Dios en el camino de la santidad. Amen.



LLENOS DE AMOR POR EL HOMBRE CON LA ANTORCHA DE CRISTO EN LA MANO

Gran Misión Diocesana,
con motivo del 25 aniversario
de la creación de la Diócesis de Getafe

Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

PRIMERA PARTE **LLENOS DE AMOR POR EL HOMBRE**

«Jesús, al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas (...) porque estaban como ovejas sin pastor» (Mt 9,36).

Muy queridos amigos y hermanos:

La celebración del 25 aniversario de la creación de la Diócesis de Getafe, que tendrá lugar en el año 2016, nos ofrece la oportunidad de dar gracias a Dios

por todo lo que Él ha ido realizando estos años en nosotros y por las personas, sacerdotes, consagrados y laicos que, fieles a su llamada, han sido instrumentos dóciles y eficaces de la gracia divina.

Y también es un momento propicio para mirar el futuro con esperanza y dar un nuevo y vigoroso impulso al mandato de Jesús de llevar a todos los hombres por su camino de bondad, de perdón y de amor, para que, por ese camino, lleguen a la salvación. La mejor forma de celebrar este aniversario, tan significativo para nosotros, es promoviendo una Gran Misión.

1. Por qué una Gran Misión.

El Señor nos invita a trabajar para hacer discípulos de todas las gentes. Es un deseo que nace de esa mirada de Jesús, llena de amor, que se conmovía al ver las gentes «extenuadas y abandonadas como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36). Es una llamada que nos anima a mirar el mundo con esa mirada y a preguntarnos: ¿Qué busca la gente hoy? ¿Cuáles son sus grandes necesidades, temores y esperanzas? ¿Cuál debe ser la aportación que nuestra Iglesia Diocesana debe hacer? En realidad, como nos decía Benedicto XVI en Santiago de Compostela: «Nuestra aportación debe centrarse en una realidad tan sencilla y decisiva como ésta: que Dios existe y que es Él quien nos ha dado la vida. Sólo Él es absoluto. Sólo Él es amor fiel e indeclinable, meta infinita que se trasluce detrás de todos los bienes, verdades y bellezas admirables de este mundo; admirables pero insuficientes.(...) Es una tragedia que en Europa, sobre todo en el siglo XX, se afirmase y se divulgase la convicción de que Dios es el antagonista del hombre y el enemigo de la libertad. Con esto se quería ensombrecer la verdadera fe bíblica en Dios, que envió al mundo a su Hijo Jesucristo a fin de que nadie perezca, sino que todos tengan vida eterna (cf. Jn 3,16). (...) Dios es el origen de nuestro ser y cimiento y culmen de nuestra libertad. (...) Es necesario que Dios vuelva a resonar bajo los cielos de Europa y *que esa palabra santa no se pronuncie en vano*»¹.

La Misión es urgente: «Caritas Christi, urget nos» (2 Cor 5,14). Tenemos que abrir los ojos de los hombres a la trascendencia y a la fraternidad. Tenemos que moverles hacia el Dios vivo y verdadero desde el hombre vivo y verdadero. Tenemos que velar por Dios y velar por el hombre desde la comprensión que de ambos

¹ BENEDICTO XVI. *Homilía. Santiago de Compostela*, 6 de Noviembre de 2010.



nos ofrece Jesucristo. Evangelizar no es para nosotros un motivo de gloria, sino una necesidad: «Ay de mí si no evangelizare» (1 Cor 9,16).

La Iglesia existe para la Misión. La Iglesia lo sabe. Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. «Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa»². La Misión es parte constitutiva de la identidad de la Iglesia. Por eso la Misión ha de despertar en todos nosotros la alegría y la fecundidad de ser discípulos. Cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva.

Los cambios amplios y profundos de esta sociedad hacen que esta tarea sea cada vez más urgente y, en cierta medida, nueva. En realidad, podemos decir que en la Iglesia siempre hay novedad. Y la novedad está dada por los desafíos que marcan la época que a cada uno le ha tocado vivir. El desafío de esta época es lo que Benedicto XVI ha llamado “eclipse de Dios”.

El Espíritu Santo, que es el alma de la Iglesia, nos explica en cada momento las enseñanzas de Jesús y su misterio, nos muestra también los vacíos y desiertos del hombre y nos inspira los nuevos caminos de evangelización que hemos de abrir. La novedad no viene de nosotros. La novedad viene del Espíritu Santo. Nunca habrá novedad sin el Espíritu Santo. Nunca habrá evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo³. El Espíritu siempre sopla para encontrar lo nuevo en lo ordinario, renovando lo cotidiano, porque es Cristo el que hace nuevas todas las cosas. «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino en el desierto, corrientes de agua en el yermo» (Is 43,18-19).

Pero, me preguntaréis: ¿Por qué una Misión en nuestra Diócesis de Getafe? ¿Por qué ahora? ¿Por qué es urgente? ¿Por qué afrontar una acción de esta envergadura que no puede ser llamada “una actividad más”?

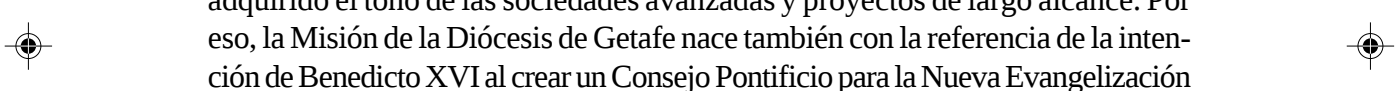
Por un lado, porque la historia de nuestra Diócesis no es ajena a la historia de la Salvación. Nos insertamos en la historia de la Iglesia que nos ofrece un testi-

² PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n.14.

³ Cf. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n.75.



monio ejemplar y, a la vez, un respaldo pastoral a la Gran Misión Diocesana de Getafe. La obra misionera de Cristo fue continuada por sus discípulos en los Hechos de los Apóstoles y por el Apóstol de los Gentiles como leemos en sus cartas. Posteriormente la misión expandió la Palabra por todo el Mediterráneo siendo fecundada por la sangre de los primeros mártires. La Iglesia no dejó la misión cuando las invasiones germánicas terminan con el Imperio Romano de Occidente sino que la fe fue asumida por estos pueblos bárbaros. Posteriormente la fe se expandió por el Norte y el Este de Europa. Luego le tocó el turno a la costa subsahariana de África. Después, el mundo contempló la gran gesta misionera de España y Portugal en América. Ya en el siglo XVI los misioneros tuvieron que “reevangelizar” por primera vez un territorio, Europa, tras la Reforma Protestante. Mas tarde, desde la Ilustración, fueron constantes las oleadas misioneras para impedir la secularización de Occidente.



Los siglos XX y XXI han vuelto a ser regados masivamente con la sangre del martirio en los cinco continentes. En la Edad Contemporánea no sólo encontramos las misiones populares en las zonas rurales sino que, actualmente, la misión ha adquirido el tono de las sociedades avanzadas y proyectos de largo alcance. Por eso, la Misión de la Diócesis de Getafe nace también con la referencia de la intención de Benedicto XVI al crear un Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización y desde la experiencia de la actual Misión Continental de América y los últimos Congresos para la Nueva Evangelización de Viena, París, Lisboa, Bruselas, Budapest Manresa, así como de las misiones de otras diócesis europeas como Roma o Toulon.

Unido a esta perspectiva, esta Gran Misión tiene lugar ahora en nuestra Diócesis porque después de 25 años de ser erigida canónicamente por el Beato Juan Pablo II, aún son cientos de miles las personas sin evangelizar.

Convoco esta Gran Misión desde la convicción de que ahora estamos preparados para ello, pues estos años han ido configurando nuestra “historia familiar” con una identidad y personalidad propia. Entre los grandes hitos de estos años que han forjado nuestra singularidad, quiero recordar ahora aquel 12 de octubre de 1991 en que se leyeron las Letras Apostólicas de erección de la Diócesis en la Catedral, el despertar de nuestro querido Seminario, la creación de tantas nuevas parroquias, la celebración del Jubileo del año 2000, la impactante muerte de nuestro querido primer Obispo Don Francisco, la alegría de las peregrinaciones de jóvenes, la aparición de la figura del Obispo Auxiliar, los tres años de la Misión Joven, el Congreso del Apostolado Seglar, la restauración de la Catedral, el Año Jubilar

Mariano y, por último nuestra condición de Subsede de la Jornada Mundial de la Juventud.

Los próximos años de Misión serán también un momento de fortalecer nuestros vínculos diocesanos y de reflexionar juntos sobre los logros y retos que nos suponen estos 25 años de historia. Nuestro futuro tiene una orientación a partir de unas raíces concretas.

2. Qué es la Misión.

Misión significa envío. «Como el Padre me ha enviado así os envío yo» (Jn 20,21). La Misión nos llama a escuchar nuevamente este envío del Señor y a responderle con entusiasmo y ardor. El Señor nos llama a todos y a cada uno para que, en el seno de la Iglesia, en nuestra diócesis, y animados por el Espíritu Santo, anunciemos el Evangelio a los que no lo han recibido plenamente; a los que lo recibieron pero se alejaron de la Iglesia, y también, respetuosamente, a los no creyentes o a quienes se confiesan agnósticos o abiertamente ateos.

Cuando hablo de misión me refiero a un proceso evangelizador. «Ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la rica realidad, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con riesgo de empobrecerla o incluso mutilarla. (...) Evangelizar significa llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad. (...) La finalidad de la evangelización es este cambio interior, y si hubiere que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprendidos, su vida y ambiente concretos»⁴.

En nuestro envío misionero nos vamos a encontrar, lo mismo que en los tiempos apostólicos⁵, personas que se abren gozosas a la Palabra de Dios y también personas que se cierran. Vamos a encontrar acogida y también rechazo y modos de pensar y de vivir que están lejos de la búsqueda de Dios y de la verdad.

⁴ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n.18

⁵ Cf. Hch 6,7; 12,24



El hombre contemporáneo está a menudo confuso y no consigue encontrar respuestas a tantas preguntas que agitan su mente con respecto al sentido de la vida y a las cuestiones que le inquietan en lo profundo del corazón. En muchos casos, intenta no hacer caso a esas inquietudes. Pero el hombre, por muchas evasiones que busque, no puede eludir esas preguntas que afectan al significado de sí mismo y de la realidad. No puede vivir siempre de forma banal. Cuando menos se lo espera surgen circunstancias que le obligan a plantearse: ¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Hacia dónde voy? ¿Por qué no consigo apartar de mí esta tristeza y esta sensación de vacío y de frustración que con tanta frecuencia me invaden? La crisis que estamos viviendo está desenmascarando muchos dramas interiores y está sacando a la luz las consecuencias trágicas de una cultura sin Dios.

Estamos ante una situación propicia para ayudar a los hombres a dirigir su mirada hacia Jesús, el Ungido de Dios que ha venido al mundo para «evangelizar a los pobres, proclamar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista, a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18).

El hombre no puede vivir sin Dios. Y, por eso, lo mismo que en los comienzos de la Iglesia, la Palabra de Dios sigue creciendo y difundiéndose. Lo estamos viendo en nuestra Diócesis. Seguimos creando parroquias porque el Pueblo de Dios nos lo pide y seguimos necesitando sacerdotes santos, que cuiden a este pueblo y salgan a buscar a las «ovejas perdidas» (Cf. Lc 15) porque «la mies es mucha y los obreros pocos» (Lc 10,2).

Nos podemos preguntar: ¿Cómo es posible que en un ambiente social que intenta, desde hace siglos, borrar a la Iglesia del mapa cultural, se siga manteniendo vivo el Evangelio, crezca la fe de los que siguen a Cristo y se acreciente cada vez más entre los hombres de la “postmodernidad” el deseo de Dios y el hambre de valores espirituales? Y, todo esto, a pesar del pecado y de las debilidades de los que formamos la Iglesia. ¿Cómo puede ser esto?

Podemos descubrir fácilmente algunos motivos. El primero es que la fuerza de la Palabra no depende, en primer lugar, de nuestra acción, de nuestros medios, de nuestro “hacer”, sino de Dios que esconde su poder bajo los signos de la debilidad, que se hace presente en la brisa ligera de la mañana (Cf. I Reg. 19,12), que se revela en el leño de la cruz. ¡Debemos creer siempre en el humilde poder de la Palabra de Dios y dejar que Dios actúe!



El segundo motivo es que la semilla de la Palabra de Dios, como narra la parábola evangélica del sembrador, cae también hoy en un terreno bueno que la acoge y produce fruto (Cf. Mt 13, 3-9). Nosotros, como nuevos evangelizadores, hemos de ser parte de este campo que permite al Evangelio crecer en abundancia y transformar la propia vida y la de los demás. En el mundo, aunque el mal hace más ruido, continúa existiendo en abundancia el terreno bueno.

El tercer motivo es que el anuncio del Evangelio ha llegado efectivamente a los confines del mundo. Incluso en medio de la indiferencia, incompreensión y persecución muchos continúan, aun hoy, con valentía abriendo el corazón y la mente para acoger la invitación de Cristo y convertirse en sus discípulos. No hacen ruido, pero son el grano de mostaza que se convierte en árbol, la levadura que fermenta la masa, el grano de trigo que se destruye para crear la espiga. Todo esto, por un lado, da consuelo y esperanza porque demuestra un incesante fermento misionero que anima a la Iglesia, y por el otro debe colmar a todos de un renovado sentido de responsabilidad con la Palabra de Dios y la difusión del Evangelio⁶.

Aunque es cierto que hoy, al menos en teoría, no están en discusión valores como la solidaridad, el compromiso por los demás, la responsabilidad por los pobres y los que sufren, sin embargo falta lo más importante. Falta el fundamento y la razón última que motive y dé sentido a estos valores. Falta la fuerza interior que sea capaz de animar a las personas y a los grupos sociales a las renunciaciones y sacrificios que la defensa de esos valores lleva consigo. El conocimiento y la voluntad no están en armonía. Porque cuando la voluntad está esclavizada por el puro interés egoísta, el entendimiento se oscurece. Y un entendimiento oscurecido y, por tanto, debilitado nunca es capaz de mover la voluntad.

¿Dónde está la luz que pueda iluminar nuestro conocimiento no sólo con ideas generales sino con compromisos concretos? ¿Dónde está la fuerza que eleve hacia lo alto nuestra voluntad? Estas son las preguntas a las que debe responder nuestra Misión. La verdadera crisis que está viviendo Europa, causa última de todas las demás crisis, es una crisis de fe. Si no encontramos una respuesta para ella, si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todos los demás intentos de renovación serán inútiles⁷.

⁶ Cf. BENEDICTO XVI. *Discurso a los nuevos evangelizadores*, 15 de Octubre de 2011.

⁷ Cf. BENEDICTO XVI. *Discurso a la Curia*, Diciembre de 2011.



Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y en el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, esa vida que no tiene fin.

Pero lo que más debe animarnos para la Misión, no es sólo la necesidad y la búsqueda de Dios que hay en el hombre sino, sobre todo, la certeza de que Dios también busca al hombre. En Jesucristo, Dios no sólo habla al hombre sino que lo busca. La Encarnación del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre. De esta búsqueda Jesús habla como del hallazgo de la oveja perdida (Cf. Lc 15,1-7). Es una búsqueda que nace de lo íntimo de Dios. Y, ¿por qué lo busca? Lo busca porque lo ama y sabe que alejándose de Dios el hombre se pierde.

El hombre de nuestros días, hijo de una cultura inmanentista, se ha alejado de Él, escondiéndose como Adán entre los árboles del paraíso terrestre (Cf. Gen 3,8-10). Satanás lo ha engañado persuadiéndole de ser él mismo Dios y de poder conocer como Dios, el bien y el mal, gobernando el mundo a su arbitrio sin tener que contar con la voluntad divina.

Buscando al hombre a través del Hijo, Dios quiere que alcance su verdadera dignidad. Dios quiere inducirlo a abandonar los caminos del mal. Y en esta búsqueda, Dios nos invita a participar. Eso es la Misión⁸.

3. Con qué actitudes hemos de vivir la Misión.

La Exhortación Apostólica de Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* hace una descripción muy certera de las actitudes del evangelizador, «actitudes interiores que deben animar a los obreros de la evangelización»:

*** Vivir siempre bajo el aliento del Espíritu.** Lo volvemos a repetir: no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu. «Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrán reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin Él. Sin Él la dialéctica más convincente es impotente frente

⁸ Cf. JUAN PABLO II. *Tertio millennio adveniente*, 8.

al espíritu de los hombres. Sin Él los esquemas elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistas de valor»⁹.

*** Ser testigos auténticos.** Nuestro mundo tiene sed de verdad y sed de autenticidad. «Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis lo que creéis? Hoy especialmente el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial para evangelizar. (...) El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, despego de sí mismo y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda»¹⁰.

*** Buscar de la unidad.** Tenemos que evangelizar la cultura de la violencia, de la muerte y de la confrontación siendo agentes de unidad y promotores de paz, reconciliación y vida. La unidad entre los discípulos de Jesús es una condición indispensable para la evangelización: «Que todos sea uno como tú Padre en Mí y Yo en Ti (...) para que el mundo crea que Tú me has enviado» (Jn 15,21).

En su testamento espiritual el Señor nos dice que la unidad entre sus seguidores no es solamente la prueba de que somos suyos, sino también la prueba de que Él es el enviado del Padre, es la prueba de credibilidad no sólo de los cristianos sino también del mismo Cristo. «Nosotros debemos ofrecer no la imagen de hombres divididos y separados por luchas internas que no sirven para nada, sino la de hombres adultos en la fe, capaces de encontrarse más allá de las tensiones reales gracias a la búsqueda común, sincera y desinteresada de la verdad»¹¹.

*** Estar al servicio de la verdad.** Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, es la Verdad. El Evangelio que nos ha sido confiado es la Palabra de la Verdad. «Una Verdad que nos hace libres y que es la única que procura la paz del corazón. Esto es lo que la gente va buscando cuando les anunciamos la Buena Nueva: van buscando la verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo»¹².

⁹ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n.15.

¹⁰ *Ibíd.*, n.76.

¹¹ *Ibíd.*, n.77.

¹² *Ibíd.*, n.78.



Nosotros no somos los dueños de la verdad. Somos servidores de la verdad, herederos de la verdad. Estamos al servicio de la verdad. Una verdad que nos ha sido entregada por la Iglesia. «El evangelizador será aquel que, aun a costa de sacrificios y renunciaciones, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. Ni vende, ni disimula la verdad por deseo de agradar a los hombres o de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar. No oscurece la verdad revelada por pereza de buscarla, por comodidad o por miedo. No deja de estudiarla. La sirve generosamente sin avasallarla»¹³.

***Actuar siempre por amor.** La obra de la evangelización supone en el evangelizador un amor fraternal siempre creciente hacia aquellos a los que evangeliza. Mirar el mundo como lo mira Dios, acercarnos a los hombres con el mismo respeto, amor y paciencia con que el mismo Dios se acerca.

San Pablo decía a los cristianos de Tesalónica: «Llevados de nuestro amor por vosotros queremos no sólo daros el Evangelio sino aun nuestras propias vidas: tan amados vinisteis a sernos» (1 Tes 2,6). Evangelizar es participar con Jesús en su misión salvadora, es hacer presente el amor de Jesús, es dedicarse sin reservas, y sin mirar atrás, al anuncio de Jesucristo. Y este dedicarse sin reservas supone necesariamente el fervor de la santidad.

***Con el fervor de los santos:** «Conservemos el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo como Juan Bautista, como Pedro o como Pablo, como los otros apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia, con un ímpetu interior que nada ni nadie sea capaz de extinguir. Sea esta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y, ojalá que el mundo actual que busca, a veces con angustia, a veces con esperanza, pueda así recibir la Buena Noticia, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino y de implantar la Iglesia en el mundo»¹⁴.

¹³ Ibíd., n. 78.

¹⁴ Ibíd., n. 80.



SEGUNDA PARTE CON LA ANTORCHA DE CRISTO EN LA MANO

I. PREPARACIÓN PARA LA MISIÓN

«Llamó a los que quiso (...) para que estuvieran con Él» (Mc 3, 13).

Después de tratarlo con Dios en la oración, meditarlo, reflexionarlo mucho y hablar con los principales órganos de gobierno y de consulta de la Diócesis, estoy convencido de que para que la Misión dé frutos abundantes es muy importante implicar y entusiasmar a la Iglesia entera: sacerdotes, seminaristas, religiosos, consagrados y laicos. Y no sólo de una manera personal sino también comunitaria, en cuanto pertenecientes a familias religiosas, portadoras de un carisma o, en cuanto miembros de movimientos, asociaciones de fieles o comunidades que viven su fe de forma asociada o sencillamente formando parte activa de una comunidad parroquial. Y, todo esto, dando un especial relieve al papel esencial e imprescindible de la familia cristiana, a la defensa y cuidado de la vida y al fomento de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Todos los discípulos del Señor, y todas las comunidades en las que estos discípulos viven su fe, han de participar en la Misión. La Iglesia entera es llamada a la Misión, bajo la guía, el aliento y el ejemplo de sus pastores.

La Misión tendrá tres años de preparación, pues no es una actividad más, y ha de ser conveniente pensada, cuidada, motivada y organizada. Los tres años que dedicaremos a la preparación para la Misión se orientan, por tanto, preferentemente a la Comunidad Diocesana. Estos años serán una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único salvador del mundo¹⁵. Una conversión que acreciente en nosotros el gozo de haber sido llamados por el Señor para «estar con Él» (cf. Mc 3,13).

Para ello es necesario que todos, con humildad, nos abramos a la luz del Espíritu Santo para que Él nos dé fortaleza en la **fe**, seguridad en la **esperanza** y constancia en el **amor**. Hemos de prepararnos con la oración, la vida

¹⁵ Cf. BENEDICTO XVI. *Porta fidei*, n. 4.

sacramental y la formación, para confirmar nuestra fe en el Dios revelado en Cristo, sostener la esperanza prolongada en la espera de la vida eterna y vivificar la caridad apostólica, comprometida activamente en el servicio de los hermanos.

El fruto de acoger a Cristo y de «estar con Él» (cf. Mc 3,13) es una vida que se despliega según las tres virtudes teologales. Se trata de prepararnos para la misión acercándonos al Señor con corazón sincero y llenos de fe, de mantenernos firmes con la esperanza que profesamos y de crecer en la atención constante para realizar, junto con los hermanos, la caridad y las buenas obras (Cf. Heb 10,22-24)¹⁶.

Así pues, dedicaremos un año a la fe (curso 2012–2013), otro año a la esperanza (curso 2013-2014) y otro año a la caridad (curso 2014-2015), para culminar en el curso 2015-2016 con la celebración de la Gran Misión, coincidiendo con el 25 aniversario de la creación de nuestra Diócesis.

La Virgen María será nuestra gran maestra e intercesora. María, dedicada constantemente a su divino Hijo, será para nosotros modelo de fe hecha vida. María que concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo, será contemplada por nosotros como la mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de la esperanza, que supo acoger como Abraham la voluntad de Dios «esperando contra toda esperanza» (Rom 4,18). María, hija predilecta del Padre, se presentará ante nuestra mirada como ejemplo perfecto de amor, tanto a Dios como al prójimo¹⁷.

Esta preparación se hará preferentemente en las parroquias, movimientos o asociaciones, colegios de inspiración cristiana, teniendo como documentos de referencia: el primer año, la Exhortación Apostólica *Porta fidei* y los documentos que con motivo del año de la fe nos vengan de la Santa Sede (en este año, probablemente, tendremos algunos actos comunes con las Diócesis hermanas de Madrid y Alcalá de Henares); el segundo año tendremos como documento base la encíclica *Spe salvi* y el tercer año la encíclica *Deus Caritas est*. Y durante los tres años tendremos como guía el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

¹⁶ Cf. BENEDICTO XVI. *Mensaje para la Cuaresma de 2012*.

¹⁷ Cf. JUAN PABLO II. *Tertio millenio adveniente*, nn. 40-54.



1. Año de la Fe. (Curso 2012-2013)

Comenzaremos nuestro camino hacia la Misión respondiendo con entusiasmo a la convocatoria del *Año de la Fe* que el Papa Benedicto XVI ha hecho a toda la Iglesia. Comenzará el 11 de Octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, el 24 de Noviembre de 2013. En la fecha del 11 octubre de 2012, se celebrarán también los veinte años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica.

Este año, como nos pide el Papa, debe introducir a toda la comunidad diocesana en un tiempo especial de reflexión y redescubrimiento de la fe para reanimarla, purificarla, confirmarla y confesarla. Tenemos que volver a descubrir, con alegría y admiración, como si fuera la primera vez, de una manera personal y en nuestras comunidades y grupos apostólicos, el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara nuestro encuentro personal con Jesucristo. La fe es, ante todo, adhesión a Cristo; una adhesión gozosa que cambia nuestra vida y nos mueve al testimonio y a la misión: “La urgencia de la actividad misionera, brota de la radical novedad de vida, traída por Jesucristo y vivida por sus discípulos”¹⁸. La fe verdadera siempre es una fe confesante. No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (Cf. Mt 5,13-16). Como la samaritana hemos de sentir de nuevo la necesidad de acercarnos al pozo para escuchar a Jesús que nos invita a creer en Él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (Cf. Jn 4,14). Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos de la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia, y del Pan de la Vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos (Cf. Jn 6,51). El Señor nos sigue diciendo con insistencia: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna» (Jn 6,27)¹⁹.

Para celebrar de manera digna y fecunda este Año, el Papa nos invita a intensificar la reflexión sobre la fe, a vivir con mayor profundidad y esplendor la celebración de la fe y a fortalecer el testimonio de la caridad.

¹⁸ JUAN PABLO II. *Redemptoris missio*, n. 7.

¹⁹ Cf. BENEDICTO XVI. *Porta fidei*, nn. 2-3.

Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe interiorizar constantemente y hacer suyo propio.

1.1. Intensificar la reflexión sobre la fe.

Durante este Año, hemos de prepararnos para la Misión dirigiéndonos, en primer lugar, a todos los creyentes en Cristo para ayudarles a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de cambio profundo como el que la humanidad está viviendo. Este Año debe suscitar en todos los creyentes la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza.

Siguiendo las orientaciones del Santo Padre, hemos de recorrer en este Año un camino que sea útil para comprender de manera más profunda no sólo los contenidos de la fe sino también el acto con el que decidimos entregarnos totalmente y con plena libertad al Señor.

Hemos de vivir, en nuestra vida espiritual, en nuestros comportamientos morales, en nuestra relación con la Iglesia y en nuestros compromisos apostólicos, la unidad profunda que existe entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. Nadie puede decir “yo creo a mi manera”. El que cree, o cree y confiesa la fe de la Iglesia o no cree. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar en esta realidad cuando escribe: «Con el corazón se cree y con los labios se profesa» (Cf. Rom 10,10)²⁰. Con estas palabras, el apóstol no sólo nos dice que el corazón, auténtico sagrario de la persona, ha de estar abierto a la gracia para mirar con profundidad y comprender que lo que se anuncia con los labios es la Palabra de Dios, sino también que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con Él. Y este “estar con el Señor” nos lleva a la responsabilidad de comprender las razones por las que se cree. Sobre esta responsabilidad hemos de insistir en este Año de la fe.

La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree y, por tanto, la exigencia de saber qué es lo

²⁰ Cf. BENEDICTO XVI. *Porta fidei*, n. 8.



que creemos y por qué lo creemos. El conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia y para dar público testimonio de ello.

El Papa nos invita, en este Año de la fe, a redescubrir y estudiar los contenidos de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. En él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe²¹.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* ha de ser en este año, y en toda la preparación de la Misión, un verdadero instrumento de apoyo, especialmente para sacerdotes, catequistas, educadores cristianos, padres de familia y, en general, para todos aquellos que, fieles al Señor, quieran profundizar en su fe y prepararse para ser auténticos misioneros de Cristo en el mundo.

Por otra parte, la fe en nuestros días está siendo sometida, más que en el pasado, a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que pretende reducir el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo a mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad.

Por eso, a lo largo de este año, el Papa también nos pide que hagamos un recorrido por la historia de nuestra fe. Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo «que inició y completa nuestra fe» (Heb 12,2): en Él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y del dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el Misterio de la Encarnación, en el misterio de un Dios, que se hace hombre y comparte nuestra debilidad para transformarla con la fuerza de su resurrección.

²¹ Cf. *Ibíd.*, n. 11.

En Jesucristo, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado, desde sus orígenes hasta nuestros días, la historia de la Iglesia. En este año hemos de recorrer, con una mirada llena de admiración y gratitud, esta admirable historia de fe.

Por la fe, **María** acogió la voz del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (Cf. Lc 1,38). Por la fe, los **Apóstoles** dejaron todo por seguir al Maestro (Cf. Mt 10,28). Por la fe, los **discípulos** formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (Cf. Hech 2,42-47). Por la fe, los **mártires** entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores. Por la fe, **hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo**, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar. Por la fe, **muchos cristianos han promovido acciones de justicia**, para hacer concreta la Palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación a los oprimidos y un año de gracia para todos (Cf. Lc 4,18-19). Por la fe, **hombres y mujeres de toda edad** cuyos nombres están inscritos en el Libro de la Vida (Cf. Apoc 7,9; 13,8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de carismas y ministerios que se les confiaba²².

1.2. Vivir con mayor profundidad y esplendor la celebración de la fe.

En este Año de la Fe hemos de esforzarnos por cumplir el ardiente deseo de la Iglesia, manifestado en el Concilio Vaticano II, de llevar a todos los fieles a la participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas, de forma que éstas sean la primera y más necesaria fuente en la que ellos puedan beber el espíritu verdaderamente cristiano²³. Vivir con mayor profundidad y esplendor la celebración de la fe, será la mejor preparación para la Misión.

Y para ello, siguiendo la doctrina del *Catecismo de la Iglesia Católica* (nn. 1136-1186), hemos de dar respuesta, en nuestras catequisis y planes de for-

²² Cf. BENEDICTO XVI. *Porta fidei*, n. 13.

²³ Cf. VATICANO II. SC, n. 14.

mación, a estas cuatro importantes cuestiones: quién celebra, cómo celebrar, cuándo celebrar, dónde celebrar.

1.2.1 Quién celebra.

La liturgia es acción del “Cristo total”: Cristo que es la Cabeza y la Iglesia que es su Cuerpo; y quienes celebran esta acción participan ya de la liturgia del Cielo, allí donde la celebración es enteramente Comunión y Fiesta (Cf. Apoc 4,2; 5,6; 22,1; 21,6). El Espíritu y la Iglesia nos hacen participar a cada cristiano, siempre que celebremos, en los sacramentos el Misterio de la Salvación en esta liturgia eterna.

Por tanto, es muy importante tener siempre en cuenta que cuando celebramos la fe es toda la Comunidad, el Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza, quien celebra. Las acciones litúrgicas no son acciones privadas sino celebraciones de la Iglesia, que es *sacramento de unidad*, esto es, pueblo santo, congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos. Así pues, estas acciones sagradas pertenecen a todo el Cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan, pero afectan a cada miembro de este Cuerpo de manera diferente, según la diversidad de órdenes y funciones²⁴.

De todo esto se deduce que «todos los miembros no tienen la misma función» (Rom 12,4). Algunos son llamados por Dios, en y por la Iglesia, a un servicio especial a la comunidad. Estos servidores son escogidos y consagrados por el Señor en el sacramento del Orden, por el cual el Espíritu Santo los hace aptos para actuar en representación de Cristo-Cabeza para el servicio de todos los miembros de la Iglesia²⁵. El ministro ordenado es como el “icono” de Cristo Sacerdote. Por ser en la Eucaristía donde se manifiesta plenamente la sacramentalidad de la Iglesia, es también en la presidencia de la Eucaristía donde el ministerio del obispo aparece en primer lugar y, en comunión con él, el de los presbíteros y los diáconos.

En orden a ejercer las funciones del sacerdocio común de los fieles existen también otros ministerios particulares, no consagrados por el sacramento del Orden. «Los acólitos, lectores, comentadores y los que pertenecen a la “schola

²⁴ Cf. Ibíd., n. 26.

²⁵ Cf. ibíd., PO, nn. 2 y 15

cantorum”, desempeñan un auténtico ministerio litúrgico»²⁶. Así, en la celebración de los sacramentos, participa toda la asamblea, cada cual según su función, pero en la unidad del Espíritu que actúa en todos²⁷.

1.2.2. Cómo celebrar.

La celebración litúrgica comprende signos y símbolos que se refieren a la creación (luz, agua, fuego), a la vida humana (lavar, ungir, partir el pan) y a la historia de la salvación (los ritos de la Pascua). Insertos en el mundo de la fe y asumidos por la fuerza del Espíritu, estos elementos cósmicos, estos ritos humanos, estos gestos que nos hacen recordar a Dios, se hacen portadores de la acción salvadora y santificadora de Cristo. Hemos de cuidar mucho estos signos, para que ellos mismos nos hablen de Dios y nos introduzcan en su misterio inefable.

Junto a los símbolos está la Palabra. La liturgia de la Palabra es parte esencial de la celebración. El sentido de la celebración es expresado por la Palabra de Dios, que es anunciada y por el compromiso de la fe, que responde a ella. Por ello, para nutrir la fe de los fieles, los signos de la Palabra de Dios deben ser puestos de relieve: el libro de la Palabra (leccionario o evangeliario), su veneración (procesión, incienso, luz), su lectura audible e inteligible, sin improvisar, hecha por lectores bien formados, la homilía del ministro bien preparada, que prolonga su proclamación, y las respuestas de la asamblea (aclamaciones, salmos responsoriales, letanías, confesiones de fe...), que nunca pueden ser sustituidos arbitrariamente por otras aclamaciones o cantos según nuestro gusto.

También el canto y la música están en estrecha conexión con la acción litúrgica. Serán criterios para un uso adecuado de ellos: la belleza expresiva de la oración, la participación unánime de la asamblea y el carácter sagrado de la celebración.

Igualmente, las imágenes sagradas, presentes en nuestras iglesias y en nuestras casas, están destinadas a despertar y alimentar nuestra fe en el Misterio de Cristo y en el amor y veneración a la Virgen María y a todos los santos.

²⁶ *Ibíd.*, SC, n. 29

²⁷ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. nn. 1136-1144.

Pongamos mucha atención, sentido religioso y buen gusto a la hora de elegir nuestras imágenes²⁸.

1.2.3. Cuándo celebrar.

El Domingo es el “día del Señor”, es el día principal de la celebración de la Eucaristía porque es el día de la Resurrección. Es el día de la asamblea litúrgica por excelencia, el día de la familia cristiana, el día del gozo y del descanso del trabajo. Él es fundamento y núcleo de todo el Año Litúrgico²⁹. Tenemos que seguir fomentando con insistencia, en nuestras catequesis y planes de formación, en la importancia de la Misa dominical, esencial para vivir nuestra fe, destacando especialmente la Misa en familia.

También hay que señalar la importancia del Año Litúrgico. La Iglesia a lo largo del año desarrolla todo el Misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor³⁰. Y, haciendo memoria de los santos, en primer lugar de la Santa Madre de Dios, seguida de los apóstoles, los mártires y los otros santos, en días fijos del Año Litúrgico, la Iglesia de la tierra manifiesta que está unida a la liturgia del cielo, alaba a Cristo por haber realizado su salvación en sus miembros glorificados y nos estimula con su ejemplo en el camino hacia el Padre.

Finalmente, tenemos que dar gracias a Dios por el número, cada vez mayor de fieles, especialmente jóvenes, que se unen a la oración de la Iglesia en la Liturgia de las Horas. De esta manera se unen a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, por la oración de los salmos, de los cánticos y de las bendiciones y por la meditación de la Palabra de Dios, para asociarse a su oración incesante y universal que da gloria al Padre e implora el don del Espíritu sobre el mundo entero³¹.

Y también hemos de resaltar la importancia del Santo Rosario que, gracias a Dios, sigue siendo práctica habitual en muchas familias.

²⁸ Cf. *ibíd.* nn, 1189-1192.

²⁹ Cf. VATICANO II. SC, 102.

³⁰ Cf. *ibíd.* SC, 106.

³¹ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 1192-1196



1.2.4 Dónde celebrar.

Cristo es el verdadero Templo de Dios, el “lugar donde reside su Gloria”. Y, por la gracia de Dios, los cristianos son también templos del Espíritu Santo, piedras vivas con las que se construye la Iglesia.

Sin embargo, la Iglesia, en su condición terrena, tiene necesidad de lugares donde la comunidad pueda reunirse: nuestros templos visibles, lugares santos, imágenes de la Ciudad Santa, la Jerusalén celestial hacia la cual caminamos como peregrinos.

Nuestra Diócesis está haciendo un extraordinario esfuerzo para que todos los nuevos barrios y urbanizaciones tengan su parroquia y que todas las parroquias tengan su templo. Cuidemos nuestros templos y sigamos ayudándonos unos a otros en la construcción de los nuevos, para que en ellos la Iglesia pueda celebrar el culto público para gloria de la Santísima Trinidad, pueda escuchar la Palabra de Dios y cantar sus alabanzas, pueda elevar su oración y ofrecer el Sacrificio de Cristo, sacramentalmente presente en medio de la asamblea³².

1.3. Fortalecer el testimonio de la caridad.

San Pablo nos recuerda: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Cor 13,13). Con palabras más fuertes, que afectan también a los cristianos, el apóstol Santiago dice: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros le dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras está muerta por dentro» (St 2,14-18).

Aunque dedicaremos el tercer año de la preparación para la Misión a la virtud teologal de la caridad, ya en este año de la fe, como nos lo recuerda el Papa³³, hemos de tener muy claro que la fe sin caridad no da fruto y la caridad sin fe puede convertirse en un mero sentimiento a merced de la duda. La fe y el amor se

³² Cf. *ibíd.*, nn. 1197-1199.

³³ Cf. BENEDICTO XVI. *Porta fidei*. 14-15.



necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. Nuestro servicio a los pobres ha de brotar siempre de nuestro encuentro con Cristo. Él es el que nos abre los ojos y nos empuja hacia los pobres. Es admirable ver en nuestras comunidades cómo muchos cristianos dedican su vida con amor al que está solo, marginado o excluido, considerándolo como al primero que hay que atender porque, precisamente por su fe, son capaces de ver reflejado en su rostro sufriente, el mismo rostro de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer, en quienes piden nuestro amor, el rostro del Señor que nos dice: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). Estas palabras tuyas son una advertencia que nunca hemos de olvidar y una invitación perenne a devolver al Señor ese amor con que Él cuida de nosotros. Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo y es su mismo amor el que nos impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida.

2. Año de la Esperanza.

(Curso 2013-2014)

En este segundo año hemos de afianzar en nosotros la virtud teologal de la esperanza. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice que la virtud de la esperanza se corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre, asume las pequeñas esperanzas que inspiran las actividades de los hombres, las purifica ordenándolas al Reino de los cielos, protege del desaliento, sostiene en todo desfallecimiento, dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad³⁴. Nuestro mundo está muy necesitado de esperanza. Faltan razones para la esperanza y, por ello, a muchos la vida les resulta insoportable y la convivencia muy difícil. Uno de los objetivos de la Misión es recordar a los hombres la esperanza que no defrauda.

A lo largo de este curso podemos plantearnos dos cuestiones importantes: primero, ¿qué nos da la virtud de la esperanza?; y segundo, ¿por qué caminos podemos hacer más fuerte nuestra esperanza?

2.1. Qué nos da la virtud de la esperanza.

La actitud fundamental de la esperanza, de una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a la existencia entera y, de

³⁴ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. n. 1918.

otra, ofrece motivaciones sólidas y profundas que ayudan al esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios³⁵. Vamos a fijarnos en estos aspectos de la esperanza.

2.1.1. Nos ayuda a no perder de vista la meta final.

En su Carta Encíclica sobre la esperanza, el Papa nos invita a reflexionar sobre el diálogo con el cual el rito del Bautismo expresa la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo³⁶. El sacerdote pregunta, ante todo a los padres, qué nombre han elegido para el niño y continúa después preguntando: ¿Qué pedís a la Iglesia? Se responde, la fe. Y, ¿qué da la fe? La vida eterna.

Según este diálogo, los padres buscan para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque ven en la fe la llave para la “vida eterna”. Pero entonces, surge la cuestión: ¿Qué es la vida eterna?. Y nos podemos preguntar: ¿De verdad queremos vivir eternamente? ¿Queremos que esta vida que llevamos ahora no termine nunca? Por un lado, es verdad, no queremos morir y los que nos aman no quieren que muramos. Pero, por otro lado, tampoco deseamos seguir existiendo ilimitadamente. ¿Qué ocurriría en el mundo si nadie muriera? Entonces, ¿qué es lo que realmente queremos?

Esta paradoja de nuestra propia actitud suscita una pregunta más profunda: ¿Qué es realmente la vida? Y, ¿qué significa verdaderamente “eternidad”? En el fondo, queremos sólo una cosa, “la vida bienaventurada”, la vida que simplemente es “vida”, la vida que es “felicidad”. Pensándolo bien no sabemos lo que deseamos, no sabemos lo que concretamente buscamos, no somos capaces de definirlo. Desconocemos del todo esa realidad, incluso en aquellos momentos en que nos parece tocar la “felicidad” con la mano, no la alcanzamos realmente. No sabemos lo que queremos realmente, no conocemos esa “vida verdadera”. Y, sin embargo, lo deseamos ardientemente. Y es lo que los padres piden a la Iglesia en el bautismo para sus hijos.

Pues bien, esa realidad desconocida, que anhelamos pero que aún no conocemos, es la verdadera esperanza que da sentido y valor a la existencia entera.

³⁵ Cf. JUAN PABLO II. *Tertio millennio adveniente*, nn. 44-48.

³⁶ Cf. BENEDICTO XVI. *Spe salvi*, nn. 10-12.



Esa realidad es la auténtica esperanza que no sólo nos empuja sino que, al mismo tiempo, su desconocimiento es causa de todas las desesperanzas. La expresión “vida eterna” trata de dar nombre a esta “desconocida realidad conocida”.

Nuestra fe nos dice que esa realidad que llamamos “vida eterna” no es un continuo sucederse de días en el calendario, sino ese momento pleno de satisfacción en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Es el momento de sumergirse en el océano del Amor infinito de Dios, en el cual el tiempo, el antes y el después, ya no existe. Podemos pensar que este momento es la vida en sentido pleno, es sumergirse en la inmensidad del ser, es sentirse desbordados por una alegría infinita. En el Evangelio de San Juan, Jesús lo explica así: «Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría» (Jn 16,22). Esta esperanza sólo nos puede venir de Cristo, que venció la muerte y nos abrió las puertas de la Vida. Sólo en Él descansará nuestro corazón. Sólo Él dará sentido y valor a toda nuestra existencia.

2.1.2. Nos da motivaciones para transformar la realidad.



A propósito de los avances de la humanidad nos dice Benedicto XVI: «En el conocimiento progresivo de las estructuras de la materia y en relación con los inventos, cada día más avanzados, hay claramente una continuidad del progreso hacia un dominio cada vez mayor de la naturaleza. En cambio en el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral no existe esa posibilidad similar de incremento por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y tiene que tomar, de nuevo, sus decisiones. (...) Esto significa que el recto estado de las cosas humanas, el bienestar moral del mundo, nunca pueden garantizarse solamente a través de las estructuras por muy válidas que estas sean»³⁷.

Las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan. El hombre nunca puede ser redimido sólo desde el exterior. No es la ciencia la que redime al hombre. Lo que redime al hombre es el amor. Y lo que da motivaciones al hombre para transformar la realidad es el amor. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, está viviendo un momento de “redención” que le da motivaciones en su relación con los demás y en su trabajo dando, en cierto modo, un sentido nuevo a su existencia.

³⁷ BENEDICTO XVI. *Spe salvi*, n. 25.



Pero, en seguida, uno se da cuenta también de que el amor que ha encontrado no puede, por sí solo, solucionar el problema de su vida. Se da cuenta de lo frágil que es todo amor humano. Es un amor que puede ser destruido por la muerte. El ser humano necesita un amor incondicional. Necesita esa certeza por la que pueda decir: «Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8,38-39).

Sólo si existe la certeza absoluta de ese amor absoluto el hombre, suceda lo que suceda, es redimido. Sólo con esa certeza el hombre es capaz de afrontar las transformaciones que la sociedad necesita, asumiendo riesgos y desprendiéndose de esas pequeñas “seguridades” y “comodidades” que le impiden ser libre.

Esto es lo que se ha de entender cuando decimos que Jesucristo nos ha redimido. Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no es una lejana “causa primera” del mundo, sino el Hijo Unigénito del Padre que se ha hecho hombre y del cual, cada uno, como el apóstol San Pablo puede decir: «Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (Ga 2,20).

En este sentido podemos decir que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12). La verdadera esperanza, la gran esperanza del hombre que resiste a todas las desilusiones y que le da fuerza para afrontar todas las tareas, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y nos sigue amando «*hasta el extremo*», «**hasta el total cumplimiento**» (Cf. Jn 13, 1; 19,30).

Quien ha sido tocado por el amor de Jesucristo empieza a intuir lo que es la “vida”. Empieza a intuir qué quiere decir la palabra “esperanza” que hemos encontrado en el rito del Bautismo. Empieza a entender que de la fe en el amor de Cristo se espera la “vida eterna”, la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas es, sencillamente, vida en toda su plenitud.

Jesús, que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos Vida y la tengamos en abundancia (Cf. Jn 10,10), nos explicó también qué significa “vida”. «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo» (Jn 17,3). La vida sólo es vida en plenitud si se vive en Cristo. La vida verdadera consiste en vivir con Cristo, conocer a Cristo, amar a Cristo, estar con Cristo. La vida eterna es relación con el que es la fuente de la vida. Si

estamos en relación con Aquél que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces “vivimos” y somos capaces de transformar la realidad llenándola de vida, dándole vida, orientándola hacia la plenitud del amor³⁸.

2.2. Caminos para hacer más fuerte la esperanza.

El Papa Benedicto XVI nos indica en su Carta Encíclica *Spe salvi* tres caminos para crecer en la virtud teologal de la esperanza: la oración, el actuar y el sufrir y el juicio de Dios. Son tres líneas de reflexión y de aprendizaje que hemos de desarrollar ampliamente en este “Año de la Esperanza”.

2.2.1. La oración como escuela de esperanza.

Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si no hay nadie que pueda ayudarme, en necesidades y expectativas que superan la capacidad humana de esperar, Él puede ayudarme. Si me veo en la más absoluta soledad, Dios siempre me acompaña. El que reza nunca está totalmente solo. La escucha de Dios, el poder hablarle, es una fuerza de creciente esperanza³⁹.

Pero hay que entender bien lo que es la oración. San Agustín define la oración como un ejercicio del deseo. El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero su corazón es demasiado pequeño para la gran realidad que se le entrega. Tiene que ser ensanchado. Dios retardando su don ensancha el deseo, con el deseo ensancha el alma y ensanchándola la hace capaz del don⁴⁰.

Rezar no significa salirse de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para el encuentro con Dios y, precisamente por eso, capaces para el encuentro con los demás.

³⁸ Cf. BENEDICTO XVI. *Spe salvi*, nn. 25-28.

³⁹ Cf. BENEDICTO XVI. *Spe salvi*, n.32.

⁴⁰ Cf. SAN AGUSTÍN. *In Joannis* 4, 6: PL.35, 2008 ss.

En la oración el hombre ha de aprender lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales. Ha de purificar sus deseos y sus esperanzas. Debe liberarse de las mentiras ocultas con las que se engaña a sí mismo. Ha de abrirse a la absoluta Verdad, a la Belleza infinita, al supremo Amor.

El encuentro con Dios despierta la conciencia del hombre para que ésta no busque autojustificaciones, ni sea un simple reflejo de sí mismo y de las personas que le rodean sino que se transforme en capacidad para escuchar al Bien mismo.

Con la oración nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en misioneros de la esperanza. La esperanza cristiana siempre es esperanza activa, que nos hace luchar contra el mal y nos da fuerza para mantener al mundo abierto a Dios. Porque sólo en un mundo abierto a Dios pueden permanecer las esperanzas verdaderamente humanas⁴¹.

2.2.2. El actuar y el sufrir: lugares de aprendizaje de la esperanza.

El trabajo y el esfuerzo humano pueden llegar a hacerse insoportables si no están iluminados por la luz de aquella esperanza más grande, que no puede ser destruida ni por las pequeñas frustraciones de cada día ni por los grandes fracasos de importancia histórica. Sólo la gran esperanza, la gran certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias a él, todo adquiere sentido e importancia, sólo así puedo encontrar ánimo para actuar y continuar, incluso en las circunstancias más adversas.

Nos llena de esperanza la certeza de que nuestro obrar y el desarrollo de la historia no son indiferentes ante Dios. Nos llena de fortaleza la seguridad de que podemos abrirnos nosotros mismos y podemos abrir el mundo para que entre Dios y, con Él, la verdad, el amor y el bien. Esto es lo que han hecho los santos. Fijémonos en ellos. Que en este “Año de la esperanza” ellos sean nuestros grandes maestros⁴².

⁴¹ Cf. BENEDICTO XVI. *Spe salvi*, n. 34.

⁴² Cf. *Ibid.* 35.

Invito a las Sociedades de Vida Apostólica y a los Institutos de Vida Consagrada de la Diócesis, cuyos fundadores han sido canonizados, a que divulguen el testimonio de vida y las enseñanzas de estos grandes testigos de esperanza para que toda la Comunidad diocesana, empezando por ellos mismos, siguiendo su ejemplo se abra al Amor divino y crezca en esperanza. En la Misión ejercerán un papel fundamental los trece monasterios de vida contemplativa. No podemos olvidar que, precisamente, una religiosa de clausura, Santa Teresa del Niño Jesús, es Patrona Universal de las Misiones.

Al igual que el obrar, también el sufrimiento forma parte de la existencia humana. Este sufrimiento nos viene, por una parte, de nuestras mismas limitaciones y debilidades y, por otra, del mal que existe en el mundo. Tenemos que hacer todo lo posible por disminuir el sufrimiento, impedir hasta donde sea posible el sufrimiento de los inocentes, luchar contra el mal y aliviar, hasta donde la ciencia llegue, los dolores físicos y psíquicos.

Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos. Simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal y de la culpa, que es, como diariamente vemos, una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sabemos que ese Dios existe y que, por tanto, este poder que «quita el pecado del mundo» (Jn 1,29) está presente en el mundo. La fe en este Dios es nuestra mayor fuente de esperanza. Una esperanza que, en los momentos de mayor sufrimiento, nos hace comprender que lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito⁴³.

San Bernardo de Claraval decía que Dios no puede padecer, pero puede compadecer⁴⁴. El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre, Él mismo, para “com-padecer” con el hombre de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer. Y así, todo sufrimiento se ilumina

⁴³ Cf. Ibid. 36.

⁴⁴ “*Impasibilis est Deus, sed non incompasibilis*” Sermones in Cant. Serm. 26.

y adquiere sentido con el consuelo del amor participado de Dios y de este modo, en todo sufrimiento, vivido con fe, aparece la estrella de la esperanza⁴⁵.

La Misión hemos de prepararla en la escuela de los santos, por lo que he decidido nombrar Patronos de la Gran Misión a nuestros intercesores de nuestro Calendario Litúrgico Diocesano: Santa Maravillas de Jesús, San Isidro Labrador, Santa María de la Cabeza, San Simón de Rojas, San Benito Menni, San Alonso Orozco, San Josemaría Escrivá, San Diego de Alcalá, Santos Justo y Pastor, San Faustino Míguez, San José María Rubio, Beata María de los Ángeles, San Braulio María Corres, San Pedro Poveda y San Jacinto Hoyuelos.

2.2.3. El juicio como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza.

Decimos en el Credo, refiriéndonos a Cristo Resucitado: «De nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos». Ya, desde los primeros tiempos, la perspectiva del juicio ha influido en los cristianos, también en su vida diaria, como criterio para ordenar la vida presente, como llamada a la conciencia y, al mismo tiempo, como esperanza en la justicia de Dios. La fe en Jesucristo nunca ha mirado sólo hacia atrás, ni sólo hacia arriba, sino siempre adelante hacia la hora de la justicia que el Señor había anunciado repetidamente.

El ateísmo de los siglos XIX y XX, por sus raíces y su finalidad, pretende ser como una nueva moral, una protesta contra las injusticias del mundo y de la historia universal. Un mundo en el que hay tanta injusticia –pensaban– tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder no puede ser obra de un Dios bueno. Hay que negar este Dios. Y hay que negarlo, precisamente en nombre de la moral. Y, puesto que no hay un Dios que crea justicia, parece que ahora es el hombre mismo quien está llamado a establecer la justicia. Sin embargo, esta pretensión de que la humanidad pueda y debe hacer lo que ningún Dios hace ni es capaz de hacer, además de ser presuntuosa es intrínsecamente falsa. Y de ella se han derivado, como la historia lo ha confirmado, las más grandes crueldades y violaciones de la justicia.

Un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza. Nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos. Nadie ni nada

⁴⁵ BENEDICTO XVI. Spe Salvi, n. 39.

garantiza que el cinismo del poder, bajo cualquier seductor revestimiento ideológico que se presente, no siga mangoneando el mundo.

La protesta contra Dios, en nombre de la justicia, no vale. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (Cf. Ef 2,12). Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza.

La imagen del juicio final no tenemos que verla como una imagen terrorífica sino más bien como una imagen de esperanza. Quizás la imagen más decisiva de la esperanza. Dios es justicia y crea justicia. Este es nuestro consuelo y nuestra esperanza.

Ciertamente la imagen del juicio final supone afrontar la vida con responsabilidad. Pero nunca con miedo, porque en la justicia de Dios está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada a Cristo crucificado y resucitado. Pero ambas, justicia y gracia, han de ser vistas en su justa relación interior. La gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en un derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por tener siempre el mismo valor. No es un “todo vale”.

La opción que cada uno ha ido fraguando en el transcurso de toda la vida puede tener distintas formas. Pensemos en las distintas opciones que pueden darse.

Puede haber personas que han destruido en sí mismas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor. Personas en las que todo se ha convertido en mentira, personas que han vivido para el odio y que han pisoteado en ellas el mismo amor. Es esta una perspectiva terrible, pero en algunos casos de nuestra propia historia podemos distinguir con horror figuras de este tipo. En semejantes individuos no habría ya nada remediable y la destrucción del bien sería irrevocable, esto es lo que se indica con la palabra **infierno**⁴⁶.

Por otro lado puede haber personas purísimas que se han dejado impregnar completamente de Dios y, por consiguiente, están totalmente abiertas al prójimo. Personas cuya comunión con Dios orienta ya desde ahora todo su ser y cuyo caminar

⁴⁶ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 1033-1037.

hacia Dios les lleva sólo a culminar lo que ya son. A esta culminación la llamamos **cielo**⁴⁷.

No obstante, según nuestra experiencia, ni lo uno ni lo otro son el caso frecuente de la existencia humana. Podemos suponer que, en la mayor parte de los hombres queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios. Pero en las opciones concretas de la vida, esta apertura se ha empañado con nuevos compromisos con el mal y hay mucha suciedad que recubre la pureza, de la que, sin embargo, queda la sed y que, a pesar de todo, rebrota una y otra vez desde el fondo de la inmundicia y está presente en el alma. ¿Qué sucede con estas personas cuando comparecen ante el Juez?

En el encuentro con Jesucristo toda falsedad desaparece. Pero Jesucristo a la vez que es Juez, también es Salvador. Su mirada, el toque de su corazón, nos cura. Y esa curación llega a través de una transformación ciertamente dolorosa. Pero es un dolor bienaventurado, en el cual, el poder santo del amor divino nos penetra como una llama permitiéndonos ser nosotros mismos y, con ello, totalmente de Dios. Es lo que conocemos con la palabra **purgatorio**.

Así se entiende con toda claridad la compenetración entre justicia y gracia: nuestro modo de vivir no es irrelevante. Pensar que “todo vale” sería descorazonador. Pero nuestra inmundicia no nos ensucia eternamente, al menos si permanecemos orientados hacia Cristo, hacia la verdad y el amor.

El juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera solamente justicia, podría ser al final puro temor para todos nosotros.

La encarnación de Dios en Cristo ha unido lo uno y lo otro -el juicio y la gracia- de tal modo que aunque la justicia se establece con firmeza, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro Abogado y Paráclito. (Cf. 1 Jn. 2,1)⁴⁸.

⁴⁷ Cf. *Ibíd.*, nn. 1023-1029.

Cf. *ibíd.*, nn. 1030-1032.

⁴⁸ Cf. BENEDICTO XVI. *Spe salvi*, nn. 41-48.

3. Año de la Caridad

(Curso 2014-2015)

3.1. La Caridad brota de nuestra unión con Cristo.

La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas, por Él mismo, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, por amor a Dios. Jesús hace de la caridad el *mandamiento nuevo* (Cf. Jn 13,34). Amando a los suyos «hasta el fin» (Cf. Jn. 13,1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también ellos. Por eso Jesús dice: «Como el Padre me amó yo os he amado a vosotros; permaneced en mi amor» (Jn. 15,9). Y también: «Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12)⁴⁹.

En este tercer año de preparación para la Misión hemos de resaltar especialmente la virtud teologal de la caridad, recordando la sintética y plena afirmación de la primera carta de San Juan: *Dios es amor (4, 8)*. La caridad, en su doble faceta de amor a Dios y amor a los hermanos, es la síntesis de la vida moral del creyente.

Hemos de crecer en este año en nuestra adhesión a Jesucristo contemplando cómo en Él, el propio Dios va tras la «oveja perdida», la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca la dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza (Cf. Lc. 15), no se trata sólo de meras palabras sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz, entregándose para dar nueva vida al hombre y salvarlo, nos revela hasta dónde llega su amor. Hemos de poner siempre la mirada en el costado traspasado de Cristo (Cf. Jn 19,37) para llenarnos de su amor y saber cómo hemos de orientar nuestro vivir y nuestro amar.

3.2. Eucaristía y Caridad.

Jesús ha querido perpetuar este acto suyo de entrega a los hombres mediante la institución de la Eucaristía, durante la Última Cena. En ella anticipa su muerte y

⁴⁹ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 1822-1823.

resurrección, dándonos, en el pan y en el vino, su Cuerpo y su Sangre e implicándonos así en el dinamismo de su entrega⁵⁰. Es fundamental que durante este año profundicemos en el significado y la importancia de la Eucaristía. Sin Eucaristía no hay vida cristiana, no hay Iglesia. Sin Eucaristía es imposible vivir la caridad. La Eucaristía es la fuente del amor.

Es muy importante que entendamos no sólo el carácter personal de la Eucaristía, en cuanto unión de cada uno con Jesucristo, sino también su carácter social. La unión con Cristo en la Eucaristía es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí, únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él y, por tanto, hacia todos aquellos por los que Él dio su Sangre, es decir, hacia todos los hombres.

Ahora bien, no hemos de caer en una concepción genérica del amor. El amor ha de hacerse concreto. La parábola del buen Samaritano (Cf. Lc 10, 25-37) nos lleva sobre todo a dos aclaraciones importantes. Mientras el concepto de “prójimo” hasta entonces se refería esencialmente a los conciudadanos y a los extranjeros que se establecían en la tierra de Israel y, por tanto, a la comunidad compacta de un país o de un pueblo, ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere un compromiso práctico aquí y ahora.

En este sentido, hemos de recordar la parábola del Juicio Final (Cf. Mt 25, 31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios. El amor al prójimo es un camino para encontrar a Dios, y cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte en ciegos ante Dios⁵¹.

⁵⁰ Cf. BENEDICTO XVI. *Deus caritas est*, n. 13.

⁵¹ *Ibíd.*, nn. 14-15.

3.3. La caridad, tarea de la Iglesia

El amor al prójimo, enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde las parroquias y movimientos hasta la Diócesis, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia, en cuanto comunidad, ha de poner en práctica el amor. En consecuencia el amor necesita una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado⁵².

Si bien la expresión de la caridad va más allá de las instituciones que la fomentan, en este año nos tenemos que plantear un reforzamiento de la organización de la caridad en nuestra Diócesis. Para ello hemos de tener en cuenta dos datos esenciales:

a) La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios, celebración de los Sacramentos y servicio de la caridad. Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia.

b) La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero la caridad supera los confines de la Iglesia. El amor ha de ser universal y debe llegar todos los que tengan cualquier tipo de necesidad. Pero, quedando clara esta universalidad, hay una exigencia eclesial que hemos de tener en cuenta siguiendo las palabras de Pablo a los Gálatas: «Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe» (Gal 6,10)⁵³. Hemos de empezar viviendo en el seno mismo de la Iglesia, en el seno de nuestra Diócesis, la comunicación cristiana de bienes, tanto espirituales como materiales.

3.4. Justicia y Caridad.

Para definir con precisión la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad hay que tener en cuenta dos situaciones de hecho:

⁵² Cf. Ibíd., n. 20.

⁵³ Cf. Ibíd., n. 25.

a) El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea fundamental de la política. La justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política. El Estado se tiene que estar plateando constantemente la cuestión de cómo realizar la justicia aquí y ahora. Pero esta cuestión presupone una pregunta más radical: ¿Qué es la justicia? Este es un problema que concierne a la razón práctica, pero para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente porque, como diariamente estamos viendo, su ceguera ética, que deriva del ansia de poder y de la seducción del dinero, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente.

Pues bien, en este punto, política y fe se encuentran. En este punto se sitúa la Doctrina Social de la Iglesia que, en modo alguno, pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado, sino que desea sencillamente servir a la Sociedad contribuyendo a la purificación de la razón y aportando su propia ayuda para que lo que es justo aquí y ahora pueda ser reconocido y después puesto en práctica.

La Doctrina Social de la Iglesia es un elemento esencial de la evangelización. Por eso en este año hemos de dar un gran empuje a la formación de los fieles en las cuestiones básicas de la Doctrina Social.

b) La Caridad siempre será necesaria, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo⁵⁴.

3.5. Papel específico de la actividad caritativa de la Iglesia.

Es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose en una ONG más. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?

⁵⁴ Cf. Ibíd., n. 28.



1.- Siguiendo el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano la caridad cristiana es, ante todo y simplemente, la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos, los prisioneros visitados, etc.

Hemos de cuidar, en este año, no sólo en los voluntarios de Cáritas, sino en toda la Comunidad diocesana, la “formación del corazón”. Se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo no sea un mandamiento, por así decir, impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (Cf. Gal 5,6).

2.- La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias humanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita. El programa del cristiano -el programa del buen samaritano, el programa de Jesús- es un “corazón que ve”. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares.

3.- La caridad nunca ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito, no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios.

Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuando es tiempo de hablar de Dios y cuando es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. La mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor⁵⁵.

⁵⁵ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 31.

II. DESARROLLO DE LA MISIÓN

(Curso 2015-2016)

Dividiremos la Misión en dos periodos o etapas: periodo de formación espiritual y misionera (primer trimestre), periodo de realización intensiva (segundo y tercer trimestre). Una vez concluida y clausurada la Misión trabajaremos, con la ayuda del Señor, para que los frutos de la Misión se consoliden y permanezcan. Y, si se ve conveniente, lo concretemos en un Plan Pastoral.

Usaremos en el desarrollo de estas etapas los criterios de *flexibilidad* (teniendo en cuenta las circunstancias de cada lugar o grupo), *irradiación* (las etapas y los equipos se sustentan entre sí), *sencillez* (procuraremos aprovechar las estructuras pastorales que ya tenemos) y *austeridad* (evitaremos gastos innecesarios).

La coordinación general de la Misión la llevará a cabo una comisión nombrada por el Obispo a propuesta del Consejo Diocesano de Pastoral.

1. Periodo de Formación espiritual y misionera. (Primer Trimestre)

Es el momento de constituir los equipos, de preparar los proyectos, de formar espiritualmente a los misioneros y de anunciar públicamente el comienzo de la Misión.

1.1. Constitución de los equipos:

Se constituirán tres tipos de equipos:

a) Equipos misioneros de **zonas territoriales** (parroquias y arciprestazgos), coordinados por las personas que las propias parroquias o arciprestazgos designen.

b) Equipos misioneros de **sectores pastorales**. Proponemos, de momento, once sectores: niños, jóvenes, familias, colegios, universidad y cultura, hospitales, cárceles, profesionales de la salud, mundo de la política y la vida pública; eco-

nomía y mundo del trabajo; y el campo de los medios de comunicación. Serán designados por las delegaciones episcopales competentes.

c) Equipos misioneros de **instituciones eclesiales**. Aunque todas las instituciones eclesiales estarán implicadas en la Misión de formas muy diversas e incluso muy intensas, vemos conveniente que se formen algunos equipos misioneros para cuidar estas instituciones de forma especial, teniendo algunos momentos dedicados directamente a ellas: seminario, presbiterio diocesano, comunidades de vida consagrada, asociaciones de fieles, movimientos apostólicos. Serán designados por las propias instituciones.

1.2. Preparación de los proyectos misioneros.

Todos los equipos deberán hacer un proyecto misionero⁵⁶. A lo largo de los tres años de preparación para la Misión se podrán ir perfilando estos proyectos, o incluso anticiparlos, con la ayuda de algunas comisiones de trabajo que constituiremos para este fin: litúrgica, catequética, medios de comunicación, diálogo razón y fe, doctrina social y vida pública. Estas comisiones de trabajo empezarán a funcionar desde el primer año de preparación para la Misión (año de la fe) y nos ofrecerán materiales de apoyo para el trabajo pastoral de estos años.

En estos proyectos hay que saber combinar: la proclamación de la fe, el testimonio y el diálogo personal. Puede haber encuentros festivos, encuentros litúrgicos y encuentros formativos. Puede haber exposiciones de arte, conciertos, obras teatrales o manifestaciones artísticas, deportivas o culturales de cualquier tipo. Todo puede ayudar para expresar la fe y para manifestar la cultura que genera la fe.

En la medida de lo posible hay que pedir la colaboración de los ayuntamientos, de los colegios y de los centros universitarios, para manifestar en foros públicos (parques, centros culturales, polideportivos, aulas universitarias, etc.) nuestra visión del hombre, de la libertad, de la familia, de la enseñanza, del trabajo, de la

⁵⁶ Para profundizar en la creatividad de la misión puede consultarse el libro-guía de la Misión Joven de nuestra Diócesis “Nuestros Proyectos de Misión 2006 – 2008”. En su momento editaremos un anexo para ayudar a los equipos misioneros de esta Gran Misión.

economía... y dar testimonio de nuestra fe. Tenemos que entrar en “el atrio de los gentiles”.

1.3. Formación espiritual de los misioneros.

A lo largo de este primer Trimestre organizaremos Retiros, Ejercicios Espirituales y Convivencias para que la Misión esté fundamentada en la oración y en el encuentro personal de cada misionero con Jesucristo. Él es quien nos envía y será el Espíritu Santo quien nos guíe, nos fortalezca, nos llene de su luz y nos consuele en la Misión. Hemos de poner los medios necesarios para que todos los que sean enviados a la Misión vivan estos momentos intensos de intimidad con el Señor.

Será también conveniente que los equipos misioneros puedan tener algún encuentro por zonas territoriales, o áreas pastorales, para recibir algunas orientaciones pedagógicas, cambiar impresiones y compartir sus respectivos proyectos misioneros.

1.4. Anuncio público de la Misión.

Durante este periodo habrá que ir anunciando, con todos los medios que tengamos a nuestro alcance, que la Misión está en marcha e iremos indicando las diversas convocatorias y los diferentes puntos de encuentro tanto a nivel territorial como sectorial, que a partir de los diversos proyectos misioneros se vayan programando.

Será también oportuno en este periodo ofrecer y difundir testimonios de santos misioneros. En esta tarea pueden ayudar mucho la diversas Congregaciones religiosas de la Diócesis.

Tendremos en este periodo, como es lógico, la inauguración de la Misión y el envío de los misioneros. Será una solemne Eucaristía en la Catedral. Propongo el día de la Inmaculada Concepción, de forma que tengamos tiempo suficiente para que los equipos misioneros estén todos constituidos y suficientemente preparados y motivados. En esta celebración pondremos en manos de la Virgen María los frutos de la Misión, nos consagraremos a ella y la proclamaremos Patrona, Maestra y



Guía de la Misión. Si es posible traeremos las imágenes de la Virgen más veneradas en la Diócesis.

2. Periodo de realización intensiva.

(Segundo y tercer trimestre)

Es el momento de «**cruzar a la otra orilla**» (Cf. Mc 4,35). Jesús, después de pasar cuarenta días en el desierto, comienza su ministerio público. Enterado de que Juan el Bautista ha sido arrestado, se retiró a Galilea (Cf. Mt 4,12). Allí va recorriendo la región proclamando el Evangelio, obrando milagros y llamando a los discípulos. Galilea es el lugar donde Jesús enseñó, hizo caminar al paralítico, le dio la vista al ciego, multiplicó los panes y calmó la tempestad en el lago. Jesús eligió Cafarnaún como lugar de residencia, allí tenía su hogar. Cafarnaún era su ciudad y su casa. Era para Él un lugar familiar, tranquilo, seguro, conocido. Pero un día decide “cruzar a la otra orilla”, dejar su “hogar”, su ciudad y su casa.



“Cruzar a la otra orilla” es dejar la seguridad. La barca es insegura, se mueve. “Cruzar a la otra orilla” es enfrentarse con el peligro y las amenazas del mar. «Entonces se desató un fuerte vendaval, y las olas entraban en la barca, que se iba llenando de agua» (Mc 4,37). “Cruzar a la otra orilla” es ir a otro territorio, a la región de Gerasa, a otra cultura, a gente pagana. También a nosotros se nos está pidiendo “cruzar a la otra orilla”.



Benedicto XVI, haciendo balance de la JMJ y reconociendo en este hecho grandioso una expresión de lo que debe ser la nueva evangelización, indica los caminos que este acontecimiento ha producido y nos anima a trabajar apostólicamente buscando y pidiendo a Dios esos frutos.

El Papa señala cinco caminos. Son los objetivos que también nosotros hemos de buscar en esta Misión.

Primero: Mostrar al mundo la belleza de una Iglesia que es católica y universal.

Hemos de decir a los hombres de nuestro tiempo que en la Iglesia hay lugar para todos y que, aunque seamos diferentes, todos nos conocemos y aunque ha-



blemos lenguas diversas o tengamos los más variados hábitos de vida o nos expresemos en distintas formas culturales, todos nos encontramos de inmediato unidos y juntos, como una gran familia.

En una sociedad donde hay tantas personas venidas de los más diversos lugares del mundo, tenemos que decir que en la Iglesia se relativiza la separación y la diversidad exterior porque todos estamos tocados por el único Señor Jesucristo en el cual se ha mostrado el verdadero ser del hombre y, a la vez, el rostro mismo de Dios.

Tenemos que mostrarles que, siendo muy distintos unos de otros, nuestras oraciones son las mismas. Y que, en virtud del encuentro interior con Jesucristo, todos hemos recibido la misma formación de la razón, de la voluntad y del corazón.

Tienen que ver con sus propios ojos que el hecho de que todos los seres humanos seamos hermanos y hermanas no es sólo una idea, sino que, en la Iglesia, se convierte en un hecho real y común que produce alegría.

Hemos de hacer comprender, de manera concreta y testimonial, al mundo de hoy que, no obstante todas las fatigas y oscuridades, es hermoso pertenecer a la Iglesia universal, a la Iglesia católica, que el Señor nos ha dado.

Segundo: Anunciar que, del encuentro con Jesucristo, nace un hombre nuevo.

El encuentro con Jesucristo enciende en el hombre el amor por Dios y por los demás y, superando la gran tentación de preocuparse únicamente de sí mismo, le hace descubrir que la vida sólo tiene valor cuando se entrega a los demás.

Hemos de hacer tangible y visible en la Misión la felicidad que el hombre siente cuando entrega su tiempo a los demás y al entregar su tiempo entrega su propia vida. Hacer el bien, aunque sea costoso y suponga sacrificios, es algo hermoso. Es hermoso ser para los demás. Esta es la actitud propiamente cristiana. Esta es la actitud del hombre que se encuentra con Jesucristo. Este es el nuevo modo de vivir el ser hombres de los discípulos del Señor.



Tercero: Invitar a la adoración.

Hay muchos que dicen creer en Jesucristo, pero en realidad su vida está lejos de Él. A estos hay que invitarles a la adoración. Adorar es un acto de fe en el que no hay engaño. Cuando el hombre se postra ante Dios para adorarlo, su vida queda al descubierto y surge el deseo de conversión.

Es muy importante tener en la Misión momentos de adoración, en silencio, ante el Santísimo Sacramento. La presencia corpórea de Cristo resucitado no puede dejar impasible al hombre. El Resucitado está entre nosotros. Y entonces no podemos sino decir con el apóstol: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28). Él está allí. Y si Él está presente yo me inclino ante Él. Entonces razón, voluntad y corazón se abren hacia Él. En Cristo resucitado está presente el Dios que se hecho hombre, que sufrió por nosotros porque nos ama. Entramos en esa certeza del amor corpóreo de Dios por nosotros y lo hacemos amando con Él. Esto es adoración y esto marca después mi vida.

Cuarto. Reconocer que todos tenemos continuamente necesidad de perdón y que perdón significa responsabilidad.

Nuestro mundo necesita comprender que existe en el hombre, proveniente del Creador, la disponibilidad para amar y la capacidad de responder a Dios en la fe.

Pero proveniente de la historia pecaminosa del hombre (la doctrina de la Iglesia habla del pecado original) existe también la tendencia contraria al amor: la tendencia al egoísmo, al encerrarse en sí mismo, más aún, al mal. Mi alma se mancha una y otra vez por esa fuerza de gravedad, que me atrae hacia abajo. Por eso necesitamos la humildad que siempre pide de nuevo perdón a Dios; que se deja purificar y que despierta en nosotros la fuerza contraria, la fuerza positiva del Creador que nos atrae hacia lo alto. Tenemos que ofrecer, en la Misión, momentos tranquilos y lugares adecuados para el Sacramento de la Penitencia. Y, si es posible, organizar alguna gran celebración del Perdón.

Quinto: Manifestar a todos el gozo de la fe.

Lo importante no es sólo que los hombres vean en nosotros la alegría de ser cristianos. Sino, sobre todo, que entiendan de dónde viene y cómo se explica esa alegría.



Juan Pablo II decía a los jóvenes: «Los hombres de hoy están cansados de palabras y discursos vacíos de contenido, que no se cumplen. (...) Seréis verdaderos testigos cuando vuestra vida se transforme en interrogante para los que os vean y se pregunten: ¿Por qué actúa así este joven?, ¿por qué se le ve tan feliz?, ¿por qué procede con tanta seguridad y libertad? Si vivís así, obligaréis a los demás a confesar que Cristo está vivo y presente»⁵⁷.

Lo decisivo para encontrar la alegría más auténtica es la certeza, que proviene de la fe, de ser amado. Yo soy amado. Tengo un cometido en la historia. Soy aceptado, soy querido. El hombre puede aceptarse a sí mismo sólo si es aceptado por algún otro. Tiene necesidad de que haya otro que le diga, y no sólo de palabra: “Es bueno que tú existas”. Sólo a partir de un “tú”, el “yo” puede encontrarse a sí mismo. Sólo si es aceptado el “yo” puede encontrarse a sí mismo. Quien no es amado ni siquiera puede amarse a sí mismo. Este ser acogido proviene sobre todo de otra persona.

Pero toda acogida humana es frágil. A fin de cuentas, tenemos necesidad de una acogida incondicional. Sólo si Dios me acoge, y estoy seguro de ello, sabré definitivamente: “es bueno que tú existas”, es bueno ser una persona humana. Allí donde falta la percepción del hombre de ser acogido por parte de Dios, de ser amado por Él, la pregunta sobre si es verdaderamente bueno existir como persona humana, ya no encuentra respuesta alguna. La duda acerca de la existencia humana se hace cada vez más insuperable. Cuando llega a ser dominante la duda sobre Dios, surge inevitablemente la duda sobre el mismo ser del hombre. Hoy vemos cómo esa duda se difunde. Lo vemos en la falta de alegría, en la tristeza interior que se puede leer en tantos rostros humanos.

Sólo la fe me da la verdadera alegría. Sólo la fe me da la certeza: “es bueno que yo exista”, es bueno existir como persona humana, incluso en tiempos difíciles. La fe alegra desde dentro. Este es el mensaje que hemos de proclamar en la Misión⁵⁸. Y hemos de proclamarlo sabiendo que sin relación personal no hay evangelización sólida.

⁵⁷ JUAN PABLO II, *Homilía de la Misa con los jóvenes*, San Juan de Lagos (México), 1990.

⁵⁸ Cf. BENEDICTO XVI. *Discurso a la Curia Romana*, 22 de Diciembre de 2011

3. Consolidación y Permanencia.

La solemne clausura de la Misión será en el Cerro de los Ángeles, en la Solemnidad de Sagrado Corazón de Jesús. En ese momento presentaremos al Señor los frutos de la Misión y toda la Diócesis se consagrará a su Sagrado Corazón.

A partir de la experiencia de la Misión y bajo la luz del Corazón Misericordioso de Cristo, nos preguntaremos qué está pidiendo el Señor a nuestra Iglesia Diocesana de Getafe. La Misión termina, pero la evangelización prosigue. La Misión ha de hacernos más misioneros. La Misión nos va a hacer ver que hemos de convertirnos más al Señor, que hemos de crecer más en la fe, que hemos de corregir muchas actitudes de pereza y negligencia. La Misión ha de ser una medicina contra el cansancio de creer y ha de despertar en nosotros un modo nuevo y rejuvenecido de ser cristianos⁵⁹.

La Misión va ayudar a ver las cosas desde la perspectiva de la “Nueva Evangelización”. Tendremos que hacer una revisión a fondo y una puesta al día de todas nuestras estructuras pastorales diocesanas pero sobre todo cada uno, según su vocación, habrá de preguntarse qué quiere el Señor de él: los sacerdotes, los consagrados y los laicos.

Después de la Misión hay que continuar profundizando en la pastoral de la santidad mediante la pastoral vocacional y familiar, la dirección espiritual, la iniciativa social, etc.

Para esta Misión elaboraremos una publicación, recogiendo las iniciativas que lleve a cabo cada institución, lo cual supondrá no sólo un aliciente para todos sino un modo de compartir la creatividad y el ardor apostólico.

Los sacerdotes.

La Misión tiene que ayudar a los sacerdotes a seguir viviendo santamente su vocación de servicio al Pueblo de Dios. Si para todos los cristianos, sin excepción, la santidad es una exigencia fundamental e irrenunciable, que brota de la lla-

⁵⁹ Cf. Ibíd.

mada de Cristo a seguirlo e imitarlo, en virtud de la íntima comunión de vida con Él, realizada por el Espíritu, esta misma exigencia se presenta a los sacerdotes, no sólo porque están “en” la Iglesia, sino también porque están “al frente” de ella, al estar configurados con Cristo Cabeza y Pastor, capacitados y comprometidos para el ministerio ordenado y vivificados por la caridad pastoral⁶⁰.

La Misión hará ver a los sacerdotes la necesidad que el Pueblo de Dios tiene de sacerdotes santos. Y les hará experimentar con mucho gozo lo fecunda que es su misión cuando se entregan a ella, dando su vida por amor a Dios y a los hombres que el Señor ha puesto bajo su cuidado.

Los consagrados.

Estoy seguro de que la Misión hará revivir en ellos las bellas palabras que les dirige el Beato Juan Pablo II en su Exhortación *Vita consecrata*:

«Vivid plenamente vuestra entrega a Dios, para que no falte a este mundo un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana. Los cristianos inmersos en las ocupaciones y preocupaciones de este mundo, pero llamados también a la santidad, tienen necesidad de encontrar en vuestros corazones purificados que “ven” a Dios en la fe, personas dóciles a la acción del Espíritu que caminen libremente en la fidelidad al carisma de la llamada y de la misión»⁶¹.

Deseo, de todo corazón, que la presencia de los consagrados en la Misión sea visible y luminosa, para que el signo de su entrega a Dios en los votos de castidad, pobreza y obediencia, junto con el carisma de sus fundadores, brille con intensidad y nos enriquezca a todos. Y como fruto de la Misión los consagrados de nuestra Diócesis sean más conocidos y queridos, y la necesaria participación de las instituciones que dependen de ellos en el gran reto de la Nueva Evangelización, sea cada vez fecunda.

Los laicos.

Su participación en la Misión va a ser muy intensa. Continuamente, en las Parroquias, Comunidades y Movimientos, están ya dando pruebas abundantes de amor a la Iglesia y de espíritu apostólico.

⁶⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n. 27.

⁶¹ JUAN PABLO II. *Vita consecrata*, n.110.



La Misión ha de reforzar su vocación de santidad, en medio de las realidades del mundo. El Señor les llama a santificarse en la vida familiar y en la vida profesional y social. Ellos son la levadura en medio de la masa del mundo. Son los trabajadores incansables del crecimiento del reino de Dios en la historia. La Misión ha de animarles a seguir siendo testigos valientes de la fe mostrando a los hombres, con el testimonio de su propia vida personal y familiar, que Jesucristo constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea hoy al hombre y a la sociedad. La Misión les ayudará también a superar en ellos mismos esa fractura que, con frecuencia, existe entre el evangelio y la vida, recomponiendo en su vida cotidiana, en el trabajo y en la sociedad esa unidad de vida que en el evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud⁶².

CONCLUSIÓN

Queridos fieles de la Diócesis: Cuando realizo las visitas pastorales siempre termino dando gracias a Dios por la vitalidad que veo en las distintas parroquias y grupos de la Diócesis, y por la sintonía que observo entre vuestros corazones y el mío en el dolor por los que en nuestros barrios y pueblos aún no creen y la esperanza de que en nuestra unión está la fuerza de la misión. Por eso, para concluir, pienso que son oportunas las palabras de la constitución pastoral *Gaudium et spes*, citadas por el Beato Juan Pablo II al final de su Carta *Tertio millenio adveniente*:

«La Iglesia cree que Cristo muerto y resucitado por todos da al hombre luz y fuerzas por su Espíritu, para que pueda responder a su máxima vocación; y que no ha sido dado a los hombres bajo el cielo ningún otro nombre en el que puedan salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que, en todos los cambios, subsisten cosas que no cambian y que tienen su fundamento último en Cristo, que es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Por consiguiente a la luz de Cristo, Imagen del Dios invisible, Primogénito de toda criatura, el Concilio pretende hablar a todos para iluminar el misterio del hombre y para cooperar en el descubrimiento de la solución de los principales problemas de nuestro tiempo» (GS 10).

⁶² Cf. JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, n. 59.



Espero que la Misión sea un gran bien para todos. La celebración del veinticinco aniversario de la creación de nuestra Diócesis llena nuestro corazón de inmensa gratitud al Señor y queremos corresponder a tantos dones recibidos, aceptando con entusiasmo su mandato: **«Id al mundo entero y predicad el evangelio a toda criatura» (Mc 16,15).**

Invito a toda la Comunidad Diocesana a elevar al Señor insistentes oraciones para obtener las luces y las ayudas necesarias para la preparación y celebración de esta Misión. Y os pido todos, sacerdotes, seminaristas, consagrados y laicos que abráis el corazón a las inspiraciones del Espíritu santo. Él no dejará de mover los corazones para que se dispongan a participar con entusiasmo en este importante acontecimiento diocesano.

Confío esta tarea a la materna intercesión de la Virgen María. Ella, la Reina de los Ángeles, será para todos nosotros, la Estrella que guíe nuestros pasos al encuentro del Señor.

Con mi bendición y todo mi afecto:

Getafe, a 15 de junio de 2012, en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

† Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo.
Obispo de Getafe



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

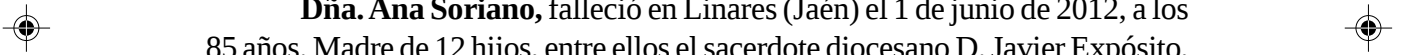


D. Julián Lozano López, Subdelegado diocesano de Medios de Comunicación Social, de la Diócesis de Getafe, el 1 de junio de 2012.





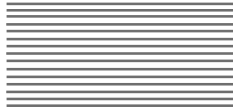
DEFUNCIONES



Dña. Ana Soriano, falleció en Linares (Jaén) el 1 de junio de 2012, a los 85 años. Madre de 12 hijos, entre ellos el sacerdote diocesano D. Javier Expósito, Notario de la Diócesis y Capellán de las Clarisas de Valdemoro.

Por intercesión de todas las santas mujeres, que han sido ya admitidas a contemplar la belleza de tu rostro, concede, Señor, a Ana gozar también eternamente de tu presencia.







Conferencia Episcopal Española

«LA VERDAD DEL AMOR HUMANO. ORIENTACIONES SOBRE EL AMOR CONYUGAL, LA IDEOLOGÍA DE GÉNERO Y LA LEGISLACIÓN FAMILIAR»

Jueves, 26 de Abril de 2012

XCIX Asamblea Plenaria

Introducción

1. El Concilio Vaticano II, de cuyo inicio celebraremos el 50º aniversario el próximo 11 de octubre, trató con particular atención del matrimonio y la familia[1], y recordó a todos que «una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios»[2]. En este mismo sentido, hace treinta años el papa Juan Pablo II, tras el Sínodo de Obispos sobre la misión de la familia, promulgó la exhortación apostólica *Familiaris consortio* (1981). Los obispos españoles, siguiendo las directrices de esta carta

[1] Cf. Constitución pastoral *Gaudium et spes*, nn. 47-52.

[2] Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 41.

magna de la pastoral familiar, publicamos posteriormente los documentos: La Familia, Santuario de la Vida y Esperanza de la Sociedad (2001) y el Directorio de la Pastoral Familiar en España (2003). Con ellos, se pretendía aplicar en nuestras diócesis las enseñanzas y orientaciones pastorales del pontífice sobre el matrimonio y la familia.

2. La Conferencia Episcopal Española llamaba la atención sobre las nuevas circunstancias en las que se desarrollaba la vida familiar, y la presencia en la legislación española de presupuestos que devaluaban el matrimonio, causaban la desprotección de la familia y llevaban a una cultura que, sin eufemismos, podía calificarse como una “cultura de la muerte”. De manera particular se querían poner de manifiesto las consecuencias sociales de una cultura anclada en la llamada revolución sexual, influida por la ideología de género, presentada jurídicamente como “nuevos derechos” y difundida a través de la educación en los centros escolares.

3. El tiempo transcurrido permite, ciertamente, advertir que, desde entonces, no son pocos los motivos para la esperanza. Junto a otros factores se advierte, cada vez más extendida en amplios sectores de la sociedad, la valoración positiva del bien de la vida^[3] y de la familia; abundan los testimonios de entrega y santidad de muchos matrimonios y se constata el papel fundamental que están suponiendo las familias para el sostenimiento de tantas personas, y de la sociedad misma, en estos tiempos de crisis. Además cabe destacar las multitudinarias manifestaciones de los últimos tiempos en favor de la vida, las Jornadas de la Familia, el incremento de los objeciones de conciencia por parte de los profesionales de la medicina que se niegan a practicar el aborto, la creación por ciudadanos de redes sociales en defensa del derecho a la maternidad, etc. Razones para la esperanza son también las reacciones de tantos padres ante la ley sobre “la educación para la ciudadanía”. Con el recurso a los Tribunales han ejercido uno de los derechos que, como padres, les asiste en el campo de la educación de sus hijos. Hemos de reconocer que a la difusión de esta conciencia ha contribuido grandemente la multiplicación de movimientos y asociaciones a favor de la vida y de la familia.

[3] Una buena noticia es que el Consejo de Europa ha aprobado, el pasado 25 de enero de 2012, una Resolución (1859) en la que se dictamina que «la eutanasia, en el sentido de la muerte intencional, por acción u omisión, de un ser humano en función de su presunto beneficio, debe ser prohibida siempre» y especifica que «en caso de duda, la decisión siempre debe ser pro-vida y a favor de la prolongación de la vida».



4. Estas luces, sin embargo, no pueden hacernos olvidar las sombras que se extienden sobre nuestra sociedad. Las prácticas abortivas, las rupturas matrimoniales, la explotación de los débiles y de los empobrecidos –especialmente niños y mujeres–, la anticoncepción y las esterilizaciones, las relaciones sexuales prematrimoniales, la degradación de las relaciones interpersonales, la prostitución, la violencia en el ámbito de la convivencia doméstica, las adicciones a la pornografía, a las drogas, al alcohol, al juego y a internet, etc., han aumentado de tal manera que no parece exagerado afirmar que la nuestra es una sociedad enferma. Detrás, y como vía del incremento y proliferación de esos fenómenos negativos, está la profusión de algunos mensajes ideológicos y propuestas culturales; por ejemplo, la de la absolutización subjetivista de la libertad que, desvinculada de la verdad, termina por hacer de las emociones parciales la norma del bien y de la moralidad. Es indudable también que los hechos a que aludimos se han visto favorecidos por un conjunto de leyes que han diluido la realidad del matrimonio y han desprotegido todavía más el bien fundamental de la vida naciente[4].

5. Ante estas nuevas circunstancias sociales queremos proponer de nuevo a los católicos españoles y a todos los que deseen escucharnos, de manera particular a los padres y educadores, los principios fundamentales sobre la persona humana sexuada, sobre el amor esponsal propio del matrimonio y sobre los fundamentos antropológicos de la familia. Nos mueve también el deseo de contribuir al desarrollo de nuestra sociedad. De la autenticidad con que se viva la verdad del amor en la familia depende, en última instancia, el bien de las personas, quienes integran y construyen la sociedad.

[4] Al menos hay que hacer mención de: Ley Orgánica 2/2010, de 3 de marzo, de salud sexual y reproductiva y de la interrupción voluntaria del embarazo; Ley Orgánica 3/2007 de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres; Ley 3/2007, de 15 de marzo, reguladora de la rectificación registral de la mención relativa al sexo de las personas llamada ley de identidad de género; Ley 13/2005 de 1 de Julio por la que se modifica el Código Civil en materia de derecho a contraer matrimonio, según la cual el matrimonio deja de ser la unión de un hombre y una mujer para reconocer el “derecho” a contraer matrimonio civil a personas del mismo sexo; Ley 15/2005, de 8 de julio, por la que se modifican el Código Civil y la Ley de Enjuiciamiento Civil en materia de separación y divorcio, conocida como ley del “divorcio exprés”, y la iniciativa del Congreso de Diputados para dispensación gratuita de la píldora postcoital. A todo ello hay que añadir las disposiciones educativas sobre esta materia.

1. La verdad del amor, un anuncio de esperanza

a) El amor de Dios, origen de todo amor humano

6. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la primera carta del apóstol san Juan, expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana[5]. Dios ha elegido la vía maestra del amor para revelarse a los hombres. El amor posee una luz y da una capacidad de visión que hace percibir la realidad de un modo nuevo.

7. El origen del amor, su fuente escondida, se encuentra en el misterio de Dios. Los relatos de la creación son un testimonio claro de que todo cuanto existe es fruto del amor de Dios, pues Dios ha querido comunicar a las creaturas su bondad y hacerlas partícipes de su amor. «Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser, pero este principio creativo de todas las cosas –el Logos, la razón primordial– es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor»[6]. De un modo totalmente singular lo es respecto del hombre. Entre todos los seres de la creación visible, solo él ha sido creado para entablar con Dios una historia de amor. Solo él ha sido llamado a entrar en su divina intimidad.

8. El amor creador no es un amor impersonal, indiferenciado, sino que es un amor trinitario, interpersonal, en el que el Padre y el Hijo se aman mutuamente en el Espíritu. El amor originario es, por tanto, un amor de comunión, de la cual surge todo amor. De este modo, como afirma Benedicto XVI: «La Sagrada Escritura revela que la vocación al amor forma parte de esa auténtica imagen de Dios que el Creador ha querido imprimir en su criatura, llamándola a hacerse semejante a Él precisamente en la medida en la que está abierta al amor»[7].

9. El origen del amor no se encuentra en el hombre mismo, sino que la fuente originaria del amor es el misterio de Dios mismo, que se revela y sale al encuentro del hombre. Esa es la razón de que el hombre no cese de buscar con ardor esa fuente escondida[8].

[5] Cf. Benedicto XVI, carta encíclica *Deus caritas est* (25.XII.2005), n. 1.

[6] *Ibidem*, n. 10.

[7] Benedicto XVI, Discurso al Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia (11. V. 2006).

[8] Cf. San Agustín, *Confesiones*, 10, 20. 29.



b) El amor humano, respuesta al don divino

10. «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito» (Jn 3, 16). El designio amoroso de Dios, dado a conocer en la creación y recordado insistentemente por los profetas al pueblo de Israel, se manifestó y se cumplió plenamente en su Hijo Jesucristo. La Persona y la Vida del Señor son la revelación suprema y definitiva del amor de Dios. Así ama Dios al hombre. Y esa misma Vida de Cristo es, a la vez, la revelación de la verdad del amor humano; da a conocer la naturaleza del amor humano y también cómo ha de ser la respuesta de la persona humana al don del amor.

11. Cuando san Pablo, alcanzado por el amor de Cristo, escribe que «el Dios que dijo: “Brille la luz del seno de las tinieblas” ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo» (2 Cor 4, 6), habla ya del dinamismo por el que, a través del Espíritu, el amor originario alcanza el corazón del hombre.

12. Dios ha brillado con su amor en nuestros corazones primero al crearlos, en Cristo, «a su imagen y semejanza» (cf. Gén 1, 26-27); y después, al “re-crearnos” y llamarnos a incorporarnos a Cristo y participar de su misma Vida. La Revelación dice claramente que el hombre, ya antes de ser creado, ha sido pensado y querido con miras a su inserción en Cristo (cf. Jn 1, 14; Col 1, 15-20; Ef 1, 3-11). El designio de Dios, desde la eternidad, es que el hombre sea, en Cristo, partícipe de la naturaleza divina. Su destino es llegar a ser hijo de Dios en el Hijo (en Cristo) por el don del Espíritu Santo. Esa ordenación o finalidad es constitutiva de la auténtica humanidad del hombre; y, en consecuencia, la filiación divina –la llamada a “ser en Cristo”– revela la verdad más profunda del ser humano y da a conocer también lo que comporta obrar como imagen de Dios (en definitiva, como hijo de Dios). Predestinados por Dios «a reproducir la imagen de su Hijo» (Rom 8, 29), «imagen de Dios invisible» (Col 1, 15), somos capaces de conocer y vivir «el amor de Dios [que] ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5, 5).

13. Atraído por el Padre, cada ser humano es invitado a encontrarse personalmente con Cristo, y descubrir así la verdad y el camino del amor. «Dios (...) llamándolo (al ser humano) a la existencia por amor, le ha llamado también al mismo tiempo al amor (...). El amor es la vocación fundamental e innata de todo ser huma-

no»[9]. Las solas fuerzas de la razón permiten ya al hombre tener un conocimiento, aunque no pleno, de la naturaleza de la persona y del obrar humano. Es capaz de saber, con sus luces naturales, si sus relaciones con los demás son o no conformes con su dignidad personal, si son o no respetuosas con el bien de los otros como personas, es decir, si son auténticas manifestaciones de amor[10]. Pero penetrar de manera plena en la verdad del amor solo es posible desde el misterio de Cristo, desde la manifestación que Cristo hace del hombre mismo[11]. Es el misterio de la encarnación y redención de Cristo, el que da a conocer la altísima dignidad de la persona y obrar humano en la perspectiva del entero plan de Dios[12]. Cristo, la imagen de Dios, es la verdad más profunda del hombre, y de su vocación al amor. Solo con la ayuda de la Revelación será posible llegar a ese conocimiento «sin dificultad, con una certeza firme y sin mezcla de error»[13].

14. En Cristo, el Hijo Amado del Padre, Dios ama a cada hombre como hijo en el Hijo. El amor de Dios es lo primero (cf. 1 Jn 4, 10). Es la fuente de la que derivan todas las formas de amor, también el amor humano. Advertir el origen divino del auténtico amor humano lleva, entre otras cosas, a percibir que el amor de los padres que se actúa en la transmisión de la vida humana, ha de ser expresión y signo de verdadero amor. Solo de esa manera será respetuosa con el amor de Dios, que, como sabemos por la fe, interviene directamente en el origen de cada ser humano.

15. A partir de ese amor originario se descubre además, que el ser humano, creado por amor “a imagen de Dios” que “es amor” (1 Jn 4, 8), ha sido creado también para amar. «Dios nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este ‘antes’ de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta»[14]. El amor humano, en su dimensión apetitiva, nace de este principio de movimiento que

[9] Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio* (22.XI.1981), n. 11. Cf. *Gaudium et spes*, n. 24: «(...) el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí misma».

[10] Cf. Juan Pablo II, encíclica *Veritatis splendor* (6.VIII.1993), nn. 42-45; encíclica *Fides et ratio* (14.IX.1998), nn. 24-35.

[11] Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 22: «En realidad, el misterio del hombre se esclarece en el misterio del Verbo encarnado». Eso quiere decir que la cristología es el camino adecuado para hacer una auténtica teología del hombre como imagen de Dios; cf. Juan Pablo II, encíclica *Redemptor hominis* (4.III.1979), nn. 7 y 9; Juan Pablo II, encíclica *Evangelium vitae* (25. III. 1995), n. 8.

[12] Cf. Juan Pablo II, encíclica *Evangelium vitae*, nn. 2 y 29.

[13] Concilio Vaticano II, constitución *Dei Verbum*, n. 6.

[14] Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 17.

nos viene ofrecido. Conduce a descubrir que la lógica del don pertenece a la naturaleza del amor. Y si la fuente del amor no es la persona humana, la medida y la verdad del amor no puede ser exclusivamente el deseo humano. Ha de buscarse sobre todo en el origen del que procede.

16. Por tanto, descubrir un amor que nos precede, un amor que es más grande que nuestros deseos, un amor mayor que nosotros mismos, lleva a comprender que aprender a amar consiste, en primer lugar, en recibir el amor, en acogerlo, en experimentarlo y hacerlo propio. El amor originario, que implica siempre esta singular iniciativa divina, previene contra toda concepción voluntarista o emotiva del amor.

2. La verdad del amor, inscrita en el lenguaje del cuerpo

17. El hombre creado a imagen de Dios es todo hombre –todo miembro de la raza humana: el hombre y la mujer– y todo el hombre –el ser humano en su totalidad: cuerpo y alma. Y, como tal, está orientado a revelar esa imagen primigenia en toda su grandeza y alcanzar así su realización personal[15].

a) «A imagen de Dios» (Gén 1, 27).

18. El ser humano es imagen de Dios en todas las dimensiones de su humanidad. En el hombre, «el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza»[16]: la naturaleza humana.

19. Entre cuerpo, alma y vida se da una relación tan íntima que hace imposible pensar el cuerpo humano como reducible únicamente a su estructuración orgánica, o la vida humana a su dimensión biológica. El cuerpo es la persona en su visibilidad. Eso explica que, según afirma la antropología y es un dato de la experiencia universal, la persona perciba su corporalidad como una dimensión constitu-

[15] Cf. Juan Pablo II, Alocución (9.I.1980).

[16] Catecismo de la Iglesia Católica, n. 365. «La unidad del cuerpo y el alma –dice el texto completo del n. citado del CCE– es tan profunda que se debe considerar al alma como la “forma” del cuerpo: es decir, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza».

tiva de su “yo”. Sin necesidad de discurso, se da cuenta de que no puede relacionarse con su cuerpo como si fuera algo ajeno a su ser, o que es irrelevante hacerlo de una u otra manera. Advierte, en definitiva, que relacionarse con el cuerpo es hacerlo con la persona: el cuerpo humano está revestido de la dignidad personal. Esa percepción es, en definitiva, un eco del acto creador de Dios que está siempre en el origen de la persona humana.

b) «Varón y mujer los creó» (Gén 1, 27).

20. El cuerpo y el alma constituyen la totalidad unificada corpóreo-espiritual que es la persona humana[17]. Pero esta existe necesariamente como hombre o como mujer. La persona humana no tiene otra posibilidad de existir. El espíritu se une a un cuerpo que necesariamente es masculino o femenino y, por esa unidad substancial entre cuerpo y espíritu, el ser humano es, en su totalidad, masculino o femenino. La dimensión sexuada, es decir, la masculinidad o feminidad, es inseparable de la persona. No es un simple atributo. Es el modo de ser de la persona humana. Afecta al núcleo íntimo de la persona en cuanto tal. Es la persona misma la que siente y se expresa a través de la sexualidad. Los mismos rasgos anatómicos, como expresión objetiva de esa masculinidad o feminidad, están dotados de una significación objetivamente trascendente: están llamados a ser manifestación visible de la persona[18].

21. Como imagen de Dios, el hombre, creado a su imagen, «es llamado al amor como espíritu encarnado, es decir, alma y cuerpo en la unidad de la persona»[19], como persona humana sexuada. Por eso si la respuesta a esa llamada se

[17] Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 11.

[18] La sexualidad humana, entonces, es esencialmente diferente de la sexualidad animal ya que –gracias al alma como forma substancial del cuerpo– a la vez que sensitiva es racional por participación. En el ser humano todas las dimensiones y funciones orgánicas están incorporadas a su unidad total. Todo en él es humano. En el nivel que ahora consideramos –el del ser– nada hay en el hombre que, siendo de él, se pueda considerar infrahumano, especialmente –si se puede hablar así– en la sexualidad, una dimensión que más que ninguna otra es intrínsecamente corpóreo-espiritual. Por eso, es del todo inadecuado considerar la sexualidad humana como asimilable a la sexualidad animal o como dimensión separable de la espiritualidad. No se puede ver en la conducta sexual humana tan solo el resultado de unos estímulos fisiológicos y biológicos. Cf. Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, nn. 48 y 50.

[19] Pontificio Consejo para la Familia, *Sexualidad humana: verdad y significado* (8.XII.1995), nn. 3, 10.

lleva a cabo a través del lenguaje de la sexualidad, uno de sus constitutivos esenciales es la apertura a la transmisión de la vida[20]. La sexualidad humana, por tanto, es parte integrante de la concreta capacidad de amor inscrita por Dios en la humanidad masculina y femenina, comporta «la capacidad de expresar el amor: ese amor precisamente en el que el hombre-persona se convierte en don y –mediante este don– realiza el sentido mismo de su ser y existir»[21].

22. «Cuando Yahweh Dios –señala Juan Pablo II comentando el relato de Gén 2, 18– dice que “no es bueno que el hombre esté solo” (Gén 2, 18), afirma que el hombre por sí «solo» no realiza totalmente esta esencia. Solamente la realiza existiendo “con alguien”, y más profunda y completamente existiendo “para alguien”»[22]. Entre el ser humano y los animales media una distinción tan radical que, con relación a ellos, aquel se siente solo. Para superar esa soledad es necesaria la presencia de otro “yo”. Y de esta manera, al afirmar la persona del otro “yo” –el “yo” de la persona humana y, como tal, sexuada– se da cuenta y afirma a la vez el “yo” de su ser personal, bien en la masculinidad o en la feminidad. La configuración existencial de su personalidad depende pues de esa relación con su cuerpo y está ligada al modo de relacionarse con el mundo y con los demás. Porque solo el amor de comunión personal puede responder a esta exigencia interior, ya que «el hombre ha llegado a ser “imagen y semejanza” de Dios no solamente a través de la propia humanidad, sino también a través de la comunión de las personas[23]».

23. Con la creación del ser humano en dualidad de sexos, el texto afirma, entre otras cosas, el significado axiológico de esa sexualidad: el hombre es para la mujer y esta es para el hombre, y los padres para los hijos[24]. La diferencia sexual es indicadora de la recíproca complementariedad y está orientada a la comunicación: a sentir, expresar y vivir el amor humano, abriendo a una plenitud mayor[25].

[20] Cf. Pontificio Consejo para la Familia, *Sexualidad humana: verdad y significado*, n. 11.

[21] Juan Pablo II, *Alocución* (16.I.1980), n. 1.

[22] Juan Pablo II, *Alocución* (9.I.1980), n. 2.

[23] Juan Pablo II, *Alocución* (14.XI.1979), citada por Benedicto XVI, *Discurso en el Encuentro con las familias en Valencia* (8.VII.2006).

[24] Cf. Juan Pablo II, *Alocución* (14.XI.1979), n. 2.

[25] Cf. Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano* (1.XI.1983), n. 4. En esa comunión interpersonal hunde sus raíces el matrimonio instituido por Dios desde los orígenes: cf. Juan Pablo II, *carta a las familias Gratissimam sane* (2.II.1994), n. 8; Juan Pablo II, *carta Mulieris dignitatem* (15.VIII.1988), n. 6.

El sentido profundo de la vida humana está en encontrar la respuesta a esta palabra original de Dios. Por eso, dado que la relación propia de la sexualidad va de persona a persona, respetar la dimensión unitiva y fecunda en el contexto de un amor verdadero –mediante la entrega sincera de sí mismo– es una exigencia interior de la relación interpersonal de la donación que hace el hombre a través de la sexualidad[26].

3. El amor conyugal: «Como Cristo amó a su Iglesia» (Ef 5, 25)

24. Dios se ha servido del amor esponsal para revelar su amor hacia el pueblo elegido. Tanto el matrimonio como la virginidad, en su forma propia, son una concretización de la verdad más profunda del hombre, de su «ser imagen de Dios»[27]. Pero de la primera, es decir, de la imagen del amor del hombre y mujer en el matrimonio se ha servido el mismo Dios para revelar su amor hacia el pueblo elegido, es decir, a Israel; y la segunda ha sido mostrada explícitamente en la persona de Jesucristo, el Hijo, haciendo presente al Dios “esposo” de su pueblo. Por eso Benedicto XVI acude a aquella –a propósito de la gran variedad semántica que el lenguaje atribuye a la palabra amor–, con el fin de acercarnos a la naturaleza y características del verdadero amor. «En toda esta multiplicidad de significados –dice el Papa– destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual cuerpo y alma concurren inseparablemente y en el que al ser humano se le abre una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los otros tipos de amor»[28]. Es arquetipo, es decir, viene a señalar las características que definen la verdad del amor humano, en las diversas manifestaciones en que este se puede y debe manifestar.

a) «Una sola carne» (Gén 2, 24)

25. El amor conyugal es un amor “comprometido”. Se origina y desarrolla a partir de una realidad que trasciende y da sentido a la existencia de los esposos, como tales, en todas sus manifestaciones. Tiene una originalidad y unas características o notas que lo distinguen de otras formas de amor. El Concilio Vaticano II y la

[26] Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 24.

[27] Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 11.

[28] Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 2.

encíclica *Humanae vitae* señalan las de ser «plenamente humano», «total», «fiel y exclusivo», «fecundo»[29]. Su autenticidad viene ligada necesariamente al respeto a la dignidad personal y a los significados del lenguaje de la sexualidad. A la vez, como señalan las palabras de Benedicto XVI acabadas de citar, son la luz que, a manera de espejos, deben reflejar los demás tipos de amor.

26. Por el matrimonio se establece entre el hombre y la mujer una alianza o comunidad conyugal por la que «ya no son dos, sino una sola carne» (Mt 19, 6; cf. Gén 2, 24). El hombre y la mujer, permaneciendo cada uno de ellos como personas singulares y completas- son «una unidad-dual» en cuanto personas sexualmente distintas y complementarias. La alianza que se origina no da lugar a un vínculo meramente visible, sino también moral, social y jurídico; de tal riqueza y densidad que requiere, por parte de los contrayentes, «la voluntad de compartir (en cuanto tales) todo su proyecto de vida, lo que tienen y lo que son»[30]. No se reduce a una simple relación de convivencia o cohabitación. La unidad en la “carne” hace referencia a la totalidad de la feminidad y masculinidad en los diversos niveles de su recíproca complementariedad: el cuerpo, el carácter, el corazón, la inteligencia, la voluntad, el alma[31]. Dejar un modo de vivir para formar otro “estado de vida”.

— Una comunidad de vida y amor

27. Pero si “ser una sola carne” es una “unidad de dos” como fruto de un verdadero don de sí, esa realidad ha de configurarse existencialmente como comunidad de vida y amor[32]. Es una exigencia que «brota de su mismo ser y representa su desarrollo dinámico y existencial»[33]. Los esposos se “deben” amor, porque, por el matrimonio, han venido a ser, el uno para el otro, verdadera parte de sí mismos[34]. La “lógica” de la entrega propia de la unión matrimonial lleva necesariamente a afirmar que el matrimonio está llamado, por su propio

[29] Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 49; Pablo VI, encíclica *Humanae vitae* (25.VII.1968), n. 9.

[30] Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 19. Cf. CIC, c. 1057 § 2.

[31] Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 19.

[32] Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 48.

[33] Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 17.

[34] Cf. Ef 5, 28: «El que ama a su mujer se ama a sí mismo».

dinamismo, a ser una comunidad de vida y amor; tan solo de esa manera se realiza en la verdad[35].

28. El amor conyugal se ha de comprender como un prometer, como un comprometerse mutuo para afrontar la construcción de una vida en común. «A muchos –dice Benedicto XVI, refiriéndose al matrimonio como una vocación cristiana– el Señor los llama al matrimonio, en el que un hombre y una mujer, formando una sola carne (cf. Gén 2, 24), se realizan en una profunda vida de comunión. Es un horizonte luminoso y exigente a la vez. Un proyecto de amor verdadero que se renueva y ahonda cada día compartiendo alegrías y dificultades, y que se caracteriza por una entrega de la totalidad de la persona. Por eso, reconocer la belleza y bondad del matrimonio significa ser conscientes de que solo un ámbito de fidelidad e indisolubilidad, así como de apertura al don divino de la vida, es el adecuado a la grandeza y dignidad del amor matrimonial»[36].

— Características del amor conyugal

29. Es claro, por tanto, que el amor conyugal debe ser, en primer lugar, un amor plenamente humano y total. Ha de abarcar la persona de los esposos –como esposos– en todos sus niveles: sentimientos y voluntad, cuerpo y espíritu, etc., integrando esas dimensiones con la debida subordinación y, además, de una manera definitiva. Ha de ir «de persona a persona con el afecto de la voluntad»[37]. El que ama no puede relacionarse con su amado de una manera indiferenciada, como si todos los seres fueran igualmente amables e intercambiables. El amor conyugal es un amor de entrega en el que sin dejar de ser erótico, el deseo humano se dirige a la formación de una comunión de personas. No sería conyugal el amor que excluyera la sexualidad o la considerase como un mero instrumento de placer[38]. Los esposos, como tales, han de «compartir generosamente todo, sin reservas y cálculos egoístas. Quien ama de verdad a su propio consorte no ama

[35] Cf. Juan Pablo II, *Gratissimam sane*, nn. 11-12.

[36] Benedicto XVI, Homilía en la vigilia de oración a los jóvenes en Cuatro Vientos (20.VIII.2011).

[37] Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 49.

[38] Al respecto la Conferencia Episcopal Española (cf. *La familia...*, nn. 63-64) llama la atención sobre la profunda «diferencia de este amor respecto de aquellos modos de relación que no alcanzan la verdad de esta entrega»: entre esas formas se señalan «las parejas de hecho», «las relaciones prematrimoniales», etc.

solo por lo que de él recibe, sino por sí mismo, gozoso de poderlo enriquecer con el don de sí»[39].

30. Por este mismo motivo el amor conyugal no puede sino ser fiel y exclusivo. Si el amor conyugal es total y definitivo porque va de persona a persona, abarcándola en su totalidad, ha de tener también como característica necesaria la fidelidad. La totalidad incluye en sí misma y exige la fidelidad –para siempre–, y esta, a su vez, la exclusividad. El amor conyugal es total en la exclusividad y exclusivo en la totalidad. Así lo proclama la Revelación de Dios en Cristo, y esa es también la conclusión a la que se puede llegar desde la dignidad de la persona y de la sexualidad. El amor conyugal que «lleva a los esposos a un don libre y mutuo de sí mismos (...) ha de ser indisolublemente fiel, en cuerpo y alma, en la prosperidad y en la adversidad y, por tanto, ajeno a todo adulterio y divorcio»[40]. El Concilio Vaticano II indica así la doble vertiente de la fidelidad: positivamente comporta la donación recíproca sin reservas ni condiciones; y negativamente entraña que se excluya cualquier intromisión de terceras personas –a cualquier nivel: de pensamientos, palabras y obras– en la relación conyugal.

31. Por último, tiene que ser un amor fecundo, abierto a la vida. Por su naturaleza y dinamismo el amor conyugal está orientado a prolongarse en nuevas vidas; no se agota en los esposos. No hay autenticidad en el amor conyugal cuando no están comprometidos, a la vez y del todo, la humanidad del hombre y de la mujer en la totalidad de su ser espíritu encarnado. Como hemos dicho, la sexualidad no es algo meramente biológico, sino que «afecta al núcleo íntimo de la persona en cuanto tal»[41]. Por otro lado, como la orientación a la procreación es una dimensión inmanente a la estructura de la sexualidad, la conclusión es que la apertura a la fecundidad es una exigencia interior de la verdad del amor matrimonial y un criterio de su autenticidad. Hacia esa finalidad está intrínsecamente ordenado, como participación en el amor creador de Dios y como donación de los esposos a través de la sexualidad.

32. Sin esa ordenación a la fecundidad la relación conyugal no puede ser considerada ni siquiera como manifestación de amor. El amor conyugal en su reali-

[39] Pablo VI, *Humanae vitae*, n. 9. Cf. Catequesis de Juan Pablo II en las audiencias generales de los miércoles (11.VII.1984 - 28.XI.1984).

[40] Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 49.

[41] Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 11.

dad más profunda es esencialmente “don”, rechaza cualquier forma de reserva y, por su propio dinamismo, exige abrirse y entregarse plenamente. Esto comporta necesariamente la disponibilidad para la procreación, la posibilidad de la paternidad o maternidad.

33. Estas características del amor, tan íntimamente articuladas entre sí, son inseparables: si faltara una de ellas tampoco se darían las demás. Son aspectos o dimensiones de la misma realidad que corresponden a la verdad de la naturaleza humana, purificada y corroborada en Cristo. Estamos, pues, ante unos significados que iluminan la vida de los hombres y que se pueden y deben expresar mediante unas normas morales propias de la ley natural. La Iglesia las enseña como indicaciones en el camino de la educación en el amor. No son referencias opuestas al amor o ajenas al mismo. Están insertas íntimamente en la verdad del amor conyugal[42]. «Querer seleccionar unas u otras, según las condiciones de vida a modo de un “amor a la carta”, falsifica la relación amorosa básica entre un hombre y una mujer, distorsionando la realización de su vocación»[43].

— Para siempre

34. La «unión en la carne» —se decía antes— no alude a un simple hecho fortuito o coyuntural. Designa el compromiso de conformar una intimidad común exclusiva y para siempre, en la que el cuerpo sexuado es la mediación esencial. El valor personal de esta unión hace también que la apertura a la fecundidad, intrínseca al lenguaje propio de la sexualidad, encuentre ahí el marco de realización, acorde con su dignidad. En cambio, deja de existir en las ideologías que la excluyen de forma radical como si fuera algo que el hombre pudiera “poner” desde fuera, a modo de una libre elección y sin ningún condicionamiento. La supuesta fascinación de un “amor libre” de cualquier compromiso esconde el vaciamiento de todo significado y, por lo tanto, la pérdida de su valor y dignidad.

[42] Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 49; Pablo VI, *Humanae vitae*, n. 12: «La inseparable conexión que Dios ha querido, y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador».

[43] Conferencia Episcopal Española, instrucción pastoral *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* (2001), n. 61.



35. La referencia a la unidad en la “carne”, por significar el vínculo de unión entre personas, sirve para comprender la vocación del ser humano al amor. Permite descubrir que el amor humano está determinado por unos contenidos objetivos que no se pueden confiar al simple arbitrio humano y ser objeto de una mera opinión subjetiva, sino que son parte esencial del lenguaje del cuerpo que hay que saber interpretar. En la comprensión del valor de la “carne” está incluida una verdad fundamental del hombre, que goza de una universalidad que cualquiera puede entender. Nos referimos a una integración específica entre la inclinación sexual, el despertar de los afectos y el don de sí. Una verdad que lleva a percibir lo que es una vida lograda, por la que tiene sentido entregar la libertad. El ser humano puede distinguir los bienes objetivos que resultan de la aceptación de la diferencia, de la trascendencia de vivir “para otra persona”, de la apertura a la vida.

— La oscuridad del pecado

36. La misma Revelación, sin embargo, habla también de que toda esta luz inicial se halla oscurecida por el pecado. Ya en los inicios de la creación, el hombre y la mujer dejan de verse como seres llamados a la comunión y se esconden uno del otro. Advierten que su amor está amenazado por las relaciones de deseo y de dominio (cf. Gén 3, 16). A pesar de que los significados del cuerpo, antes referidos, están unidos a la experiencia humana del amor, a veces no son fáciles de percibir en la vida concreta de las personas, y todavía resulta más arduo llevarlos a la práctica. La visión reductiva y fragmentaria de la sexualidad, tan extendida en no pocos ámbitos de la sociedad, hace que muchas personas interpreten estas experiencias primeras de un modo inadecuado y pierdan de vista la totalidad humana que se contiene en ellas. Se les hace muy difícil construir una vida plena que valga la pena ser vivida.

37. De modo particular, es necesario evitar una interpretación narcisista de la sexualidad. Si se comprende la felicidad como un simple “sentirse bien” con uno mismo, se cae en el error de no medir el valor y sentido de la sexualidad por la complementariedad y crecimiento personal en la construcción de una vida compartida. Es fácil ver cómo, de este modo, se pierde la riqueza presente en la diferencia sexual. Además, la fecundidad deja de ser significativa si el acento se pone exclusivamente en la necesidad de apagar a toda costa los “deseos” y “satisfacciones” que puedan experimentarse, sin proyectar esa riqueza en otros objetivos espirituales o culturales que, naturalmente, también enriquecen y dan sentido a la persona.

38. Convencidos de la belleza de esta verdad, que une la dignidad humana con la vocación al amor, insistimos de nuevo en la importancia que tiene la rectitud en el ámbito de la sexualidad, tanto para las personas como para la sociedad entera. Exhortamos a poner los medios adecuados que, dentro de una educación al amor, hacen que todo hombre, contando siempre con el auxilio de Dios, sea capaz de responder a esta llamada. La virtud de la castidad es imprescindible en la respuesta de la persona a la vocación al amor. Proyecta la luz que, al mover la libertad a hacer de la existencia una donación de amor, indica también el camino que lleva a una plenitud de vida.

b) «Como Cristo amó a su Iglesia» (Ef 5, 25)

39. El amor o caridad conyugal, cuya naturaleza y características se acaban de apuntar, es una «participación singular en el misterio de la vida y del amor de Dios mismo»[44]. Una participación cualificada y específica, que responde a una realidad «escrita en sus corazones» (Rom 2, 15). Por ella los esposos—el uno para el otro— se convierten en don sincero de sí mismos del modo más completo y radical: se afirman en su desnuda verdad como personas. «El amor incluye el reconocimiento de la dignidad personal y de su irrepetible unicidad; en efecto, cada uno de ellos, como ser humano, ha sido elegido por sí mismo»[45].

40. No se queda ahí la grandeza y dignidad del amor conyugal. Como tal, está llamado a ser, por su misma naturaleza, «imagen viva y real de la singularísima unidad que hace de la Iglesia el indivisible Cuerpo místico del Señor Jesús»[46]. Aunque esa orientación, que es propia de todo verdadero amor conyugal, solo es participada realmente por los esposos si ha tenido lugar la celebración sacramental de su matrimonio y ha sido insertada así en el proyecto salvífico de Cristo. Cuando el Señor—según señala el Vaticano II— «sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio (...), el amor conyugal auténtico es asumido por el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia para conducir eficazmente a los cónyuges a Dios y fortalecerlos en la sublime misión de la paternidad y de la maternidad»[47].

[44] Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 29.

[45] Cf. Juan Pablo II, *Gratissimam sane*, n. 19.

[46] Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 19.

[47] Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 48; cf. *Lumen gentium*, n. 57.



41. El sacramento celebrado hace que, al insertar el vínculo matrimonial en la comunión de amor de Cristo y de la Iglesia, el amor de los esposos —el amor matrimonial— esté dirigido a ser imagen y representación real del amor redentor del Señor. Jesús se sirve del amor de los esposos para amar y dar a conocer cómo es el amor con que ama a su Iglesia. El amor matrimonial es —y debe ser— un reflejo del amor de Cristo a su Iglesia. La expresión plena de la verdad sobre ese amor de Dios se encuentra en la carta a los Efesios: «Como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella» (Ef 5, 25-26). Y en ese contexto “entregarse” es convertirse en “don sincero”, amando hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), hasta la donación de la cruz. Ese es el amor que los esposos deben vivir y reflejar.

42. El amor conyugal, al ser transformado en el amor divino, no pierde ninguna de las características que le son propias en cuanto realidad humana. Es el amor genuinamente humano —no otra cosa— lo que es asumido en el orden nuevo y sobrenatural de la redención. Se produce en él una verdadera transformación (ontológica) que consiste en una re-creación y elevación sobrenatural. No solo en la atribución de una nueva significación. Por eso el “modo humano” de vivir la relación conyugal, como manifestación del amor matrimonial, es condición necesaria para vivir ese mismo amor de manera sobrenatural, es decir, en cuanto “signo” del amor de Cristo y de la Iglesia. «El amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los elementos de la persona —reclamo del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y de la voluntad—; mira a una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no ser más que un solo corazón y una sola alma; exige la indisolubilidad y fidelidad de la donación recíproca definitiva y se abre a la fecundidad. En una palabra: se trata de las características normales de todo amor conyugal natural, pero con un significado nuevo que no solo las purifica y consolida, sino que las eleva hasta el punto de hacer de ellas la expresión de valores propiamente cristianos»[48].

43. La asunción y transformación del amor humano en el amor divino no es algo transeúnte y circunstancial. Es tan permanente y exclusiva —mientras los esposos vivan— como lo es la unión de Cristo con la Iglesia. Cristo —dice en este sentido el Concilio Vaticano II— «por medio del sacramento del matrimonio (...) permanece con ellos (los esposos), para que (...), con su mutua entrega, se amen con perpetua fidelidad, como Él mismo ha amado a su Iglesia y se entregó por

[48] Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 13.

ella»[49]. El amor de Cristo ha de ser la referencia constante del amor matrimonial, porque, primero y sobre todo, es su “fuente”. El amor de los esposos es “don” y derivación del mismo amor creador y redentor de Dios. Y esa es la razón de que sean capaces de superar con éxito las dificultades que se puedan presentar, llegando hasta el heroísmo si es necesario. Ese es también el motivo de que puedan y deban crecer más en su amor: siempre, en efecto, les es posible avanzar más, también en este aspecto, en la identificación con el Señor.

44. De esta verdad profundamente humana y divina habla la Iglesia en sus enseñanzas sobre el sacramento del matrimonio cuando anima a los esposos a hacer de su vida un don de sí con ese contenido preciso que describe como «amor conyugal»[50]. Después del pecado de los orígenes, vivir la rectitud en el amor matrimonial es “trabajoso”. A veces es difícil. La experiencia del mal se hace sentir en la relación del hombre y la mujer. Su amor matrimonial se ve frecuentemente amenazado por la discordia, el espíritu de dominio, la infidelidad, los celos y conflictos que pueden conducir en ocasiones hasta el odio y la ruptura[51]. Acecha constantemente la tentación del egoísmo, en cualquiera de sus formas, hasta el punto de que «sin la ayuda de Dios el hombre y la mujer no pueden llegar a realizar la unión de sus vidas en orden a la cual Dios los creó “al comienzo”»[52]. Solo el auxilio de Dios les hace capaces de vencer el repliegue sobre sí mismos y abrirse al “otro” mediante la entrega sincera —en la verdad— de sí mismos. Precisamente, tras la caída del principio, este es uno de los cometidos asignados por Dios al sacramento del matrimonio en relación con el amor conyugal, como señala el Concilio Vaticano II cuando afirma que «el Señor se ha dignado sanar, perfeccionar y elevar este amor con el don especial de la gracia y de la caridad»[53], como fruto salvífico de su obra redentora.

4. La disolución de la imagen del hombre

45. De dos corrientes, aparentemente contrapuestas, vienen las propuestas que distorsionan la consideración del hombre hecho «a imagen de Dios» y,

[49] Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 48.

[50] Cf. Conferencia Episcopal Española, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, nn. 53-54.

[51] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1606.

[52] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1608.

[53] Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 49; cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 13.



derivadamente, las imágenes del matrimonio y de la familia. Una y otra parten de un mismo principio: una injusta valoración de la corporalidad. No “pueden”, por eso, ver el amor entre el hombre y la mujer como un modelo para todo amor.

46. Para el espiritualismo, el papel que la sexualidad desempeña en ese amor comprometería la trascendencia y la gratuidad de las formas más elevadas de amor. Se piensa, sobre todo, que sería inapropiado asociarlo al amor divino. El ágape, fruto de la gracia, fundado en la fe y caracterizado por la oblación, no tendría nada que ver con el eros, relacionado con el cuerpo, proveniente del deseo de posesión y orientado a la autoafirmación. La contraposición entre eros y ágape recomendaría una reserva de principio a la propuesta de hacer del amor entre hombre y mujer el arquetipo de cualquier tipo de amor.

47. Esa reserva parecería también confirmada por el rechazo que proviene de la otra vertiente, de signo materialista, subyacente también en las teorías contemporáneas de “género”. Estas pretenden desvincular la sexualidad de las determinaciones naturales del cuerpo, hasta el punto de disolver el significado objetivo de la diferencia sexual entre hombre y mujer.

48. Se percibe fácilmente que detrás de estas corrientes, tan contrapuestas por sensibilidad y propósitos, hay un mismo denominador: una concepción antropológica dualista. En el caso del espiritualismo puritano porque la corporeidad se ve como un obstáculo para el amor espiritual. En las teorías de “género” porque el cuerpo queda reducido a materia manipulable para obtener cualquier forma de placer. A ello se asocia un individualismo que, precisamente porque rechaza reconocer los significados intrínsecos del cuerpo, no capta el valor del lenguaje de la corporalidad en las relaciones humanas.

49. Y es que cuando se debilita o se oscurece la imagen del ser humano, se oscurece también la imagen del matrimonio y de la familia. Se llega, incluso, a considerar esas instituciones como ataduras que coartan la espontaneidad de la vocación al amor. No es difícil constatar cómo la banalización de la sexualidad conduce a una percepción, al menos parcial y fragmentada, de la realidad del matrimonio y de la familia. Una perspectiva desde la que resulta poco menos que imposible percibir toda su belleza.

50. Nuestra intención, ahora, no es enumerar ni hacer un análisis de los factores que hayan podido intervenir en la deformación de la imagen del matrimonio

que existe en no pocos ámbitos de nuestra sociedad. Tampoco pretendemos poner de manifiesto los presupuestos metafísicos sobre los que se basa (entre otros, la negación de la condición creatural del ser humano). En cambio, queremos denunciar que detrás de esa visión obscurecida y fragmentada parece existir el influjo de algunos mensajes ideológicos y propuestas culturales, entre cuyos objetivos está, sobre todo, proponer la absolutización subjetivista de una libertad que, desvinculada de la verdad, termina por hacer de las emociones parciales la norma del bien y de la moralidad.

51. Los obispos españoles ya hemos hablado sobre esta progresiva disolución de los significados básicos de la institución matrimonial en nuestra sociedad. Nos hemos referido a la fragmentación con la que no pocos perciben los distintos significados de la sexualidad[54]. Pero es en la actualidad cuando se ha llegado a plantear la más radical de las separaciones, aquella que disocia radicalmente sexualidad y amor[55]. Nos referimos de manera particular a la propuesta de la llamada “ideología de género”[56].

a) La “ideología de género”

52. Los antecedentes de esta ideología hay que buscarlos en el feminismo radical y en los primeros grupos organizados a favor de una cultura en la que prima la despersonalización absoluta de la sexualidad. Este primer germen cobró cuerpo con la interpretación sociológica de la sexualidad llevada a cabo por el informe Kinsey, en los años cincuenta del siglo pasado. Después, a partir de los años sesenta, alentado por el influjo de un cierto marxismo que interpreta la relación entre hombre y mujer en forma de lucha de clases, se ha extendido ampliamente en ciertos ámbitos culturales. El proceso de “deconstrucción” de la persona, el matrimonio y la familia, ha venido después propiciado por filosofías inspiradas en el individualismo liberal, así como por el constructivismo y las corrientes freudo-marxistas. Primero se postuló la práctica de la sexualidad sin la apertura al don de los hijos: la

[54] Cf. Conferencia Episcopal Española, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, n. 16.

[55] Cf. *Ibíd.*, n. 31.

[56] Sobre la que llamamos la atención en: Conferencia Episcopal Española, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, nn. 33-34; Conferencia Episcopal Española, *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, n. 11.

anticoncepción y el aborto. Después, la práctica de la sexualidad sin matrimonio: el llamado “amor libre”. Luego, la práctica de la sexualidad sin amor. Más tarde la “producción” de hijos sin relación sexual: la llamada reproducción asistida (fecundación in vitro, etc.). Por último, con el anticipo que significó la cultura unisex y la incorporación del pensamiento feminista radical, se separó la “sexualidad” de la persona: ya no habría varón y mujer; el sexo sería un dato anatómico sin relevancia antropológica. El cuerpo ya no hablaría de la persona, de la complementariedad sexual que expresa la vocación a la donación, de la vocación al amor. Cada cual podría elegir configurarse sexualmente como desee.

53. Así se ha llegado a configurar una ideología con un lenguaje propio y unos objetivos determinados, de los que no parece estar ausente la intención de imponer a la sociedad una visión de la sexualidad que, en aras de un pretendido “liberacionismo”, “desligue” a las personas de concepciones sobre el sexo, consideradas opresivas y de otros tiempos.

— Descripción de la ideología de género

54. Con la expresión “ideología de género” nos referimos a un conjunto sistemático de ideas, encerrado en sí mismo, que se presenta como teoría científica respecto del “sexo” y de la persona. Su idea fundamental, derivada de un fuerte dualismo antropológico, es que el “sexo” sería un mero dato biológico: no configuraría en modo alguno la realidad de la persona. El “sexo”, la “diferencia sexual” carecería de significación en la realización de la vocación de la persona al amor. Lo que existiría —más allá del “sexo” biológico— serían “géneros” o roles que, en relación con su conducta sexual, dependerían de la libre elección del individuo en un contexto cultural determinado y dependiente de una determinada educación[57].

55. “Género”, por tanto, es, según esta ideología un término cultural para indicar las diferencias socioculturales entre el varón y la mujer. Se dice, por eso, que es necesario distinguir entre lo que es “dado” por la naturaleza biológica (el “sexo”) y lo que se debe a las construcciones culturales “hechas” según los roles o tareas

[57] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo (31.VII.2004), n. 2: «La diferencia corpórea, llamada sexo, se minimiza, mientras la dimensión estrictamente cultural, llamada género, queda subrayada al máximo y considerada primaria».

que cada sociedad asigna a los sexos (el “género”). Porque –según se afirma–, es fácil constatar que, aunque el sexo está enraizado en lo biológico, la conciencia que se tiene de las implicaciones de la sexualidad y el modo de manifestarse socialmente están profundamente influidos por el marco sociocultural.

56. Se puede decir que el núcleo central de esta ideología es el “dogma” pseudocientífico según el cual el ser humano nace “sexualmente neutro”. Hay –sostienen– una absoluta separación entre sexo y género. El género no tendría ninguna base biológica: sería una mera construcción cultural. Desde esta perspectiva la identidad sexual y los roles que las personas de uno y otro sexo desempeñan en la sociedad son productos culturales, sin base alguna en la naturaleza. Cada uno puede optar en cada una de las situaciones de su vida por el género que desee, independientemente de su corporeidad. En consecuencia, “hombre” y “masculino” podrían designar tanto un cuerpo masculino como femenino; y “mujer” y “femenino” podrían señalar tanto un cuerpo femenino como masculino. Entre otros “géneros” se distinguen: el masculino, el femenino, el homosexual masculino, el homosexual femenino, el bisexual, el transexual, etc. La sociedad atribuiría el rol de varón o de mujer mediante el proceso de socialización y educación de la familia. Lo decisivo en la construcción de la personalidad sería que cada individuo pudiese elegir sobre su orientación sexual a partir de sus preferencias. Con esos planteamientos no puede extrañar que se “exija” que a cualquier “género sexual” se le reconozcan los mismos derechos. De no hacerlo así, sería discriminatorio y no respetuoso con su valor personal y social.

57. Sin necesidad de hacer un análisis profundo, es fácil descubrir que el marco de fondo en el que se desenvuelve esta ideología es la cultura “pansexualista”. Una sociedad moderna –se postula– ha de considerar bueno “usar el sexo” como un objeto más de consumo. Y si no cuenta con un valor personal, si la dimensión sexual del ser humano carece de una significación personal, nada impide caer en la valoración superficial de las conductas a partir de la mera utilidad o la simple satisfacción. Así se termina en el permisivismo más radical y, en última instancia, en el nihilismo más absoluto. No es difícil constatar las nocivas consecuencias de este vaciamiento de significado: una cultura que no genera vida y que vive la tendencia cada vez más acentuada de convertirse en una cultura de muerte[58].

[58] Cf. Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, n. 12.

— Difusión de la ideología de género

58. Conocidos son los caminos que han llevado a la difusión de esta manera de pensar. Uno de las más importantes ha sido la manipulación del lenguaje. Se ha propagado un modo de hablar que enmascara algunas de las verdades básicas de las relaciones humanas. Es lo que ha ocurrido con el término “matrimonio”, cuya significación se ha querido ampliar hasta incluir bajo esa denominación algunas formas de unión que nada tienen que ver con la realidad matrimonial. De esos intentos de deformación lingüística forman parte, por señalar solo algunos, el empleo, de forma casi exclusiva, del término “pareja” cuando se habla del matrimonio; la inclusión en el concepto de “familia” de distintos “modos de convivencia” más o menos estables, como si existiese una especie de “familia a la carta”; el uso del vocablo “progenitores” en lugar de los de “padre” y “madre”; la utilización de la expresión “violencia de género” y no la de “violencia doméstica” o “violencia en el entorno familiar”, expresiones más exactas, ya que de esa violencia también son víctimas los hijos.

59. Esa ideología, introducida primero en los acuerdos internacionales sobre la población y la mujer, ha dado lugar después a recomendaciones por parte de los más altos organismos internacionales y de ámbito europeo que han inspirado algunas políticas de los Estados. Da la impresión de que, como eco de esas recomendaciones, se han tomado algunas medidas legislativas a fin de “imponer” la terminología propia de esta ideología. Constatamos con dolor que también en nuestra sociedad los poderes públicos han contribuido, no pocas veces, con sus actuaciones a esa deformación.

60. No se detiene, sin embargo, la estrategia en la introducción de dicha ideología en el ámbito legislativo. Se busca, sobre todo, impregnar de esa ideología el ámbito educativo. Porque el objetivo será completo cuando la sociedad –los miembros que la forman– vean como “normales” los postulados que se proclaman. Eso solo se conseguirá si se educa en ella, ya desde la infancia, a las jóvenes generaciones. No extraña, por eso, que, con esa finalidad, se evite cualquier formación auténticamente moral sobre la sexualidad humana. Es decir, que en este campo se excluya la educación en las virtudes, la responsabilidad de los padres y los valores espirituales, y que el mal moral se circunscriba exclusivamente a la violencia sexual de uno contra otro.

61. Como pastores, hemos denunciado el modo de presentar la asignatura de “Educación para la ciudadanía”[59]. También hemos querido hacer oír nuestra voz ante las exigencias que se imponen, en materia de educación sexual, en la “Ley de salud reproductiva e interrupción voluntaria del embarazo”[60]. Vemos con dolor, sin embargo, que las propuestas de la “ideología de género”, llevadas a la práctica en programas de supuesta educación sexual, se han agudizado y extendido recientemente; no pocas veces facilitadas, cuando no promovidas, por la autoridad competente a la que ha sido confiada la custodia y promoción del bien común. Son medidas que, además de no respetar el derecho que corresponde a los padres como primeros y principales educadores de sus hijos, contradicen los principios irrenunciables del Estado de derecho: la libertad de las personas a ser educadas de acuerdo con sus convicciones religiosas y el bien que encarna toda vida humana inocente.

b) Más allá de la “ideología de género”

62. La concepción constructivista del sexo, propia de la “ideología del género”, es asumida y prolongada por las teorías “queer” (raro). Sobre la base de que el “género” es “performativo” y se construye constantemente, proclaman que su identidad es variable, dependiendo de la voluntad del sujeto. Este presupuesto, que lleva necesariamente a la disolución de la identidad sexual y de género, conduce también a defender su transgresión permanente. Subvertir el orden establecido, convertir el “genero” en parodia –se afirma– es el camino para construir la nueva sexualidad, acabar con el sexo y establecer un nuevo orden a la medida de las transgresiones.

63. Para alcanzar ese propósito las teorías “queer” abogan por la destrucción de lo que denominan orden “heteronormativo”, se apoye o no en la corporalidad. La idea sobre la sexualidad y los modos o prácticas sexuales no pueden en ningún caso estar sometidos a una normativa, que, por eso mismo, sería excluyente. Cuanto se refiere al sexo y al “género” pertenece exclusivamente a la voluntad variable y

[59] Cf. Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, Nueva declaración sobre la Ley Orgánica de Educación (LOE) y sus desarrollos: profesores de Religión y “Ciudadanía” (20.VI.2007).

[60] Cf. Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, Declaración sobre el anteproyecto de “Ley del aborto”: atentar contra la vida de los que van a nacer, convertido en “derecho” (17.VI.2009).

cambiante del sujeto. No debe extrañar, por eso, que estas teorías conduzcan inevitablemente al aislamiento y enclaustramiento de la persona, se centren casi exclusivamente en la reivindicación de los derechos individuales y la transformación del modelo de sociedad recibido. Las prácticas sexuales transgresivas se ven, en consecuencia, como armas de poder político.

64. En esta misma línea se encuadra también la llamada teoría del “cyborg” (organismo cibernético, híbrido de máquina y organismo), entre cuyos objetivos está, como paso primero, la emancipación del cuerpo: cambiar el orden significativo de la corporalidad, eliminar la naturaleza. Se trata de ir a una sociedad sin sexos y sin géneros, en la que el ideal del “nuevo” ser humano estaría representado por una hibridación que rompiera la estructura dual hombre–mujer, masculino–femenino. Una sociedad, por tanto, sin reproducción sexual, sin paternidad y sin maternidad. La sociedad así construida estaría confiada únicamente a la ciencia, la biomedicina, la biotecnología y la ingeniería genética. El origen y final del existir humano se debería solo a la acción de la ciencia y de la tecnología, las cuales permitirían lograr ese transhumanismo en el que quedaría superada su propia naturaleza (posthumanismo).

65. Debajo, como fundamento de esta deconstrucción del cuerpo, hay un pensamiento materialista y radical, en definitiva inhumano. Inhumano, porque se niega la diferencia esencial entre el ser humano y el animal. Después, porque se niega esa misma diferencia entre los organismos animales-humanos y las máquinas. Y, por último, porque tampoco se admite esa separación esencial entre lo físico y lo “no físico” o espacio cibernético virtual. La dignidad de la persona se degrada hasta el punto de ser rebajada a la condición de cosa u objeto totalmente manipulable. La corporalidad, según esta teoría, no tendría significado antropológico alguno. Y por eso mismo carecería también de significado teológico. La negación de la dimensión religiosa es el presupuesto necesario para poder construir el modelo de hombre y la construcción de la sociedad que se intentan. No es arriesgado afirmar que esta teoría lleva a una idea inhumana del hombre, porque, arrastrada por su concepción del mundo, absolutamente materialista, laicista y radical, es incapaz de reconocer cualquier referencia a Dios.

c) La falta de la ayuda necesaria

66. La falta de un suficiente apoyo al matrimonio y la familia que advertimos en nuestra sociedad se debe, en gran parte, a la presencia de esas ideologías en las

políticas sobre la familia. Aparece en distintas iniciativas legislativas que se han realizado en los últimos años. Si exceptuamos algunas ayudas económicas coyunturales, no solo han ignorado el matrimonio y la familia, sino que los han “penalizado”, hasta dejar de considerarlos pilares claves de la construcción social.

67. El matrimonio ha sufrido una desvalorización sin precedentes. La aplicación del popularmente denominado “divorcio exprés” —es solo un ejemplo—, que lo ha convertido en uno de los “contratos” más fáciles de rescindir, indica que la estabilidad del matrimonio no se ve como un bien que haya que defender. Se considera, por el contrario, como una atadura que coarta la libertad y espontaneidad del amor. No cuentan el dolor y el sufrimiento que quienes se divorcian se causan a sí mismos y sobre todo a los hijos cuando, ante los problemas y dificultades que pudieron surgir, se procede con precipitación irreflexiva y se opta por la ruptura de la convivencia. Lo único que importa entonces es una solución “técnico-jurídica”.

68. Una muestra clara de la desprotección y falta de apoyo a la familia ha sido la legislación sobre la situación de las menores de edad que quieren abortar sin el consentimiento de los padres. Es evidente que el aborto provocado, con o sin el consentimiento de los padres, es un ataque directo al bien fundamental de la vida humana. Nunca puede afirmarse como un derecho. Siempre es gravemente inmoral y debe ser calificado como un «crimen abominable»[61]. Pero llama poderosamente la atención que, a diferencia de las graves restricciones que nuestras leyes imponen a los menores en el uso del tabaco o del alcohol, se promuevan, en cambio, otras leyes que fomentan un permisivismo casi absoluto en el campo de la sexualidad y del respeto a la vida, como si el actuar sobre esos campos fuera irrelevante y no afectara para nada a la persona. De todos son conocidas las consecuencias del aborto para la mujer y la extensión del síndrome postaborto. La experiencia de lo que ha ocurrido con la facilitación del acceso de las menores a la “píldora del día siguiente” habla suficientemente de los resultados a los que se puede llegar con la referida ley sobre el aborto. En contra de lo que el legislador decía prever al promulgar la ley, el aborto no solo no ha disminuido, sino que se ha generalizado.

69. Los ejemplos aducidos permiten concluir que, más allá de las declaraciones de buenas intenciones, no hay, en las políticas que se hacen en nuestro país, un reconocimiento suficiente del valor social del matrimonio y la familia. En cambio, sí se observa una creciente revalorización de uno y otra —a pesar de la presión en

[61] Cf. *Gaudium et spes*, n. 51.

contra— por parte de la sociedad. Y eso es, indudablemente, un argumento firme para la esperanza. Nuestros gobernantes deberían escuchar las voces de la sociedad y adoptar las medidas oportunas para otorgar a esas instituciones una protección eficaz. Es evidente, sin embargo, que las medidas que se adopten solo serán útiles si, superando las visiones ideológicas, se centran en la ayuda a la mujer gestante y en la promoción del matrimonio y la familia como realidades naturales.

70. Con frecuencia la Iglesia católica se siente sola en la defensa de la vida naciente y terminal; sin embargo, en este sentido hemos tenido recientemente una buena noticia en el ámbito civil europeo, una luz en medio de la cultura de la muerte: el Tribunal de Justicia de la Unión Europea ha dictado una sentencia[62] que prohíbe patentar los procedimientos que utilicen células madre embrionarias humanas; se decide también que todo óvulo humano, a partir de la fecundación, deberá considerarse un “embrión humano”[63]. Se desmonta así la falsa e ideológica distinción entre embrión y pre-embrión; esta sentencia rebate los fundamentos sobre los que se han promovido al menos cuatro normas legales en España: la del aborto, la de reproducción asistida, la de investigación biomédica y la que permite la dispensación de la “píldora del día después”.

d) Reacción ante la disolución de significados

71. El camino primero e imprescindible para salir al paso de las consecuencias de esta ideología de género, tan contrarias a la dignidad de las personas, será el testimonio de un amor humano verdadero vivido en una sexualidad integrada. Una tarea que, siendo propia y personal de todos y cada uno de los miembros de la

[62] Sentencia del Tribunal de Justicia (Gran Sala) de 18 de octubre de 2011. En el mismo sentido, es también una buena noticia que la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, en su sesión del 25 de enero de 2012, aprobara la resolución 1859 (2012) con el título de: “Proteger los derechos y la dignidad humana en consideración a los deseos previamente expresados por los pacientes”. De acuerdo con esta resolución «la eutanasia, en el sentido de la muerte intencional, por acción u omisión, de un ser humano en función de su presunto beneficio, debe ser prohibida siempre». Esta decisión ratifica otras previas del mismo Consejo, como la del 25 de abril de 2005. De esta forma se mantiene vigente la Recomendación 1418, que defiende que la eutanasia contraviene la Convención Europea de los Derechos Humanos.

[63] Además se incluye en el mismo contexto a los embriones procedentes de trasplante nuclear (una técnica que está autorizada en España por la Ley de Reproducción Asistida de 2006) y los óvulos no fecundados estimulados para dividirse y desarrollarse por partenogénesis.

sociedad, corresponde de un modo muy particular a los matrimonios y familias. Porque son ellos, sobre todo, los que, con el testimonio de sus vidas, harán creíbles a quienes les contemplan la belleza del amor que viven y les une. Nunca se debe olvidar que en todo corazón humano anidan unos anhelos que despiertan siempre ante el bien y la verdad.

72. Se hace necesario, además, recuperar por parte de todos –poderes públicos, docentes, educadores, medios de comunicación, etc.– un lenguaje que sepa distinguir realidades que, por ser diferentes, nunca pueden equipararse. Hay que emplear una terminología y unas formas de expresión que transmitan con claridad y sin ambigüedades lo que realmente son el matrimonio y la familia. De esa manera, con la proposición de la verdad, se contribuirá a descubrir con mayor facilidad la falsedad de los mensajes que se difunden a veces en torno a la sexualidad y el sentido personal de vivirla.

73. Como garantes y promotores del bien común, los gobernantes no deberían dejarse guiar, en la gestión de lo público y social, por la voluntad subjetiva de grupos de presión, pequeños o grandes, fuertemente ideologizados y que solo buscan intereses particulares. Menos aún si el afán que les mueve es construir una sociedad sobre la base de una “ingeniería” que destruye los fundamentos mismos de la sociedad. Por otra parte, el cuidado del bien común, que contempla siempre la tutela de las minorías, exige que, una vez protegidos y promovidos los derechos fundamentales, la atención se centre de un modo muy particular en la solución de los problemas y cuestiones que afectan a la mayoría de los ciudadanos. Entre ellos no está, ciertamente, los que se refieren a la llamada “ideología de género”.

74. En el caso de leyes que no respetaran el bien común, correspondería a todos y cada uno de los miembros de la sociedad hacer notar su disconformidad. Eso, sin embargo, nunca podrá hacerse de cualquier manera. Ese derecho y deber de denuncia, por tener como fundamento el bien común, siempre ha de ejercitarse dentro del respeto del bien que los justifica. Por lo que, si nos atenemos al caso de la legislación actual en España sobre el matrimonio, es un derecho y un deber de los ciudadanos mostrar su desacuerdo e intentar la modificación de la ley que redefine el matrimonio eliminando su contenido específico[64].

[64] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Consideraciones acerca de los proyectos de reconocimiento legal de las uniones entre personas homosexuales. Cf. Consejo Pontificio para la Familia, Carta de los derechos de la familia (22.X.1983).



75. Es necesario, una vez más, pedir que el papel insustituible de los padres en la educación de sus hijos sea reconocido a todos los niveles. Más, si cabe, en lo que se refiere al campo de la educación afectivo-sexual, tan relacionado con la intimidad de la persona. Es un derecho y un deber que al Estado corresponde garantizar, y que todos debemos reclamar. De manera particular en momentos como los que atravesamos, cuando nuestro sistema actual deja abierto al gobierno de turno la ideologización de los jóvenes en una sociedad que parece crecer en pasividad ante este asalto contra sus derechos legítimos[65].

76. Una respuesta activa por parte de los ciudadanos ante este tipo de situaciones contribuirá a un reforzamiento de la sociedad civil, capaz de expresar sus propias convicciones. Será además un modo de participar positivamente en el desarrollo de la sociedad que solo puede tener lugar si se basa adecuadamente en el bien común. Por eso mismo, en el servicio al bien común, los poderes públicos no pueden desatender esas reclamaciones justas de los ciudadanos, especialmente de los padres y familias en relación con la educación de sus hijos. No pueden caer en la tentación de hacer una política basada en ideologías que contradicen el bien de la persona, a cuyo servicio han de ordenarse siempre la autoridad y la sociedad.

e) «La esperanza no defrauda» (Rom 5, 5)

77. Detrás de la pretendida “neutralidad” de estas teorías se esconden dramas personales que la Iglesia conoce bien. Pero hemos de tener siempre viva la esperanza. El bien y la verdad, la belleza del amor, son capaces de superar todas las dificultades, por muchas y graves que sean.

78. La Iglesia, continuadora de la misión de Cristo, abre siempre su corazón y ayuda de madre y maestra a todos y cada uno de los hombres. Nadie puede sentirse excluido, tampoco quienes sienten atracción sexual hacia el mismo sexo.

79. Ciertamente el Magisterio de la Iglesia católica[66] enseña que es necesario distinguir entre las personas que sienten atracción sexual hacia el mismo

[65] Cf. Conferencia Episcopal Española, La escuela católica, oferta de la Iglesia en España para la educación en el siglo XXI (27.IV.2007).

[66] Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2357-2359.

sexo, la inclinación homosexual propiamente dicha («objetivamente desordenada»)[67] y los actos homosexuales («intrínsecamente desordenados»)[68]; además, en la valoración de las conductas hay que diferenciar los niveles objetivo y subjetivo[69]. Por eso, una vez más no podemos dejar de anunciar que los hombres y mujeres con atracción sexual hacia el mismo sexo «deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discriminación injusta»[70].

80. No termina ahí la expresión del respeto y estima que se debe a las personas como tales. Nadie debe quedar excluido de la comprensión y ayuda que pueda necesitar. Las personas con atracción sexual hacia el mismo sexo «deben ser acogidas en la acción pastoral con comprensión y deben ser sostenidas en la esperanza de superar sus dificultades personales»[71]. Con esa intención hacemos nuestras las palabras de la Congregación para la Doctrina de la Fe: «Los obispos deben procurar sostener con los medios a su disposición el desarrollo de formas especializadas de atención pastoral para las personas homosexuales. Esto podría incluir la colaboración de las ciencias psicológicas,

[67] La particular inclinación de la persona con atracción sexual hacia el mismo sexo, «aunque en sí no sea pecado, constituye sin embargo una tendencia, más o menos fuerte, hacia un comportamiento intrínsecamente malo desde el punto de vista moral. Por este motivo la inclinación misma debe ser considerada como objetivamente desordenada»: Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta sobre la atención pastoral a las personas homosexuales (1.X.1986), n. 3.

[68] Los actos sexuales entre personas del mismo sexo «“son intrínsecamente desordenados”. Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso»: Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2357; Cf. Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, n. 49.

[69] Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1735, 1749-1756, 1860.

[70] Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2358; «La “tendencia sexual” no constituye una cualidad comparable con la raza, el origen étnico, etc., respecto a la no discriminación. A diferencia de esas cualidades, la tendencia homosexual es un desorden objetivo (cf. Carta, n. 3) y conlleva una cuestión moral»: Congregación para la Doctrina de la Fe, *Algunas consideraciones concernientes a la Respuesta a propuestas de ley sobre la no discriminación de las personas homosexuales* (23.VII.1992), n. 10; cf. *ibíd.*, nn. 11-16.

[71] Congregación para la Doctrina de la Fe, *Declaración Persona humana* (29.XII.1975), n. 8.

sociológicas y médicas, manteniéndose siempre en plena fidelidad con la doctrina de la Iglesia»[72].

81. Más allá de los medios humanos actúa siempre la gracia del Espíritu Santo, cualquiera que sea la naturaleza del comportamiento que haya tenido lugar, con tal de que uno se arrepienta. Con esa decisión de fondo, si es sincera, se estará en disposición de renovar los esfuerzos por seguir adelante, a pesar de que la lucha resulte difícil e incluso no falten las recaídas: Como enseña el Apóstol, «la esperanza no defrauda» (Rom 5, 5).

5. Amor conyugal, institución y bien común

82. El amor humano y el bien de la persona están tan estrechamente relacionados que esta solo se realiza en la medida en que ama. A esa realización, sin embargo, solo sirve un amor verdadero, una relación interpersonal en la que las personas se valoran por lo que son. Por eso, si la relación tiene lugar a través del lenguaje propio de la sexualidad, solo se puede calificar como amor la relación que tiene lugar entre el hombre y la mujer unidos en el matrimonio. La institución matrimonial es, por tanto, una exigencia de la verdad del amor cuando se expresa en el lenguaje propio de la sexualidad. Y, como al bien del matrimonio está ligado el bien de la familia y a este el de la sociedad, defender y proteger la institución matrimonial es una exigencia del bien común. Consiste, en última instancia, en la promoción de una convivencia social sobre la base de unas relaciones de justicia que, por darse entre personas, solo lo son cuando se pueden describir como de amor.

83. «La institución del matrimonio no es una injerencia indebida de la sociedad o de la autoridad ni la imposición extrínseca de una forma, sino una exigencia interior del pacto de amor conyugal, que se confirma públicamente como único y

[72] Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta sobre la atención pastoral a las personas homosexuales, n. 17. – «Muchos casos, especialmente si la práctica de actos homosexuales no se ha enraizado, pueden ser resueltos positivamente con una terapia apropiada»: Pontificio Consejo para la Familia. Sexualidad humana: verdad y significado, n. 104; «Los padres, por su parte, cuando advierten en sus hijos, en edad infantil o en la adolescencia, alguna manifestación de dicha tendencia o de tales comportamientos, deben buscar la ayuda de personas expertas y cualificadas para proporcionarles todo el apoyo posible»: ibíd.

exclusivo, para que sea vivida así la plena fidelidad al designio de Dios Creador. Esta fidelidad, lejos de rebajar la libertad de la persona, la defiende contra el subjetivismo y el relativismo y la hace partícipe de la sabiduría creadora»[73]. Los elementos institucionales no coartan, sino que protegen y garantizan la libertad.

84. De la libertad de los que se casan depende que surja ese tipo de relación entre el varón y la mujer que se conoce como matrimonio. Pero en esa decisión están implicados unos bienes, cuya dignidad y naturaleza piden ser protegidas más allá de la voluntad de los individuos. Junto a otros motivos, además del bien de los hijos y de la sociedad, lo reclama también el bien de los que se casan –¡son personas!– que han de ser valorados siempre como un fin, nunca como un medio. La institución es una exigencia ético-antropológica requerida por la autenticidad del amor conyugal.

85. La dimensión social e institucional pertenece a la naturaleza misma del matrimonio. Su celebración reclama siempre un marco público. Nunca puede reducirse a un acuerdo meramente privado. «En concreto, el “sí” personal y recíproco del hombre y de la mujer abre el espacio para el futuro, para la auténtica humanidad de cada uno y, al mismo tiempo, está destinado al don de una nueva vida. Por eso, este “sí” personal no puede por menos de ser un “sí” también públicamente responsable, con el que los esposos asumen la responsabilidad pública de la fidelidad, que garantiza asimismo el futuro de la comunidad»[74].

86. Es entonces, cuando «el amor auténtico se convierte en una luz que guía toda la vida hacia su plenitud generando una sociedad habitable para el hombre»[75], cuando «la comunión de vida y amor que es el matrimonio se configura como un auténtico bien para la sociedad»[76]. Por eso, «evitar la confusión con los otros tipos de unión basados en un amor débil se presenta hoy con una especial urgencia. Solo la roca del amor total e irrevocable entre un hombre y una mujer es capaz de fundar la construcción de una sociedad que llegue a ser una casa para todos los hombres»[77].

[73] Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 11.

[74] Benedicto XVI, Discurso de apertura de la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma (6.VI.2005).

[75] Benedicto XVI, Discurso con ocasión del XXV aniversario de la fundación del Pontificio Instituto Juan Pablo II para los Estudios sobre el Matrimonio y la Familia (11.V.2006).

[76] Benedicto XVI, *ibíd.*

[77] Benedicto XVI, *ibíd.*

a) *La “trampa” de la emotividad en un mundo utilitarista*

87. Cuando se parte de una idea de libertad como mera espontaneidad, sin otro compromiso que el que se funda en las emociones, el vínculo matrimonial aparece como un estorbo y su estabilidad como la “cárcel” del amor. Una concepción del amor conyugal que lo desvinculara de todo orden normativo haría, por eso mismo, que ya no fuera verdadero, pues pertenece a la naturaleza humana no ser simplemente naturaleza, sino tener historia y derecho, precisamente con el fin de ser natural.

88. No es difícil constatar las consecuencias a que llevaría la concepción “romántica” y subjetivista del amor conyugal. Si se ignorara o no se apoyara en la roca firme del compromiso de la voluntad racional protegida por la institución, el amor estaría sometido al vaivén de las emociones, efímeras por naturaleza; se derrumbaría más pronto que tarde; no tendría base; se habría edificado sobre algo tan movedizo como la arena (cf. Mt 7, 24-27). Entonces los esposos, cuando surgieran los problemas, se verían envueltos en un proceso de enfrentamiento que les llevaría a concluir fácilmente que había muerto el amor, y que la separación o ruptura se hacían inevitables. Se habría confundido la emoción con el amor, lo cual les haría incapaces para encontrar la solución.

89. Inseparable de esta interpretación romántica del amor conyugal, al menos en parte, se ha difundido también una “privatización” del amor que ha perdido su reconocimiento social. No se ve en el amor la capacidad de implicar a los hombres en la realización de un bien común relevante para las personas. A ello se refería Benedicto XVI cuando, en la encíclica *Caritas in veritate*, hablaba de la pérdida que esto supone para una sociedad que quiera ser auténticamente humana[78].

90. Un amor percibido solo como emoción o como un asunto meramente privado queda despojado a priori de cualquier significado que pueda ser comunicado a los demás. Con esa lógica solo interesa la valoración utilitarista. Las personas dejan de ser afirmadas por sí mismas. Se ven solo como objetos de producción y de consumo. Es lo que sucede en una sociedad que valora únicamente las relaciones sexuales interpersonales por la utilidad que reportan o el grado de satisfacción que producen. El lenguaje de la sexualidad deja de ser significativo. Carece de un

[78] Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 2.

valor por el que tiene sentido comprometer la libertad. Así lo confirma la banalización de la sexualidad, que conduce a la triste situación de «tantos jóvenes envejecidos, desgastados por experiencias superficiales y para los que el amor humano verdadero es una empresa casi imposible»[79].

b) La injusticia de una institución “a la carta”

91. La justificación de los actos por sus consecuencias o por la ponderación de los resultados previstos parece ser uno de los principales principios, supuestamente éticos, preponderantes en los ámbitos públicos en la sociedad actual[80]. Una perspectiva que lleva al relativismo moral. Todo vale, si sirve para conseguir el objetivo que se intenta. Las acciones, políticas o económicas, se valoran sin tener en cuenta la naturaleza de los medios que se emplean. El relativismo se acrecienta si la determinación de la verdad y de la bondad de los resultados que se buscan se confía a las instancias del poder o las decisiones de los particulares –mayorías o minorías–, y no se fundamenta en la naturaleza de las cosas. La consecuencia es una sociedad adormecida. Afectada por una profunda crisis moral, carece de los criterios que le ayuden a reaccionar y defender valores tan básicos para el bien común como el matrimonio y la familia. Puede ser que no se niegue e, incluso, se defienda la necesidad de esas instituciones, pero se las vacía de contenido, por lo que cabe cualquier forma de convivencia y todo tipo de uniones.

92. Los procedimientos democráticos, tan importantes y necesarios en la construcción y desarrollo de la convivencia social, no determinan, por sí mismos, la verdad y la bondad del matrimonio y de la familia. «Hay quien piensa que la referencia a una moral objetiva, anterior y superior a las instituciones democráticas, es incompatible con una organización democrática de la sociedad y de la convivencia»[81]. Pero no es así. Por encima y con anterioridad a las decisiones de los que se casan y de la sociedad, existen una verdad y derecho superior, enraizados en la

[79] Cf. Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II (30.III.2006), n. 63. Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota sobre la banalización de la sexualidad a propósito de algunas lecturas de “Luz del mundo”, (22.XII.2010).

[80] Cf. Juan Pablo II, *Veritatis splendor* (6.VIII.1993), nn. 74-75.

[81] Conferencia Episcopal Española, Orientaciones morales ante la situación actual de España (23.XI.2006), n. 52.

humanidad del hombre y de la mujer, en su condición personal y social, en la de sus hijos y de la sociedad. Cualquiera es capaz de advertir que las instituciones del amor conyugal y familiar son indispensables en la consecución del bien común.

93. La aceptación de la idea, tan extendida en nuestra sociedad, de que el amor conyugal nada o muy poco tiene que ver con las normas sociales, responde a una concepción que separa el amor y la justicia[82]. Algunos llegan a sostener que el amor y la institución son de tal manera incompatibles que el amor no puede nacer ni desarrollarse si las relaciones que se establecen están presididas por la justicia. Con ese pensamiento es imposible percibir que el amor es fuente de obligaciones y conformador de vínculos estables. Por eso —se dice— el amor no puede ser “comprometido”. La institución del matrimonio sería la “cárcel” del amor. La fidelidad matrimonial, una esclavitud.

94. La verdad, sin embargo, es que, en las relaciones entre personas, el amor y la justicia se reclaman hasta el punto que uno y otra se afirman o se niegan a la vez y al mismo tiempo. En las relaciones interpersonales, la justicia en su empeño por dar a cada uno lo suyo, reconoce el valor personal del prójimo como un ser digno de ser amado. Una justicia separada del amor corre el peligro de ser inhumana o meramente formal, vacía. Se reduce a ser una simple reclamación de derechos, que se hacen coincidir, cada vez más, con los propios intereses, sin referencia alguna a los deberes correspondientes. Como recuerda Benedicto XVI, «es importante urgir una nueva reflexión sobre los deberes que los derechos presuponen, y sin los cuales estos se convierten en algo arbitrario»[83].

95. La naturaleza y sentido de la justicia se diluyen cuando se parte de una idea meramente legalista de la misma. Como si lo “justo” dependiera exclusivamente de lo que en cada momento decidiera la autoridad o la mayoría, y la legalidad de una acción fuera la única garantía de su justicia, sin relación alguna con la naturaleza de las cosas. De este modo la moralidad se reduciría a una simple “corrección política”, sometida, por principio, a presiones partidistas de muy corto alcance.

96. El amor conyugal y la institución matrimonial son realidades que no se pueden separar. Si faltara el amor verdadero en la relación de los que se casan, el discurrir de sus vidas no se desarrollaría en conformidad con su digni-

[82] Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, nn. 26-29.

[83] Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 43.

dad de personas. Y sin la garantía de la institución, la libertad con la que se entregan y relacionan no respondería a la verdad, porque faltaría el compromiso de fidelidad, condición absolutamente necesaria de la verdad de su amor. La institución matrimonial es algo tan necesario para el amor conyugal que este no puede darse sin aquella.

c) El matrimonio y la familia, elementos esenciales del bien común

97. «El orden justo de la sociedad y del Estado –recuerda Benedicto XVI– es una tarea principal de la política»[84]. Su promoción es responsabilidad de los gobiernos, cuyo servicio al bien común fundamenta la autoridad de que gozan[85]. Sobre todos y cada uno de los que formamos la sociedad recae, ciertamente, la responsabilidad de contribuir y velar por el bien común. Cada uno debe hacerlo según las posibilidades de que disponga[86]. Pero esa responsabilidad incumbe sobre todo, y en primer lugar, a quienes desempeñan las funciones de gobierno en la sociedad. De manera muy particular cuando se trata de los bienes sociales sobre los que se asienta la existencia y desarrollo de la sociedad.

98. El bien común se identifica, a veces, con el reparto de los bienes de consumo. Es lo que ocurre si se mide tan solo desde la perspectiva del “bienestar”, que se hace coincidir, sin más, con la posesión de esos bienes. La promoción del bien común consistiría en procurar la mayor cantidad posible de bienes de consumo para el mayor número de personas. El deseo es, sin duda, loable. Pero conlleva una visión tan pobre y corta de lo que es el verdadero bien común que, si no se corrige, terminará por anestesiar la conciencia moral de la sociedad. Porque se percibirán con dificultad valores tan fundamentales para la vida en sociedad como la generosidad solidaria, la honradez en las relaciones comerciales, etc.; y en el ámbito familiar, el respeto a la vida de todo ser humano, el derecho a la libertad de los padres a la educación de sus hijos, etc. En nombre del “bienestar” se buscarán razones para imponer unos procedimientos y modos de hacer que sustituyan a las personas, a las que, en cierta manera, se considera “menores de edad”.

[84] Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 28.

[85] Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 36: «Debe estar ordenada a la consecución del bien común, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política».

[86] Cf. Juan Pablo II, *Christifideles laici* (30.XII.1988), n. 42



99. Al verdadero bien común, en cambio, conduce el empeño por «comprometerse en la realización de un auténtico desarrollo humano integral inspirado en los valores de la caridad en la verdad»[87]. Sobre esta perspectiva, que hace posible percibir con suficiente claridad la enorme contribución de la familia al bien común de la sociedad, se asientan –aunque no solo sobre ella– las enseñanzas de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia. «La Iglesia nos enseña a respetar y promover la maravillosa realidad del matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, que es, además, el origen de la familia. Por eso, reconocer y ayudar a esta institución es uno de los mayores servicios que se pueden prestar hoy en día al bien común y al verdadero desarrollo de los hombres y de las sociedades, así como la mejor garantía para asegurar la dignidad, la igualdad y la verdadera libertad de la persona humana»[88].

— Promoción social del matrimonio y de la familia

100. El matrimonio y la familia son bienes tan básicos para la sociedad que, además de ser reconocidos formalmente, requieren la debida promoción social. Son instituciones que, por su misma naturaleza, estructuran y dan consistencia a las relaciones de los miembros de la sociedad; y esto no solo en momentos de crisis o desamparo, como son los tiempos actuales que nos ha tocado vivir. Con Benedicto XVI afirmamos que «las condiciones de la vida han cambiado mucho y con ellas se ha avanzado enormemente en ámbitos técnicos, sociales y culturales. No podemos contentarnos con estos progresos. Junto a ellos deben estar siempre los progresos morales, como la atención, protección y ayuda a la familia, ya que el amor generoso e indisoluble de un hombre y una mujer es el marco eficaz y el fundamento de la vida humana en su gestación, en su alumbramiento, en su crecimiento y en su término natural»[89].

101. Cuando la promoción del bien común está en juego, la acción política no ha de orientarse a discutir sobre propuestas ideológicas, subjetivas en gran medida e impuestas por pequeñas minorías sometidas a grupos de presión. Se ha de dirigir a reconocer los bienes objetivos y su repercusión real en la vida de los hom-

[87] Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 67.

[88] Benedicto XVI, Homilía en el Encuentro con las familias en Valencia (9.VII.2006).

[89] Benedicto XVI, Homilía en la consagración del templo expiatorio de la Sagrada Familia (7.XI.2010).

bres. Porque no todas las instituciones, incluidas las que se fundamentan en la verdad, en la dignidad de las personas, aportan en el mismo grado bienes a la sociedad. Es necesario distinguir y discernir, en cada caso, la naturaleza y transcendencia del papel que desempeñan en la construcción real de la sociedad. Equivocarse en este aspecto provocaría también consecuencias sociales muy negativas en la vida de las personas[90].

102. El matrimonio, es decir, la alianza que se establece para siempre entre un solo hombre y una sola mujer, y que es ya el inicio de la familia, ayuda a que la sociedad reconozca, entre otros bienes, el de la vida humana por el simple hecho de serlo; la igualdad radical de la dignidad del hombre y de la mujer; la diferenciación sexual como bien y camino para el enriquecimiento y maduración de la personalidad, etc. Son todos bienes importantes e inciden decisivamente en la realización de las personas y en el bien de la sociedad. Ahora, sin embargo, queremos subrayar muy particularmente la contribución que la institución matrimonial aporta a la promoción de la dignidad de la mujer.

— Dignidad del hombre y de la mujer

103. Ya como institución natural, el matrimonio exige y comporta la igualdad entre los que se casan. Ni el varón es más que la mujer, ni esta es menos que aquel. Aunque diferentes, poseen, como personas, la misma dignidad. Una visión que tratara de eliminar esa diferenciación supondría, por eso mismo, la negación de la igualdad y haría coincidir la realización de la masculinidad o de la feminidad en una imitación del otro sexo, que se estimaría como superior. San Pablo no niega esa igualdad de la mujer con el marido, cuando hablando del matrimonio cristiano, dice que «las mujeres sean sumisas a sus maridos como al Señor; (...) como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo» (Ef 5, 22.24). Estas palabras han de interpretarse acertadamente. Poco antes, en efecto, el Apóstol afirma que uno y otra, todos hemos de

[90] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Consideraciones acerca de los proyectos de reconocimiento legal de las uniones entre personas homosexuales, n. 9: «Dado que las parejas matrimoniales cumplen el papel de garantizar el orden de la procreación y son por lo tanto de eminente interés público, el derecho civil les confiere un reconocimiento institucional. Las uniones homosexuales, por el contrario, no exigen una específica atención por parte del ordenamiento jurídico, porque no cumplen dicho papel para el bien común».

ser «sumisos unos a otros en el temor de Cristo» (Ef 5, 21). Y en otro lugar afirma que entre los «bautizados (...) no hay ya (...) hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 27-28). Esta sumisión recíproca, de la mujer al marido y de este a la mujer, es propia del amor esponsal[91]; pertenece al amor entre Cristo y la Iglesia, del que el amor de los esposos es participación sacramental.

104. Proclamar la igual dignidad del hombre y de la mujer es una exigencia antropológica. Esa es también la enseñanza de la Iglesia. Ello, sin embargo, no conlleva la negación de que uno y otra sean diferentes. Al contrario, el reconocimiento de esa diferenciación es del todo necesario; es uno de los valores fundamentales de la salud de la sociedad; se percibe fácilmente si se tiene en cuenta que el respeto a la condición masculina o femenina es exigencia de la dignidad propia de cada sexo. Ser hombre o ser mujer es inseparable de la persona, como realidad viviente[92]. Por eso, entre otras cosas, se debe reconocer y fomentar el papel de la mujer en la sociedad, la riqueza del genio femenino en la configuración del tejido social[93]. Hoy hay que destacar también la defensa de la misión del hombre como esposo y padre dentro del matrimonio y la familia, ya que la influencia cultural ha propiciado, en amplias parcelas jurídicas, que se menoscaben los derechos de este. Hacer consistir la realización y perfección personal de la mujer en la reproducción mimética del modelo masculino conduciría a pérdidas irreparables para la mujer y para la sociedad. La dignidad de la mujer dependería de algo tan variable como la aceptación que su trabajo tuviera en el entorno social. Y la maternidad se concebiría como un obstáculo en la promoción de la mujer. De la misma forma, el oscurecimiento de la identidad propia del hombre como esposo o padre es también, además de injusto, perjudicial para el mismo bien de las familias y de la sociedad entera.

[91] Cf. Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, n. 24.

[92] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo, n. 5: «El objetivo es, en efecto, permitir que la vida de Adán no se convierta en un enfrentarse estéril, y al cabo mortal, solamente consigo mismo. Es necesario que entre en relación con otro ser que se halle a su nivel. Solamente la mujer, creada de su misma «carne» y envuelta por su mismo misterio, ofrece a la vida del hombre un porvenir. Esto se verifica a nivel ontológico, en el sentido de que la creación de la mujer por parte de Dios caracteriza a la humanidad como realidad relacional».

[93] Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 23; Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, n. 22: «No se puede lograr una hermenéutica del hombre, es decir, de lo que es “humano”, sin una adecuada referencia a lo que es “femenino”».

— La familia, escuela de humanidad

105. Otro de los grandes bienes que la familia aporta a la sociedad es la contribución a la formación de los ciudadanos en los valores esenciales de la libertad, la justicia y el amor. Son los pilares sobre los que se asienta el camino que conduce al bien común. En la familia se inicia y se desarrolla ese ideal educativo, que, al realizarse teniendo como referente la existencia de la familia como comunión de personas, ayuda sobremanera a valorar a los demás de acuerdo con su dignidad. Por eso, la familia es la primera escuela de socialización, el medio más adecuado para que la persona se inserte adecuadamente en el entramado de las relaciones sociales. En la familia se transmite parte importante de ese ingente conjunto de contenidos básicos de la vida que se denomina “tradición”[94], la riqueza de sabiduría que se nos ha entregado a modo de herencia preciosa y que solo desde una recepción agradecida puede comprenderse en la totalidad de su valor[95].

106. Hemos de afirmar con renovado vigor que la familia –como comunidad específica constituida por padre, madre e hijos– es un “capital social” de la mayor importancia, que requiere ser promovido política y culturalmente. Se responde así a una realidad incuestionable[96], a un derecho humano básico; y también al deseo de la sociedad, que, en su inmensa mayoría, valora acertadamente a la familia bien constituida como uno de los bienes fundamentales que se deben proteger. «La familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad, y nada la puede suplir totalmente»[97].

d) Reconocer lo diferente es justicia, no discriminación

107. Porque el matrimonio y la familia son instituciones fundamentales en la promoción del bien común, el legislador ha de dictar leyes que favorezcan su existencia y desarrollo. Y eso exige, en primer lugar, que las disposiciones que se adopten no contribuyan a diluir la realidad. El lenguaje y la terminología no son inocentes.

[94] Así lo recordó Benedicto XVI, Homilía en el Encuentro con las familias en Valencia: «La familia se nos muestra así como una comunidad de generaciones y garante de un patrimonio de tradiciones».

[95] Cf. Juan Pablo II, *Gratissimam sane*, n. 15.

[96] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo*, n. 5.

[97] Benedicto XVI, *Discurso en el Encuentro con las familias en Valencia*.

Cuando se refieren a realidades naturales encierran una significación que, si se cambia o amplía artificialmente, desnaturaliza la realidad significada por los términos que se emplean. Compete ciertamente al legislador, como garante de la convivencia social, regular las relaciones entre los ciudadanos. Pero forma parte de la justicia de esa regulación hacerlo sin desfigurar la verdad y la realidad. Realidades diferentes no pueden ser tratadas como si fueran iguales. Reconocer la diferencia no es discriminación, sino justicia. A distintas realidades, distintos bienes y distintos reconocimientos, distintos deberes y distintos derechos.

108. La cultura dominante en unos momentos determinados no puede llevar a una consideración del matrimonio y de la familia –motivada, quizás, por intereses ajenos a la promoción del bien común–, que desfigure la realidad sobre la que se legisla. Menos aún, si se trata de disposiciones que emanan de la autoridad, a impulsos de determinadas grupos de presión, cuyo interés parece estar fundado casi exclusivamente en la negación de lo diferente. Es lo que ha ocurrido en algunos países, en los que, con el pretexto de superar antiguas discriminaciones, se han dado disposiciones legales que reconocen como matrimonio formas de convivencia que nada tienen que ver con la realidad designada con ese nombre. Con todo, la equiparación al matrimonio de ese tipo de uniones se ha hecho compatible, en estos casos, con el reconocimiento del matrimonio como una institución bien definida y con características propias.

— La legislación española sobre el matrimonio

109. En cambio, en España, la legislación actualmente vigente ha ido aún más allá. La Ley de 1 de julio de 2005, que modifica el Código Civil en materia de derecho a contraer matrimonio, ha redefinido la figura jurídica del matrimonio. Este ha dejado de ser la institución del consorcio de vida en común entre un hombre y una mujer en orden a su mutuo perfeccionamiento y a la procreación y se ha convertido en la institución de la convivencia afectiva entre dos personas, con la posibilidad de ser disuelta unilateralmente por alguna de ellas, solo con que hayan transcurrido tres meses desde la formalización del contrato de “matrimonio” que dio inicio a la convivencia[98]. El matrimonio queda así

[98] Este modo de rescisión del nuevo “matrimonio” es el llamado “divorcio exprés”, regulado por la Ley 15/2005, de 8 de julio, por la que se modifican el Código Civil y la Ley de Enjuiciamiento Civil en materia de separación y divorcio.

transformado legalmente en la unión de dos ciudadanos cualesquiera para los que ahora se reserva en exclusiva el nombre de “cónyuges” o “consortes”[99]. De esa manera se establece una «insólita definición legal del matrimonio con exclusión de toda referencia a la diferencia entre el varón y la mujer»[100]. Es muy significativa al respecto la terminología del texto legal. Desaparecen los términos “marido” y “mujer”, “esposo” y “esposa”, “padre” y “madre”. De este modo, los españoles han perdido el derecho de ser reconocidos expresamente por la ley como “esposo” o “esposa” y han de inscribirse en el Registro Civil como “cónyuge A” o “cónyuge B”[101].

110. Lo que está en juego no es solo una cuestión de palabras. Es algo mucho más profundo. Se trata del intento de construir un modelo de sociedad en la que, mediante una supuesta “liberación” total, se establezca una presunta igualdad entre todos los ciudadanos que suprima todas las diferencias que se estiman “discriminatorias”; incluidas las que derivan de la condición dada y creatural de ser varón o mujer. Esta diferenciación, tildada de superestructura cultural biologicista o machista por la “ideología de género”, debería ser superada por medio de una nueva construcción. El ser humano se construiría a sí mismo voluntariamente a través de una o diversas “opciones sexuales” que elegiría a su arbitrio a lo largo de su vida, y a las que se debería reconocer la igualdad de derechos. En ese contexto y con esa finalidad se mueven también los Decretos sobre enseñanzas mínimas de la llamada “Educación para la Ciudadanía”[102].

[99] Así se explica en la Exposición de motivos II, de la Ley 13/2005 de 1 de julio por la que se modifica el Código Civil en materia de derecho a contraer matrimonio: «Las referencias al marido y a la mujer se han sustituido por la mención a los cónyuges o a los consortes. En virtud de la nueva redacción del artículo 44 del Código Civil, la acepción jurídica de cónyuge o de consorte será la de persona casada con otra, con independencia de que ambas sean del mismo o de distinto sexo».

[100] Conferencia Episcopal Española, Orientaciones morales ante la situación actual de España, n. 18.

[101] Todo ello significa que la educación de los niños y jóvenes como posibles futuros “esposos” o “esposas” tampoco está ya expresamente protegida por la ley, que ha sido expurgada deliberadamente de estos términos.

[102] Cf. Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, Nueva declaración sobre la Ley Orgánica de Educación (LOE) y sus desarrollos: profesores de Religión y “Ciudadanía”.

111. No podemos dejar de afirmar con dolor, y también sin temor a incurrir en exageración alguna, que las leyes vigentes en España no reconocen ni protegen al matrimonio en su especificidad[103]. Asistimos a la destrucción del matrimonio por vía legal. Por lo que, convencidos de las consecuencias negativas que esa destrucción conlleva para el bien común, alzamos nuestra voz en pro del matrimonio y de su reconocimiento jurídico. Recordamos además que todos, desde el lugar que ocupamos en la sociedad, hemos de defender y promover el matrimonio y su adecuado tratamiento por las leyes.

— Responsabilidad de todos

112. Será necesario un buen conocimiento de las claves principales de la “ideología de género”, inspiradora en gran parte de la actual legislación española sobre el matrimonio. El conocimiento de su deformación del lenguaje permitirá reaccionar de modo justo. Pero sobre todo será necesario disponer de la formación adecuada acerca de la naturaleza del amor conyugal, del matrimonio y de la familia. Solo entonces será posible alimentar la convicción que permita empeñarse personalmente en favor de la regulación justa del matrimonio y de la familia en el ordenamiento jurídico. La familia, la parroquia, la escuela y los medios de comunicación están llamados a ocuparse de la formación en estos campos.

113. Renovamos también nuestra llamada a los políticos para que asuman su responsabilidad. La recta razón exige que, en esta materia tan decisiva, todos actúen de acuerdo con su conciencia, más allá de cualquier disciplina de partido. Nadie puede refrendar con su voto leyes como las vigentes, que dañan tan gravemente las estructuras básicas de la sociedad[104]. Los católicos, en particular, de-

[103] Cf. Conferencia Episcopal Española, Orientaciones morales ante la situación actual de España, n. 41.

[104] Resulta digno de reflexión que leyes de tanta trascendencia como las mencionadas más arriba, capaces de redefinir la institución del matrimonio y de expulsarlo de nuestro sistema jurídico, hayan podido pasar con el voto en contra del Senado, por una mínima diferencia de votos en el Congreso y con el parecer contrario o crítico de relevantes instituciones del Estado. ¿Es menos importante la institución del matrimonio que determinados aspectos del ordenamiento constitucional para cuya modificación se exige –con razón– un consenso político y social cualificado?

ben tener presente que, como servidores del bien común, han de ser también coherentes con su fe[105].

114. Cuando los católicos, por medio de sus propuestas legislativas, y el refrendo de su voto, procuran que las leyes sean acordes con la verdad del amor humano, no imponen nada a nadie. En modo alguno buscan imponer la propia fe en una sociedad en la que conviven diversos credos y convicciones variadas, como a veces se dice erróneamente o con ánimo de desacreditar esa actividad. Solo tratan de expresar de modo razonado sus propuestas. Si se oponen, también de modo respetuoso y pacífico, a otras propuestas, es porque las consideran lesivas para el bien común. Y lo hacen porque lo que proponen sobre el matrimonio y la familia es patrimonio común de la recta razón de la humanidad. No porque pertenezca a lo particular de la propia confesión religiosa. Es verdad, sin embargo, que, al contar con la ayuda de la luz de la fe, se encuentran en mejores condiciones para descubrir cuanto sobre la verdad del amor es capaz de conocer por sí misma la luz de la razón[106].

115. Los obispos animamos a todos, pero de manera especial a los fieles católicos, a participar en asociaciones que trabajan por la promoción de la vida matrimonial y familiar. Es motivo de alegría observar la vitalidad creciente del asociacionismo familiar en nuestro país. En los últimos tiempos se están protagoni-

[105] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y a la conducta de los católicos en la vida pública (24.XI.2002), n. 4: «La conciencia cristiana bien formada no permite a nadie favorecer con el propio voto la realización de un programa político o la aprobación de una ley particular que contengan propuestas alternativas o contrarias a los contenidos fundamentales de la fe y la moral (...). Deben ser salvaguardadas la tutela y la promoción de la familia, fundada en el matrimonio monogámico entre personas de sexo opuesto y protegida en su unidad y estabilidad, frente a leyes modernas sobre el divorcio. A la familia no pueden ser jurídicamente equiparadas otras formas de convivencia, ni éstas pueden recibir, en cuanto tales, reconocimiento legal». La actual legislación sobre el matrimonio vigente en España va aún más allá de los supuestos contemplados por la Congregación.

[106] Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 30: «Las exigencias del amor no contradicen las de la razón. El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor». Esta frase fue citada por Benedicto XVI, Discurso en el encuentro con jóvenes profesores en el Escorial (19.VIII.2011).

zando acontecimientos y dinámicas sociales de la máxima importancia gracias al estímulo que tales asociaciones proporcionan. Los poderes públicos harían bien en prestarles atención y en protegerlas. Es su obligación ayudar y atender a quienes promueven el bien común. En cambio, sería necesario distinguir bien el verdadero asociacionismo familiar de minoritarios grupos de presión a los que se debe, en no pequeña medida, la actual legislación contradictoria de la realidad del ser humano y dañina para el bien común.

6. Hacia una cultura del matrimonio y de la familia

116. A pesar de todas las dificultades, nuestra mirada no pierde la esperanza en la luz que brilla en el corazón humano como eco y presencia permanente del acto creador de Dios. Es más, se sabe iluminada por ella. De hecho, el asombro mayor que causa el amor es su maravillosa capacidad de comunicación. Cualquier hombre se siente afectado por él y desea que llene su intimidad[107], porque esa experiencia pertenece a su estructura original. Por eso, oír hablar del amor de un modo real y significativo engendra esperanza incluso en las personas desengañadas y dolidas en su corazón, en la medida en que pueden sentirse queridas de verdad[108].

117. De por sí, el amor tiende a comunicarse y a crecer, del mismo modo que lo propio de la luz es iluminar y expandirse. Es más, el amor cristiano no solo esparce un resplandor, sino, al mismo tiempo, un fuego poderoso que da calor humano a la persona sola y desprotegida. Es un amor que sabe generar vida, pues nace de la experiencia de una fecundidad sin parangón, la de un Padre que sacia a todos de bienes (cf. Sal 104, 28), y brota de la gracia de su Hijo Jesucristo, derrochada sobre nosotros, como dice el apóstol Pablo (cf. Ef 1, 8).

118. Por fidelidad a nuestra misión, nos corresponde a nosotros los cristianos hacer crecer este don inicial que Dios reparte a manos llenas. Con ello, la Iglesia actúa como madre que crea el lugar adecuado, un hogar para que la vida recibida pueda llegar a plenitud. Así llama a sus hijos: «quien quiera vivir, tiene en donde vivir, tiene de donde vivir. Que se acerque, que crea, que se deje incorporar

[107] Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 4.

[108] Cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 3.

para ser vivificado. No rehuya la compañía de los miembros»[109]. La esperanza contenida en el don del amor incondicionado de Cristo es para la Iglesia el impulso primero de su misión, que en estos momentos tiene una dimensión educativa de primera importancia en la hermosa tarea de enseñar a amar.

119. La Iglesia, para ello, sabe hacerse cercana. Es la proximidad acogedora la que permite transmitir la confianza necesaria para abrir el corazón y recibir más plenamente ese Amor que alimenta y sostiene a la comunidad eclesial. Toda la Iglesia está empeñada en ello[110], y se han de emplear todos los medios para llegar al mayor número de personas. De aquí la importancia de las diversas instituciones y realidades eclesiales –en particular, de la parroquia– para hacer presente esta solicitud amorosa por parte de la Iglesia, tal como nos lo aconsejaba Benedicto XVI en Valencia: «En este sentido, es muy importante la labor de las parroquias, así como de las diversas asociaciones eclesiales, llamadas a colaborar como redes de apoyo y mano cercana de la Iglesia para el crecimiento de la familia en la fe»[111].

120. Ciertamente «las ayudas que se deben prestar a las familias son múltiples e importantes desde los ámbitos más variados: psicológico, médico, jurídico, moral, económico, etc. Para una acción eficaz en este campo se ha de contar con servicios específicos entre los cuales se destacan: Centros de Orientación Familiar, los Centros de formación en los métodos naturales de conocimiento de la fertilidad, los Institutos de ciencias y estudios sobre el matrimonio y la familia, Institutos de Bioética, etc.

121. Con esta finalidad se promoverá –principalmente en el ámbito diocesano– la creación de estos organismos, que, con la competencia necesaria y una clara inspiración cristiana, estén en disposición de ayudar con su asesoramiento a la prevención y solución de los problemas planteados en la pastoral familiar»[112].

[109] San Agustín, *In Iohannis Evangelium Tractatus*, 26, 13 (CCL 36, 266) [citado en Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, n. 119].

[110] Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, nn. 70-76.

[111] Benedicto XVI, *Discurso en la Vigilia del Encuentro mundial de las familias* (8.VII.2006).

[112] Conferencia Episcopal Española, *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, n. 275.

a) *La educación afectivo-sexual*

122. Una educación afectivo-sexual adecuada exige, en primer lugar, cuidar la formación de toda la comunidad cristiana en los fundamentos del evangelio del matrimonio y de la familia. Una buena formación es el mejor modo para responder a los problemas y cuestiones que pueda presentar cualquier ideología. Todos los cristianos responsables de su fe han de estar capacitados para «dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1 Pe 3, 15). Para la consecución de ese objetivo puede prestar un gran servicio el Catecismo de la Iglesia Católica[113], además de otros documentos relevantes[114]. En cualquier caso, serán siempre necesarios planteamientos que busquen la formación integral. Ese es el marco adecuado para que la persona responda, como debe hacerlo, a su vocación al amor.

123. La familia es, sin duda, el lugar privilegiado para esa educación y formación. Se desarrollan allí las relaciones personales y afectivas más significativas, llamadas a transmitir los significados básicos de la sexualidad[115]. La familia es el sujeto primero e insustituible de la formación de sus miembros. Y por eso, aunque podrá y deberá ser ayudada desde las diferentes instancias educativas de la Iglesia y del Estado, nunca deberá ser sustituida o interferida en el derecho-deber que le asiste. Así lo recordaba ya, entre otros documentos, el Directorio de pastoral familiar[116]. Pero se hace ahora más urgente si se advierte que las disposiciones legales al respecto permiten al Estado dirigir este ámbito de educación. Y no es pequeño el riesgo de sucumbir a las imposiciones de la ya referida ideología de “género”.

124. La educación afectivo-sexual, acorde con la dignidad del ser humano, no puede reducirse a una información biológica de la sexualidad humana. Tampoco

[113] Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2331-2400.

[114] Al menos: Pontificio Consejo Justicia y Paz, Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia y Pontificio Consejo de la Familia, Lexicón. Términos ambiguos y discutidos sobre familia, vida y cuestiones éticas (2004).

[115] Cf. Conferencia Episcopal Española, Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España, nn. 70 y 91.

[116] Cf. ibíd., n. 93: «Como complemento y ayuda a la tarea de los padres, es absolutamente necesario que todos los colegios católicos preparen un programa de educación afectivo-sexual, a partir de métodos suficientemente comprobados y con la supervisión del obispo. La delegación diocesana de Pastoral Familiar debe preparar personas expertas en este campo».

debe consistir en unas orientaciones generales de comportamiento, a merced de las estadísticas del momento. Sobre la base de una “antropología adecuada”, como subrayaba el beato Juan Pablo II[117], la educación en esta materia debe consistir en la iluminación de las experiencias básicas que todo hombre vive y en las que encuentra el sentido de su existencia. Así se evitará el subjetivismo que conduce a nuestros jóvenes a juzgar sus actos tan solo por el sentimiento que despiertan, lo que les hace poco menos que incapaces para construir una vida en la solidez de las virtudes. Esa educación, que debe comenzar en la infancia, se ha de prolongar después en la pre-adolescencia; las instituciones educativas deben de velar por ella, siempre en estrecha colaboración con la ya dada por los padres en la familia.

125. Descubrir la verdad y significado del lenguaje del cuerpo permitirá saber identificar las expresiones del amor auténtico y distinguirlas de aquellas que lo falsean. Se estará en disposición de valorar debidamente el significado de la fecundidad, sin cuyo respeto no es posible asumir responsablemente la donación propia de la sexualidad en todo su valor personal. Se abre así a los jóvenes un camino de conocimiento de sí mismos, que, mediante la integración de las dimensiones implicadas en la sexualidad –la inclinación natural, las respuestas afectivas, la complementariedad psicológica y la decisión personal–, les llevará a apreciar el don maravilloso de la sexualidad y la exigencia moral de vivirlo en su integridad. Se comprende enseguida que una educación afectivo-sexual auténtica no es sino una educación en la virtud de la castidad[118].

126. Una educación de esta naturaleza requiere personas que, convenientemente preparadas, ayuden a formar a quienes de manera más directa e inmediata tengan a su cargo la función educativa. En todo caso, los padres católicos deberán estar atentos a que, en la ayuda que se proporcione se observe siempre la fidelidad al Magisterio, la comunión eclesial y las directrices de los pastores. La Subcomisión de Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española deberá preparar materiales y programas, con el fin de que puedan ser empleados en esta tarea educativa.

[117] Cf. Juan Pablo II, *Catechesis* (2.IV.1980), nn. 3-6.

[118] Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 37: habla de la castidad «como virtud que desarrolla la auténtica madurez de la persona y la hace capaz de respetar y promover el “significado esponsal” del cuerpo»; cf. Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, nn. 90-93.

b) La preparación al matrimonio

127. Además de la educación afectivo-sexual[119], es necesario profundizar y renovar la preparación al matrimonio. Esta preparación, como nos recordaba el beato Juan Pablo II, «ha de ser vista y actuada como un proceso gradual y continuo», que la exhortación apostólica Familiaris consortio sistematiza en tres etapas: preparación remota, próxima e inmediata (n. 66).

128. Estas etapas están dependiendo, a su vez, de una iniciación cristiana lúcida que, inspirada en el catecumenado antiguo[120], promueva, con la gracia de Dios, sujetos cristianos capaces de vivir la vocación al amor como seguimiento de Cristo. Sin la renovación de la iniciación cristiana de niños, adolescentes, jóvenes y adultos, la preparación al matrimonio y la misma vida matrimonial se ve privada de la base sólida que la sustenta.

129. En nuestras diócesis de España se ha hecho un largo recorrido en la formación de agentes de pastoral prematrimonial y familiar. Contamos, gracias a Dios, con buenos programas para ayudar a los padres y educadores en la educación afectivo-sexual y en la preparación inmediata del matrimonio. Sin embargo, las carencias en este campo son también notables.

130. El descenso de la nupcialidad y el retraso cada vez mayor de la celebración del matrimonio (la edad media del primer matrimonio es de 33,4 años en los varones y 31,2 años en las mujeres[121]) están exigiendo un replanteamiento a fondo de la pastoral prematrimonial. En este sentido se hace necesario acompañar y discernir la vocación al amor esponsal, y propiciar, contando con la pastoral juvenil, itinerarios de fe que den contenido cristiano al noviazgo. Estos itinerarios de fe deben ser pensados en clave de evangelización y desarrollados como un camino catecumenal[122] que proponga la totalidad de la vida cristiana desde la perspectiva de la

[119] Cf. Pontificio Consejo para la Familia, Sexualidad humana: verdad y significado. Congregación para la Educación Católica, Orientaciones educativas sobre el amor humano. Pautas de educación sexual.

[120] Cf. Concilio Vaticano II, Sacrosanctum Concilium, n. 64.

[121] Instituto Nacional de Estadística (INE), Nota de prensa, 18.I.2012 [13.03.2012]. Disponible en la web: <http://www.ine.es/prensa/np697.pdf>

[122] Cf. Juan Pablo II, Familiaris consortio, n. 66.

vocación al amor. Así lo indica la Familiaris consortio, tanto para la preparación próxima como inmediata, que debe ser realizada «como un camino de fe, análogo al catecumenado»[123].

131. Este mismo propósito está recogido en el Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España (2003), en el que al afrontar el tema de la preparación al matrimonio invitábamos a «programar a modo de “catecumenado” unos “itinerarios de fe” en los que, de manera gradual y progresiva, se acompañará a los que se preparan para el matrimonio. En ningún caso se pueden reducir a la transmisión de unas verdades, sino que debe consistir en una verdadera formación integral de las personas en un crecimiento humano, que comprende la maduración en las virtudes humanas, en la fe, la oración, la vida litúrgica, el compromiso eclesial y social, etc.»[124].

132. Conscientes de la importancia de este tema, los obispos exhortamos a los sacerdotes y a las familias a insistir en la renovación tanto de la iniciación cristiana como en el acompañamiento de la vocación al amor esponsal-matrimonial. Agradecemos los esfuerzos de cuantos agentes de la pastoral familiar, anclados en los contenidos de la antropología adecuada propuestos por el beato Juan Pablo II, han ido renovando la preparación al matrimonio[125].

— Nueva evangelización

133. La mejor respuesta a la “ideología de género” y a la actual crisis matrimonial es la “nueva evangelización”. Es necesario proponer a Cristo como camino para vivir y desarrollar la vocación al amor. Sin su gracia, sin la fuerza del Espíritu Santo, amar resulta una aventura imposible. Por eso necesitamos nuevos evangelizadores que testifiquen con su vida que para Dios no hay nada imposible. También en este campo pastoral se hace necesario «recuperar el fervor de los orígenes, la alegría del comienzo de la experiencia cristiana, haciéndose acompañar por Cristo como los “discípulos de Emaús” el día de Pascua, dejando que su pala-

[123] Juan Pablo II, *ibíd.*

[124] Cf. LXXXI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España, n. 109.

[125] Cf. Juan Pablo II, *Catequesis sobre el amor humano* (1979-84).

bra nos encienda el corazón, que el “pan partido” abra nuestros ojos a la contemplación de su rostro»[126].

134. Recogiendo estas claves es necesario insistir, sobre todo, en el acompañamiento del despertar a la vocación al amor, en la importancia de la elección del futuro cónyuge y en la programación de itinerarios prolongados en el tiempo que den contenido a la preparación próxima e inmediata al matrimonio.

c) Políticas familiares justas y adecuadas

135. La familia es una lámpara, cuya luz no puede quedarse en el ámbito privado (cf. Mt 5, 15). Está llamada a brillar y ser motor de sociabilidad. Los poderes públicos han de dejar que la familia “sea lo que es”, y, por eso, «que sea reconocida en su identidad y aceptada en su naturaleza de sujeto social»[127]. Un reconocimiento que requiere necesariamente una política familiar estructurada y suficientemente dotada de recursos económicos. A ello aludía Benedicto XVI en su visita a Barcelona: «La Iglesia aboga por adecuadas medidas económicas y sociales para que la mujer encuentre en el hogar y en el trabajo su plena realización; para que el hombre y la mujer que contraen matrimonio y forman una familia sean decididamente apoyados por el Estado; para que se defienda la vida de los hijos como sagrada e inviolable desde el momento de su concepción; para que la natalidad sea dignificada, valorada y apoyada jurídica, social y legislativamente»[128].

136. Los obispos españoles, que ya hemos dado anteriormente directrices generales sobre la política familiar[129], insistimos de nuevo en la necesidad de que sea justa y adecuada, sobre todo en estos momentos. No solo porque la crisis económica que padecemos puede golpear más duramente a las familias. Es necesaria una política demográfica que favorezca el incremento de la natalidad[130]. Los hijos son una contribución decisiva para el desarrollo de

[126] Benedicto XVI, Discurso en el encuentro con los obispos de Portugal en el salón de conferencias de la Casa Nuestra Señora del Carmen (Fátima, 13.V.2010).

[127] Juan Pablo II, *Gratissimam sane*, n. 17.

[128] Benedicto XVI, Homilía en la consagración del templo expiatorio de la Sagrada Familia (7.XI.2010)

[129] Cf. Conferencia Episcopal Española, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, nn. 147-164.

[130] Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 44.

la sociedad, que debe ser reconocido adecuadamente por el Estado. Las familias numerosas no pueden verse gravadas por falta de ayudas por parte de los poderes públicos. Sin un cambio notable en este ámbito, el “desierto demográfico” de nuestro país tendrá en breve tiempo consecuencias muy negativas para el sistema social y económico.

137. Es imprescindible impulsar políticas familiares adecuadas que permitan a las familias disponer de la autonomía económica suficiente para poder desarrollarse, sobre todo, si tenemos en cuenta la situación de precariedad en que se encuentra un número considerable de familias, a veces con todos sus miembros en paro, o las ilusiones de tantos jóvenes por formar una familia, truncadas por carecer de los recursos mínimos o haber perdido la oportunidad de conseguir la debida independencia económica. Estas carencias afectan especialmente a los emigrantes, muchos de los cuales han tenido que romper la convivencia familiar, y a los que habría que favorecer con las medidas legales pertinentes para poder conseguir la ansiada reunión de la familia.

138. La familia se encuentra muy sola en el momento de atender a aquellos de sus miembros que pasan esas y otras dificultades. La Iglesia, en la medida de sus posibilidades, renueva su empeño en acompañar a la familia en esas situaciones. A la vez alza de nuevo su voz con el fin de que toda la sociedad contribuya a ofrecerle la ayuda que se le debe prestar. Corresponde sobre todo a los gobernantes presentar una política articulada que sea el motor de recuperación de la economía familiar. Es el “capital social” primero para cualquier sociedad. No atender el reto que supone este desafío sería una irresponsabilidad de graves consecuencias para toda la sociedad.

d) Construir la “casa” y la ciudad

139. La Iglesia, «experta en humanidad», protege y defiende la formación de la familia con la seguridad de que, al hacerlo, contribuye al bien de las personas y de la sociedad. Construir una “casa” en la que cada uno de sus miembros se sienta querido por sí mismo y disponga del ambiente adecuado para crecer como persona es una tarea social por excelencia. De manera particular en una sociedad cada vez más individualista, en la que la consideración de las personas viene a medirse por el beneficio que reportan, no por lo que son, sino por lo que tienen. No es extraño, por eso, que con frecuencia nos encontremos con personas que se sienten solas,

como aisladas, a pesar de estar rodeadas de otras muchas y contando con innumerales medios técnicos. Nada, fuera de las relaciones interpersonales auténticas, es capaz de dar respuesta a los anhelos profundos del corazón humano[131], en definitiva, a la vocación al amor.

140. La construcción de esa “casa” auténticamente humana, es decir, de la familia en la que las relaciones entre todos sus miembros se miden por la ley de la gratuidad, tiene necesidad de abrirse a una trascendencia que dé acceso al sentido más profundo de comunión[132]. No basta con la “buena voluntad” de los que la forman. Tampoco es suficiente, de suyo, la determinación de unas convenciones o pactos meramente humanos. Es necesario, además, que unos y otras estén abiertos –al menos, que no se opongan– a una instancia superior, a una trascendencia que les da sentido. Así lo constatan el sentir universal y la historia de los pueblos y culturas. Eso mismo estaba detrás de las palabras de Benedicto XVI cuando citaba a Gaudí: «Un templo (es) la única cosa digna de representar el sentir de un pueblo, ya que la religión es la cosa más elevada en el hombre»[133].

141. Una expresión privilegiada de la caridad es enseñar a tratar a las personas como dones de Dios. Ayudar a descubrir la razón de su mayor dignidad: ser hijos de Dios[134]. De ese cometido, en el que la familia cristiana tiene una responsabilidad particular y propia, forma parte la educación en la fe. Pero será verdadera si crea las convicciones y virtudes que llevan a vivir la caridad. Así es como la familia, que es la “casa” de los que allí viven, será también el “templo” para ellos y para los demás: «Los pobres siempre han de encontrar acogida en el templo, que es la caridad cristiana»[135]. Recibir el compromiso del amor de Dios no separa de la sociedad de los hombres. Da “una razón para vivir”: un amor que, siendo mayor que nosotros mismos, nos salva. Lleva a enriquecer las relaciones humanas.

[131] Cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 37.

[132] Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 11: «Este desarrollo exige, además, una visión trascendente de la persona, necesita a Dios».

[133] Benedicto XVI, Homilía en la consagración del templo expiatorio de la Sagrada Familia.

[134] Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 75.

[135] Benedicto XVI, Ángelus ante el templo expiatorio de la Sagrada Familia (7.XI.2010).

Conclusión: La misión y el testimonio del matrimonio y de la familia

142. La Iglesia, el «pueblo de la vida»[136], anuncia y promueve el verdadero amor humano y el bien de la vida, unos dones que, recibidos de Dios, son llevados a su plenitud en Cristo Jesús. No puede dejar de hacerlo, porque anunciar ese evangelio está en el centro de la misión que el Señor le ha confiado. Es una tarea, que, aunque con responsabilidades diversas, compete a todos cuantos forman parte de la Iglesia. Nadie en la comunidad eclesial puede “pasar” y desentenderse. Todos hemos recibido una vocación al amor. Todos estamos llamados a ser testigos de un Amor nuevo, el fermento de una cultura renovada. Aunque pronunciadas en otro contexto, cabe citar también aquí las palabras que dirigía Benedicto XVI a los jóvenes en Madrid con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud: «Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios»[137]. Si bien realizar este anuncio no es un derecho y un deber que pertenece solo a los cristianos. El amor y la vida humanos son bienes básicos y comunes a la entera humanidad.

143. El anuncio del evangelio de la verdad del amor humano y de la vida ha de ser permanente y realizarse de los modos más variados. Con denuncias, si las situaciones lo reclaman, como las que ahora nos ocupan. Proponer, como se debe, el mensaje que se proclama, requiere ser consciente de las cuestiones y circunstancias en que se plantean. Pero el anuncio deberá consistir, sobre todo, en la proclamación positiva de la verdad y del bien que comportan para cada persona y para la sociedad. Se trata, en consecuencia, de anunciar la buena noticia del matrimonio y la familia como un bien para toda la humanidad. «Cristo necesita familias para recordar al mundo la dignidad del amor humano y la belleza de la vida familiar»[138].

144. Al anunciar, una vez más, la verdad del amor humano y de la vida, los obispos españoles queremos manifestar nuestra profunda estima por cuantos, creyentes o no, trabajan incansablemente por difundir esa verdad. Damos gracias a Dios y alentamos a tantas y tantas familias cristianas que, gozosas y con ejemplar fidelidad, mantienen vivo el amor que las une y hace de ellas verdaderas “iglesias

[136] Cf. Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, nn. 78-79.

[137] Benedicto XVI, Homilía en la Misa de la Jornada Mundial de la Juventud en Cuatro Vientos (21. VIII.2011).

[138] Benedicto XVI, Discurso en la vigila de Hyde Park (18.IX.2010).

domésticas”[139]. Nos sentimos sinceramente cercanos a los hombres y mujeres que ven rotos sus matrimonios, traicionado su amor, truncada su esperanza de una vida matrimonial serena y feliz, o sufren violencia de parte de quien deberían recibir solo ayuda, respeto y amor. Acompañamos con nuestro afecto y nuestra oración a las familias que en estos momentos sufren la crisis que padecemos y nos comprometemos a redoblar nuestro esfuerzo por prestarles toda la ayuda posible. Animamos, finalmente, a los jóvenes que se disponen con alegría a seguir su vocación a la vida matrimonial a poner su esperanza en el Dios del amor y de la vida, seguros de que podrán contar en sus vidas con su gracia y su continua presencia.

145. A la Virgen María, Madre del Amor Hermoso, encomendamos a las familias, y por su intercesión esperamos alcanzar de su Hijo el vino nuevo que nos capacite para amar.

Madrid, 26 de abril de 2012.

[139] Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 11 y *Apostolicam actuositatem*, 11.

EL PRESIDENTE
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
ENVÍA UNA CARTA DE ADHESIÓN
A BENEDICTO XVI

Jueves, 28 de Junio de 2012



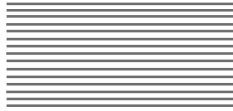
Con motivo de la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, que se celebra mañana día 29 de junio, el Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE), Cardenal Antonio M^a Rouco Varela, ha enviado una carta de adhesión a Su Santidad Benedicto XVI en nombre de todos los miembros de la CEE: “Le manifiesto en nombre propio, y en el de todos los Obispos y miembros de la Conferencia Episcopal Española, nuestros sentimientos de comunión y de filial amor para con Vuestra Santidad”, señala la misiva.

“Bendecimos continuamente al Señor por el don que es para toda la Iglesia vuestro Ministerio pastoral y le pedimos que siga asistiéndole para que continúe guiando la nave de la Iglesia a pesar de las contradicciones del mundo, fortalecido por la fuerza del Espíritu Santo. Pedimos también a Vuestra Santidad que bendiga a la Iglesia que peregrina en España, a los pastores y a los fieles, para que caminemos



en la fe y en la esperanza, unidos a Pedro, hacia la plenitud de la Caridad. Al mismo tiempo que manifestamos nuestra adhesión sincera y cordial a las enseñanzas de Vuestra Santidad, pedimos al Señor que conserve su vida durante muchos años”, concluye la carta.







Iglesia Universal

**VISITA PASTORAL A LA ARCHIDIÓCESIS DE MILÁN
Y VII ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS
(1-3 DE JUNIO DE 2012)**

ENCUENTRO CON LA POBLACIÓN

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza del Duomo, Milán

Viernes 1 de junio de 2012

Señor alcalde,
distinguidas autoridades,
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,
queridos hermanos y hermanas de la archidiócesis de Milán:

Os saludo cordialmente a todos, que habéis venido en gran número, así como a cuantos siguen este acontecimiento a través de la radio y la televisión. ¡Gracias por vuestra calurosa acogida! Agradezco al señor alcalde las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de la comunidad cívica. Saludo con deferencia al representante del Gobierno, al presidente de la Región, al presidente de la Provincia, así como a los demás representantes de las instituciones civiles y militares, y expreso mi aprecio por la colaboración brindada para los diversos momentos de esta visita. Y también le agradezco a usted, eminencia, su cordial saludo.



Me alegra estar hoy entre vosotros y doy las gracias a Dios, que me ofrece la oportunidad de visitar vuestra ilustre ciudad. Mi primer encuentro con los milaneses se realiza en esta plaza del Duomo, corazón de Milán, donde surge el imponente monumento símbolo de la ciudad. Con su selva de agujas invita a mirar hacia lo alto, a Dios. Precisamente ese impulso hacia el cielo ha caracterizado siempre a Milán y le ha permitido a lo largo de los tiempos responder con fruto a su vocación: ser una encrucijada —Mediolanum— de pueblos y de culturas. De esta forma, la ciudad ha sabido conjugar sabiamente el orgullo por su propia identidad con la capacidad de acoger toda contribución positiva que se le ofrecía en el transcurso de la historia. También hoy, Milán está llamada a redescubrir este papel positivo, que presagia desarrollo y paz para toda Italia. Expreso mi agradecimiento cordial, una vez más, al pastor de esta archidiócesis, el cardenal Angelo Scola, por la acogida y las palabras que me ha dirigido en nombre de toda la comunidad diocesana; con él saludo a los obispos auxiliares y a quienes lo han precedido en esta gloriosa y antigua cátedra, el cardenal Dionigi Tettamanzi y el cardenal Carlo Maria Martini.

Dirijo un saludo particular a los representantes de las familias —provenientes de todo el mundo— que participan en el VII Encuentro mundial. Dirijo un afectuoso recuerdo a cuantos tienen necesidad de ayuda y de consuelo, y se encuentran afligidos por varias preocupaciones: a las personas solas o en dificultad, a los desempleados, a los enfermos, a los encarcelados, a cuantos no tienen una casa o lo indispensable para vivir una vida digna. Que a ninguno de estos hermanos y hermanas nuestros les falte el interés solidario y constante de la colectividad. A este propósito, me complace lo que la diócesis de Milán ha hecho y sigue haciendo para salir concretamente al encuentro de las necesidades de las familias más golpeadas por la crisis económico-financiera, y por haberse puesto en acción de inmediato, junto a toda la Iglesia y la sociedad civil en Italia, para socorrer a las poblaciones damnificadas en el terremoto de Emilia Romagna, que están en nuestro corazón y en nuestras oraciones, y por las cuales invito, una vez más, a una generosa solidaridad. El VII Encuentro mundial de las familias me ofrece la grata ocasión de visitar vuestra ciudad y renovar los vínculos estrechos y constantes que unen a la comunidad ambrosiana con la Iglesia de Roma y con el Sucesor de Pedro. Como es sabido, san Ambrosio provenía de una familia romana y mantuvo siempre vivo su vínculo con la Ciudad Eterna y con la Iglesia de Roma, manifestando y elogiando el primado del Obispo que la preside. En Pedro —afirma— «está el fundamento de la Iglesia y el magisterio de la disciplina» (De virginitate, 16, 105); y también en la conocida declaración: «Donde está Pedro, allí está la Iglesia» (Explanatio Psalmi 40, 30, 5). La prudencia pastoral y el magisterio de Ambrosio sobre la ortodoxia de



la fe y sobre la vida cristiana dejarán una huella indeleble en la Iglesia universal y, en particular, marcarán a la Iglesia de Milán, que nunca ha dejado de cultivar su memoria y de conservar su espíritu. La Iglesia ambrosiana, custodiando las prerrogativas de su rito y las expresiones propias de la única fe, está llamada a vivir en plenitud la catolicidad de la Iglesia una, testimoniarla y contribuir a enriquecerla.

El profundo sentido eclesial y el sincero afecto de comunión con el Sucesor de Pedro forman parte de la riqueza y de la identidad de vuestra Iglesia a lo largo de todo su camino, y se manifiestan de modo luminoso en las figuras de los grandes pastores que la han gobernado. En primer lugar san Carlos Borromeo: hijo de vuestra tierra. Él fue, como dijo el siervo de Dios Pablo VI, «un forjador de la conciencia y de las costumbres del pueblo» (Discurso a los milaneses, 18 de marzo de 1968); y lo fue sobre todo con la aplicación amplia, tenaz y rigurosa de las reformas tridentinas, con la creación de instituciones renovadoras, comenzando por los seminarios, y con su ilimitada caridad pastoral arraigada en una profunda unión con Dios, acompañada de una ejemplar austeridad de vida. Junto con los santos Ambrosio y Carlos, deseo recordar otros excelentes pastores más cercanos a nosotros, que han enriquecido a la Iglesia de Milán con la santidad y la doctrina: el beato cardenal Andrea Carlo Ferrari, apóstol de la catequesis y de los oradores, y promotor de la renovación social en sentido cristiano; el beato Alfredo Ildefonso Schuster, el «cardenal de la oración», pastor incansable, hasta la consumación total de sí mismo por sus fieles. Además, deseo recordar a dos arzobispos de Milán que llegaron a ser Pontífices: Achille Ratti, Papa Pío xi; a su determinación se debe la positiva conclusión de la «Cuestión romana» y la constitución del Estado de la Ciudad del Vaticano; y el siervo de Dios Giovanni Battista Montini, Pablo VI, bueno y sabio, que con mano experta supo guiar y llevar a un feliz resultado el concilio Vaticano II. En la Iglesia ambrosiana han madurado además algunos frutos espirituales particularmente significativos para nuestro tiempo. Entre todos hoy quiero recordar, precisamente pensando en las familias, a santa Gianna Beretta Molla, esposa y madre, mujer comprometida en el ámbito eclesial y civil, que hizo resplandecer la belleza y la alegría de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Queridos amigos, vuestra historia es riquísima en cultura y en fe. Esta riqueza ha impregnado el arte, la música, la literatura, la cultura, la industria, la política, el deporte, las iniciativas de solidaridad de Milán y de toda la archidiócesis. Os toca ahora a vosotros, herederos de un glorioso pasado y de un patrimonio espiritual de inestimable valor, comprometeros para transmitir a las generaciones futuras la antorcha de una tradición tan luminosa. Vosotros sabéis bien cuán urgente es introdu-



cir en el actual contexto cultural la levadura evangélica. La fe en Jesucristo, muerto y resucitado por nosotros, vivo entre nosotros, debe animar todo el tejido de la vida, personal y comunitaria, pública y privada, para que permita un «bienestar» estable y auténtico, a partir de la familia, que es preciso redescubrir como patrimonio principal de la humanidad, coeficiente y signo de una verdadera y estable cultura a favor del hombre. La identidad singular de Milán no debe aislarla ni separarla, encerrándola en sí misma. Al contrario, conservando la savia de sus raíces y los rasgos característicos de su historia, está llamada a mirar al futuro con esperanza, cultivando un vínculo íntimo y propulsor con la vida de toda Italia y de Europa. Con la clara distinción de papeles y de finalidades, la Milán positivamente «laica» y la Milán de la fe están llamadas a concurrir al bien común.

Queridos hermanos y hermanas, ¡gracias de nuevo por vuestra acogida! Os encomiendo a la protección de la Virgen María, que desde la más alta aguja de la catedral vela maternalmente día y noche sobre esta ciudad. A todos vosotros, que estrecho en un gran abrazo, imparto mi afectuosa bendición. Gracias.



CONCIERTO EN HONOR DEL SANTO PADRE
Y DE LAS DELEGACIONES OFICIALES
DEL ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Teatro de la Scala de Milán

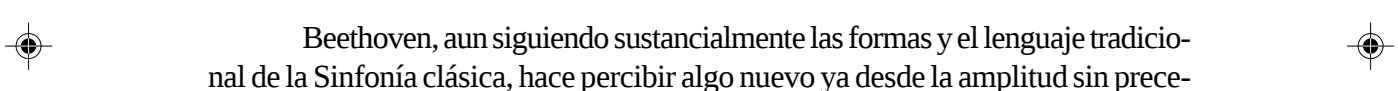
Viernes 1 de junio de 2012

Señores cardenales,
ilustres autoridades,
venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado,
queridas delegaciones del VII Encuentro mundial de las familias:

En este lugar histórico, ante todo quiero recordar un hecho: era el 11 de mayo de 1946 y Arturo Toscanini levantó la batuta para dirigir un concierto memorable en la Scala reconstruida después de los horrores de la guerra. Narran que el gran maestro recién llegado aquí a Milán se dirigió inmediatamente a este teatro y en el centro de la sala comenzó a aplaudir para comprobar si se había mantenido



intacta la proverbial acústica y, constatando que era perfecta, exclamó: «¡Es la Scala, es siempre mi Scala!». En estas palabras, «¡Es la Scala!», se encierra el sentido de este lugar, templo de la Ópera, punto de referencia musical y cultural, no sólo para Milán y para Italia, sino para todo el mundo. Y la Scala está profundamente vinculada a Milán; es una de sus glorias más grandes. Y he querido recordar aquel mayo de 1946 porque la reconstrucción de la Scala fue un signo de esperanza para la recuperación de la vida de toda la ciudad después de las destrucciones de la guerra. Por eso, para mí es un honor estar aquí con todos vosotros y haber vivido, con este espléndido concierto, un momento de elevación del espíritu. Doy las gracias al alcalde, abogado Giuliano Pisapia; al director artístico, doctor Stéphane Lissner, también por haber introducido esta velada; y sobre todo a la orquesta y al coro del teatro en la Scala, a los cuatro solistas y al maestro Daniel Barenboim por la intensa y emotiva interpretación de una de las obras maestras en absoluto de la historia de la música. La gestación de la novena sinfonía de Ludwig van Beethoven fue larga y compleja, pero desde los célebres primeros dieciséis compases del primer movimiento, se crea un clima de espera de algo grandioso y la espera no queda defraudada.



Beethoven, aun siguiendo sustancialmente las formas y el lenguaje tradicional de la Sinfonía clásica, hace percibir algo nuevo ya desde la amplitud sin precedentes de todos los movimientos de la obra, que se confirma con la parte final introducida por una terrible disonancia, en la que se halla el recitado con las famosas palabras «¡Oh amigos, no estos tonos; entonemos otros más atractivos y alegres!», palabras que, en cierto sentido, «pasan página» e introducen el tema principal del Himno a la alegría. Es una visión ideal de humanidad que Beethoven dibuja con su música: «La alegría activa en la fraternidad y en el amor recíproco, bajo la mirada paterna de Dios» (Luigi Della Croce). No es una alegría propiamente cristiana la que Beethoven canta, pero es la alegría de la convivencia fraterna de los pueblos, de la victoria sobre el egoísmo, y es el deseo de que el camino de la humanidad esté marcado por el amor, como una invitación que dirige a todos más allá de cualquier barrera y convicción.

Sobre este concierto, que debía ser una fiesta jubilosa con ocasión de este encuentro de personas provenientes de casi todas las naciones del mundo, se cierne la sombra del seísmo que ha producido gran sufrimiento a numerosos habitantes de nuestro país. Las palabras tomadas del Himno a la alegría de Schiller suenan como vacías para nosotros, más aún, no parecen verdaderas. De hecho, no experimentamos las chispas divinas del Elisio. No estamos ebrios de fuego, sino más bien para-



lizados por el dolor ante una destrucción tan grande e incomprensible que ha costado vidas humanas, que ha dejado a muchos sin casa y sin hogar. Incluso nos parece discutible la hipótesis de que sobre el cielo estrellado debe de habitar un buen padre. ¿El buen padre está sólo sobre el cielo estrellado? ¿Su bondad no llega hasta nosotros? Nosotros buscamos un Dios que no truen a lo lejos, sino que entra en nuestra vida y en nuestro sufrimiento.

En esta hora quisiéramos referir las palabras de Beethoven, «Amigos, no estos tonos...», precisamente a las de Schiller. No estos tonos. No necesitamos un discurso irreal de un Dios lejano y de una fraternidad que no compromete. Estamos en busca del Dios cercano. Buscamos una fraternidad que, en medio de los sufrimientos, sostiene al otro y así ayuda a seguir adelante. Después de este concierto muchos irán a la adoración eucarística, al Dios que se ha metido en nuestros sufrimientos y sigue haciéndolo. Al Dios que sufre con nosotros y por nosotros, y así ha capacitado a los hombres y las mujeres para compartir el sufrimiento de los demás y para transformarlo en amor. Precisamente a eso nos sentimos llamados por este concierto.



Así pues, gracias, una vez más, a la orquesta y al coro del teatro en la Scala, a los solistas y a todos los que han hecho posible este evento. Gracias al maestro Daniel Barenboim también porque con la elección de la Novena Sinfonía de Beethoven nos permite lanzar con la música un mensaje que afirme el valor fundamental de la solidaridad, de la fraternidad y de la paz. Y me parece que este mensaje también es valioso para la familia, porque es en la familia donde se experimenta por primera vez que la persona humana no ha sido creada para vivir encerrada en sí misma, sino en relación con los demás; es en la familia donde se comprende cómo la propia realización no se logra poniéndose en el centro, guiados por el egoísmo, sino entregándose; es en la familia donde se comienza a encender en el corazón la luz de la paz para que ilumine nuestro mundo. Y gracias a todos vosotros por el momento que hemos vivido juntos. ¡Gracias de corazón!.



CELEBRACIÓN DE LA HORA MEDIA
CON SACERDOTES,
RELIGIOSOS, CONSAGRADOS Y SEMINARISTAS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Duomo de Milán

Sábado 2 de junio de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Nos hemos reunido en oración, respondiendo a la invitación del himno ambrosiano de la Hora Tercia: «Es la hora tercia. Jesús, el Señor, sube injuriado a la cruz». Es una clara referencia a la obediencia amorosa de Jesús a la voluntad del Padre. El misterio pascual ha dado inicio a un tiempo nuevo: la muerte y resurrección de Cristo recrea la inocencia en la humanidad y suscita en ella la alegría. De hecho, el himno prosigue: «Aquí comienza la época de la salvación de Cristo», «Hinc iam beata tempora coepere Christi gratia». Nos hemos reunido en la basílica catedral, en este Duomo, que es verdaderamente el corazón de Milán. Desde aquí el pensamiento se extiende a la vastísima archidiócesis ambrosiana, que a lo largo



de los siglos y también en tiempos recientes ha dado a la Iglesia hombres insignes por su santidad de vida y por su ministerio, como san Ambrosio y san Carlos, y algunos Pontífices de talla poco común, como Pío XI y el siervo de Dios Pablo VI, y los beatos cardenales Andrea Carlo Ferrari y Alfredo Ildefonso Schuster.

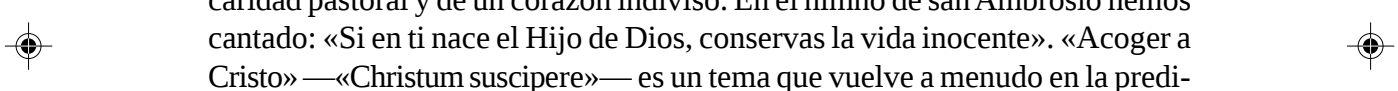
Me alegra mucho estar un poco con vosotros. Saludo con afecto a todos, y a cada uno en particular, y extendiendo mi saludo de modo especial a los que están enfermos o son muy ancianos. Saludo con viva cordialidad a vuestro arzobispo, el cardenal Angelo Scola, y le agradezco sus amables palabras; saludo con afecto a vuestros pastores eméritos, los cardenales Carlo Maria Martini y Dionigi Tettamanzi, con los demás cardenales y obispos presentes.

En este momento vivimos el misterio de la Iglesia en su expresión más alta, la de la oración litúrgica. Nuestros labios, nuestro corazón y nuestra mente, en la oración eclesial se hacen intérpretes de las necesidades y de los anhelos de toda la humanidad. Con las palabras del Salmo 118 hemos suplicado al Señor en nombre de todos los hombres: «Inclina mi corazón a tus preceptos... Señor, que me alcance tu favor» (vv. 36.41). La oración diaria de la Liturgia de las Horas constituye una tarea esencial del ministerio ordenado en la Iglesia. También a través del Oficio divino, que prolonga a lo largo de la jornada el misterio central de la Eucaristía, los presbíteros están unidos de modo especial al Señor Jesús, vivo y operante en el tiempo. ¡El sacerdocio es un don precioso! Vosotros, queridos seminaristas que os preparáis para recibirlo, aprended a gustarlo desde ahora y vivid con empeño el valioso tiempo en el seminario. El arzobispo Montini, durante las ordenaciones de 1958 dijo precisamente en esta catedral: «Comienza la vida sacerdotal: un poema, un drama, un misterio nuevo..., fuente de perpetua meditación..., siempre objeto de descubrimiento y de maravilla; [el sacerdocio] —dijo— siempre es novedad y belleza para quien le dedica un pensamiento amoroso..., es reconocimiento de la obra de Dios en nosotros» (Homilía en la ceremonia de ordenación de 46 sacerdotes, 21 de junio de 1958).

Si Cristo, para edificar su Iglesia, se entrega en las manos del sacerdote, este a su vez se debe abandonar a él sin reservas: el amor al Señor Jesús es el alma y la razón del ministerio sacerdotal, como fue premisa para que él asignara a Pedro la misión de apacentar su rebaño: «Simón..., ¿me amas más que estos?... Apacienta mis corderos (Jn 21, 15)». El concilio Vaticano II recordó que Cristo «es siempre el principio y fuente de la unidad de su vida. Los presbíteros, por tanto, conseguirán la unidad de su vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de sí mismos a favor del rebaño a ellos confiado. Así,



realizando la misión del buen Pastor, encontrarán en el ejercicio mismo de la caridad pastoral el vínculo de la perfección sacerdotal que una su vida con su acción» (Presbyterorum ordinis, 14). Precisamente sobre esta cuestión afirmó: en las diversas ocupaciones, de hora en hora, la unidad de la vida, la unidad del ser sacerdote se encuentra precisamente en esta fuente de la amistad profunda de con Jesús, en estar interiormente junto con él. Y no hay oposición entre el bien de la persona del sacerdote y su misión; más aún, la caridad pastoral es elemento unificador de vida que parte de una relación cada vez más íntima con Cristo en la oración para vivir la entrega total de sí mismos en favor del rebaño, de modo que el pueblo de Dios crezca en la comunión con Dios y sea manifestación de la comunión de la Santísima Trinidad. De hecho, cada una de nuestras acciones tiene como finalidad llevar a los fieles a la unión con el Señor y hacer crecer así la comunión eclesial para la salvación del mundo. Las tres cosas: unión personal con Dios, bien de la Iglesia y bien de la humanidad en su totalidad no son cosas distintas u opuestas, sino una sinfonía de la fe vivida.



El celibato sacerdotal y la virginidad consagrada son signo luminoso de esta caridad pastoral y de un corazón indiviso. En el himno de san Ambrosio hemos cantado: «Si en ti nace el Hijo de Dios, conservas la vida inocente». «Acoger a Cristo» —«Christum suscipere»— es un tema que vuelve a menudo en la predicación del santo obispo de Milán; cito un pasaje de su Comentario a san Lucas: «Quien acoge a Cristo en la intimidad de su casa se sacia con las alegrías más grandes» (Expos. Evangelii sec. Lucam, v. 16). El Señor Jesús fue su gran atractivo, el tema principal de su reflexión y de su predicación, y sobre todo el término de un amor vivo e íntimo. Sin duda, el amor a Jesús vale para todos los cristianos, pero adquiere un significado singular para el sacerdote célibe y para quien ha respondido a la vocación a la vida consagrada: sólo y siempre en Cristo se encuentra la fuente y el modelo para repetir a diario el «sí» a la voluntad de Dios. «¿Qué lazos tenía Cristo?», se preguntaba san Ambrosio, que con intensidad sorprendente predicó y cultivó la virginidad en la Iglesia, promoviendo también la dignidad de la mujer. A esa pregunta respondía: «No tiene lazos de cuerda, sino vínculos de amor y afecto del alma» (De virginitate, 13, 77). Y, precisamente en un célebre sermón a las vírgenes, dijo: «Cristo es todo para nosotros. Si tú quieres curar tus heridas, él es médico; si estás ardiendo de fiebre, él es fuente refrescante; si estás oprimido por la iniquidad, él es justicia; si tienes necesidad de ayuda, él es vigor; si temes la muerte, él es la vida; si deseas el cielo, él es el camino; si huyes de las tinieblas, él es la luz; si buscas comida, él es alimento» (ib., 16, 99).



Queridos hermanos y hermanas consagrados, os agradezco vuestro testimonio y os aliento: mirad al futuro con confianza, contando con la fidelidad de Dios, que no nos faltará nunca, y el poder de su gracia, capaz de realizar siempre nuevas maravillas, también en nosotros y con nosotros. Las antífonas de la salmodia de este sábado nos han llevado a contemplar el misterio de la Virgen María. De hecho, en ella podemos reconocer el «tipo de vida en pobreza y virginidad que eligió para sí mismo Cristo el Señor y que también abrazó su madre, la Virgen» (Lumen gentium, 46), una vida en plena obediencia a la voluntad de Dios.

El himno nos ha recordado también las palabras de Jesús en la cruz: «Desde la gloria de su patíbulo, Jesús habla a la Virgen: “Mujer, he ahí a tu hijo”; “Juan, he ahí a tu madre”». María, Madre de Cristo, extiende y prolonga también en nosotros su divina maternidad, para que el ministerio de la Palabra y de los sacramentos, la vida de contemplación y la actividad apostólica en las múltiples formas perseveren, sin cansancio y con valentía, al servicio de Dios y para la edificación de su Iglesia.

En este momento quiero dar gracias a Dios por los numerosos sacerdotes ambrosianos, religiosos y religiosas que han gastado sus energías al servicio del Evangelio, llegando incluso al sacrificio supremo de la vida. Algunos de ellos han sido propuestos al culto y a la imitación de los fieles también en tiempos recientes: los beatos sacerdotes Luigi Talamoni, Luigi Biraghi, Luigi Monza, Carlo Gnocchi, Serafino Morazzone; los beatos religiosos Giovanni Mazzucconi, Luigi Monti y Clemente Vismara, y las religiosas Maria Anna Sala y Enrichetta Alfieri. Por su común intercesión pidamos con confianza al Dador de todo don que haga siempre fecundo el ministerio de los sacerdotes, que refuerce el testimonio de las personas consagradas, para mostrar al mundo la belleza de la entrega a Cristo y a la Iglesia; y que renueve a las familias cristianas según el designio de Dios, para que sean espacios de gracia y de santidad, terreno fértil para las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Amén. Gracias.



ENCUENTRO CON LOS CONFIRMANDOS

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Estadio «Meazza», San Siro

Sábado 2 de junio de 2012

Queridos muchachos y muchachas:

Para mí es una gran alegría poder encontrarme con vosotros durante mi visita a vuestra ciudad. En este famoso estadio de fútbol hoy los protagonistas sois vosotros. Saludo a vuestro arzobispo, el cardenal Angelo Scola, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. Gracias también a don Samuele Marelli. Saludo a vuestro amigo que, en nombre de todos vosotros, me ha dirigido palabras de bienvenida. Me alegra saludar a los vicarios episcopales que, en nombre del arzobispo, os han administrado o administrarán la Confirmación. Expreso mi agradecimiento en particular a la fundación «Oratori Milanesi» que ha organizado este encuentro, a vuestros sacerdotes, a todos los catequistas, a los educadores, a los padrinos y a las madrinas, y a quienes en las diversas comunidades parroquiales se han hecho vuestros compañeros de viaje y os han testimoniado la fe en Jesucristo muerto y resucitado, y vivo.



Vosotros, queridos muchachos, os estáis preparando para recibir el sacramento de la Confirmación, o lo habéis recibido recientemente. Sé que habéis realizado un buen itinerario formativo, llamado este año «El espectáculo del Espíritu». Ayudados por este itinerario, con varias etapas, habéis aprendido a reconocer las cosas estupendas que el Espíritu Santo ha hecho y hace en vuestra vida y en todos los que dicen «sí» al Evangelio de Jesucristo. Habéis descubierto el gran valor del Bautismo, el primero de los sacramentos, la puerta de entrada a la vida cristiana. Vosotros lo habéis recibido gracias a vuestros padres, que juntamente con los padrinos, en vuestro nombre, profesaron el Credo y se comprometieron a educaros en la fe. Esta fue para vosotros —al igual que para mí, hace mucho tiempo— una gracia inmensa. Desde aquel momento, renacidos por el agua y por el Espíritu Santo, habéis entrado a formar parte de la familia de los hijos de Dios, habéis llegado a ser cristianos, miembros de la Iglesia.

Ahora habéis crecido, y vosotros mismos podéis decir vuestro personal «sí» a Dios, un «sí» libre y consciente. El sacramento de la Confirmación refuerza el Bautismo y derrama el Espíritu Santo en abundancia sobre vosotros. Ahora vosotros mismos, llenos de gratitud, tenéis la posibilidad de acoger sus grandes dones, que os ayudan, en el camino de la vida, a ser testigos fieles y valientes de Jesús. Los dones del Espíritu son realidades estupendas, que os permiten formaros como cristianos, vivir el Evangelio y ser miembros activos de la comunidad. Recuerdo brevemente estos dones, de los que ya nos habla el profeta Isaías y luego Jesús:

El primer don es la sabiduría, que os hace descubrir cuán bueno y grande es el Señor y, como lo dice la palabra, hace que vuestra vida esté llena de sabor, para que, como decía Jesús, seáis «sal de la tierra».

Luego el don de entendimiento, para que comprendáis a fondo la Palabra de Dios y la verdad de la fe.

Después viene el don de consejo, que os guiará a descubrir el proyecto de Dios para vuestra vida, para la vida de cada uno de vosotros.

Sigue el don de fortaleza, para vencer las tentaciones del mal y hacer siempre el bien, incluso cuando cuesta sacrificio.

Luego el don de ciencia, no ciencia en el sentido técnico, como se enseña en la Universidad, sino ciencia en el sentido más profundo, que enseña a encontrar



en la creación los signos, las huellas de Dios, a comprender que Dios habla en todo tiempo y me habla a mí, y a animar con el Evangelio el trabajo de cada día; a comprender que hay una profundidad y comprender esta profundidad, y así dar sentido al trabajo, también al que resulta difícil.

Otro don es el de piedad, que mantiene viva en el corazón la llama del amor a nuestro Padre que está en el cielo, para que oremos a él cada día con confianza y ternura de hijos amados; para no olvidar la realidad fundamental del mundo y de mi vida: que Dios existe, y que Dios me conoce y espera mi respuesta a su proyecto. Y, por último, el séptimo don es el temor de Dios —antes hablamos del miedo—; temor de Dios no indica miedo, sino sentir hacia él un profundo respeto, el respeto de la voluntad de Dios que es el verdadero designio de mi vida y es el camino a través del cual la vida personal y comunitaria puede ser buena; y hoy, con todas las crisis que hay en el mundo, vemos la importancia de que cada uno respete esta voluntad de Dios grabada en nuestro corazón y según la cual debemos vivir; y así este temor de Dios es deseo de hacer el bien, de vivir en la verdad, de cumplir la voluntad de Dios.



Queridos muchachos y muchachas, toda la vida cristiana es un camino, es como recorrer una senda que sube a un monte —por tanto, no siempre es fácil, pero subir a un monte es una experiencia bellísima— en compañía de Jesús. Con estos dones preciosos vuestra amistad con él será aún más verdadera y más íntima. Esa amistad se alimenta continuamente con el sacramento de la Eucaristía, en el que recibimos su Cuerpo y su Sangre. Por eso os invito a participar siempre con alegría y fidelidad en la misa dominical, cuando toda la comunidad se reúne para orar juntamente, para escuchar la Palabra de Dios y participar en el Sacrificio eucarístico. Y acudid también al sacramento de la Penitencia, a la Confesión: es un encuentro con Jesús, que perdona nuestros pecados y nos ayuda a hacer el bien. Recibir el don, recomenzar de nuevo es un gran don en la vida, saber que soy libre, que puedo recomenzar, que todo está perdonado. Que no falte, además, vuestra oración personal de cada día. Aprended a dialogar con el Señor, habladle con confianza, contadle vuestras alegrías y preocupaciones, y pedidle luz y apoyo para vuestro camino.

Queridos amigos, vosotros sois afortunados porque en vuestras parroquias hay oratorios, un gran don de la diócesis de Milán. El oratorio, como lo dice la palabra, es un lugar donde se ora, pero también donde se está en grupo con la alegría de la fe, se recibe catequesis, se juega, se organizan actividades de servicio y de otro tipo; yo diría: se aprende a vivir. Frecuentad asiduamente vuestro orato-



rio, para madurar cada vez más en el conocimiento y en el seguimiento del Señor. Estos siete dones del Espíritu Santo crecen precisamente en esta comunidad donde se ejercita la vida en la verdad, con Dios. En la familia obedeced a vuestros padres, escuchad las indicaciones que os dan, para crecer como Jesús «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2, 52). Por último, no seáis perezosos, sino muchachos y jóvenes comprometidos, especialmente en el estudio, con vistas a la vida futura: es vuestro deber diario y es una gran oportunidad que tenéis para crecer y para preparar el futuro. Estad disponibles y sed generosos con los demás, venciendo la tentación de poneros vosotros mismos en el centro, porque el egoísmo es enemigo de la verdadera alegría. Si gustáis ahora la belleza de formar parte de la comunidad de Jesús, podréis también vosotros dar vuestra contribución para hacerla crecer y sabréis invitar a los demás a formar parte de ella. Permitidme asimismo deciros que el Señor cada día, también hoy, aquí, os llama a cosas grandes. Estad abiertos a lo que os sugiere y, si os llama a seguirlo por la senda del sacerdocio o de la vida consagrada, no le digáis no. Sería una pereza equivocada. Jesús os colmará el corazón durante toda la vida.



Queridos muchachos, queridas muchachas, os digo con fuerza: tended a altos ideales: todos, no sólo algunos, pueden llegar a una alta medida. Sed santos. Pero, ¿es posible ser santos a vuestra edad? Os respondo: ¡ciertamente! Lo dice también san Ambrosio, gran santo de vuestra ciudad, en una de sus obras, donde escribe: «Toda edad es madura para Cristo» (De virginitate, 40). Y sobre todo lo demuestra el testimonio de numerosos santos coetáneos vuestros, como Domingo Savio o María Goretti. La santidad es la senda normal del cristiano: no está reservada a unos pocos elegidos, sino que está abierta a todos. Naturalmente, con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, que no nos faltará si extendemos nuestras manos y abrimos nuestro corazón; y con la guía de nuestra Madre. ¿Quién es nuestra Madre? Es la Madre de Jesús, María. A ella Jesús nos encomendó a todos, antes de morir en la cruz. Que la Virgen María custodie siempre la belleza de vuestro «sí» a Jesús, su Hijo, el gran y fiel Amigo de vuestra vida. Así sea.





ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Sala del Trono del Arzobispado de Milán

Sábado 2 de junio de 2012

Ilustres señores:

Os agradezco sinceramente este encuentro, que revela vuestros sentimientos de respeto y estima hacia la Sede apostólica y, al mismo tiempo, me permite, en calidad de Pastor de la Iglesia universal, expresaros aprecio por la obra diligente y benemérita que no cesáis de promover para un bienestar civil, social y económico cada vez mayor de las laboriosas poblaciones milanesas y lombardas. Gracias al cardenal Angelo Scola que ha introducido este momento. Al dirigiros mi deferente y cordial saludo a vosotros, mi pensamiento va a aquel que fue vuestro ilustre predecesor, san Ambrosio, gobernador —consularis— de las provincias de Liguria y Aemilia, con sede en la ciudad imperial de Milán, lugar europeo de tránsito y de referencia —diríamos hoy—. Antes de ser elegido obispo de Mediolanum, de modo inesperado y absolutamente

contra su voluntad, porque no se sentía preparado, había sido el responsable del orden público y había administrado la justicia en esta ciudad. Me parecen significativas las palabras con que el prefecto Probo lo invitó como consularis a Milán; de hecho, le dijo: «Ve y administra no como un juez, sino como un obispo». Y fue efectivamente un gobernador equilibrado e iluminado que supo afrontar con sabiduría, buen sentido y autoridad las cuestiones, sabiendo superar contrastes y recomponer divisiones. Precisamente quiero detenerme brevemente en algunos principios, por los que él se regía y que siguen siendo valiosos para quienes están llamados a la administración pública.

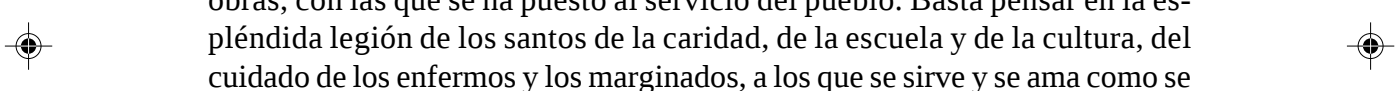
En su comentario al Evangelio de san Lucas, san Ambrosio recuerda que «la institución del poder deriva tan bien de Dios, que quien lo ejerce es él mismo ministro de Dios» (*Expositio Evangelii secundum Lucam*, IV, 29). Esas palabras podrían parecer extrañas a los hombres del tercer milenio, pero indican claramente una verdad central sobre la persona humana, que es fundamento sólido de la convivencia social: ningún poder del hombre puede considerarse divino; por tanto, ningún hombre es amo de otro hombre. San Ambrosio lo recordará con valentía al emperador, escribiéndole: «También tú, oh augusto emperador, eres un hombre» (*Epistula* 51, 11).

De la enseñanza de san Ambrosio podemos sacar otro elemento. La primera cualidad de quien gobierna es la justicia, virtud pública por excelencia, porque atañe al bien de toda la comunidad. Sin embargo, la justicia no basta. San Ambrosio la acompaña con otra cualidad: el amor a la libertad, que él considera elemento decisivo para distinguir a los buenos gobernantes de los malos, pues, como se lee en otra de sus cartas, «los buenos aman la libertad, y los malos aman la esclavitud» (*Epistula* 40, 2). La libertad no es un privilegio para algunos, sino un derecho de todos, un valioso derecho que el poder civil debe garantizar. Con todo, la libertad no significa arbitrio del individuo; más bien, implica la responsabilidad de cada uno. Aquí se encuentra uno de los principales elementos de la laicidad del Estado: asegurar la libertad para que todos puedan proponer su visión de la vida común, pero siempre en el respeto de los demás y en el contexto de las leyes que miran al bien de todos.

Por otra parte, en la medida en que se supera la concepción de un Estado confesional, resulta claro, en cualquier caso, que sus leyes deben encontrar justificación y fuerza en la ley natural, que es fundamento de un orden adecuado a la dignidad de la persona humana, superando una concepción meramente positivista,



de la que no pueden derivar indicaciones que sean, de algún modo, de carácter ético (cf. Discurso al Parlamento alemán, 22 de septiembre de 2011). El Estado está al servicio y para la protección de la persona y de su «bien estar» en sus múltiples aspectos, comenzando por el derecho a la vida, cuya supresión deliberada nunca se puede permitir. Así pues, cada uno puede ver cómo la legislación y la obra de las instituciones estatales deben estar, en particular, al servicio de la familia, fundada en el matrimonio y abierta a la vida; y además deben reconocer el derecho primario de los padres a la libre educación y formación de los hijos, según el proyecto educativo que ellos juzguen válido y pertinente. No se hace justicia a la familia si el Estado no sostiene la libertad de educación para el bien común de toda la sociedad.



Teniendo en cuenta que el Estado existe para los ciudadanos resulta muy valiosa una colaboración constructiva con la Iglesia, sin duda no por una confusión de las finalidades y de las funciones diversas y distintas del poder civil y de la Iglesia misma, sino por la aportación que ella ha dado y todavía puede dar a la sociedad con su experiencia, su doctrina, su tradición, sus instituciones y sus obras, con las que se ha puesto al servicio del pueblo. Basta pensar en la espléndida legión de los santos de la caridad, de la escuela y de la cultura, del cuidado de los enfermos y los marginados, a los que se sirve y se ama como se sirve y se ama al Señor. Esta tradición sigue dando frutos: la laboriosidad de los cristianos lombardos en esos ambientes es muy viva y tal vez aún más significativa que en el pasado. Las comunidades cristianas promueven estas actividades no tanto como suplencia, cuanto como sobreabundancia gratuita de la caridad de Cristo y de la experiencia totalizadora de su fe. El tiempo de crisis que estamos atravesando, además de valientes decisiones técnico-políticas, necesita gratuidad, como recordé: «La “ciudad del hombre” no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión» (Caritas in veritate, 6).

Podemos recoger una última y valiosa invitación de san Ambrosio, cuya figura solemne y amonestadora está tejida en el estandarte de la ciudad de Milán. A quienes quieren colaborar en el gobierno y en la administración pública san Ambrosio les pide que se hagan amar. En la obra *De officiis* afirma: «Lo que hace el amor, no podrá nunca hacerlo el miedo. Nada es tan útil como hacerse amar» (II, 29). Por otra parte, la razón que a su vez mueve y estimula vuestra activa y laboriosa presencia en los distintos ámbitos de la vida pública no puede menos de ser la voluntad de dedicaros al bien de los ciudadanos, y, por tanto, una expresión clara y un signo



evidente de amor. Así, la política se ennoblece profundamente, convirtiéndose en una forma elevada de caridad.

Ilustres señores, aceptad estas sencillas consideraciones como signo de mi profunda estima por las instituciones a las que servís y por vuestra importante obra. Que os asista, en esta misión vuestra, la protección continua del cielo, de la cual quiere ser prenda y auspicio la bendición apostólica que os imparto a vosotros, a vuestros colaboradores y a vuestras familias. Gracias.



FIESTA DE LOS TESTIMONIOS

INTERVENCIÓN DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Parco de Bresso

Sábado 2 de junio de 2012

EL PAPA CON LAS FAMILIAS DEL MUNDO

1. *CAT TIEN (niña de Vietnam):* *Hola, Papa. Soy Cat Tien, vengo de Vietnam.*

Tengo siete años y te quiero presentar a mi familia. Él es mi papá, Dan, y mi mamá se llama Tao, y este es mi hermanito Binh.

Me gustaría mucho saber algo de tu familia y de cuando eras pequeño como yo...

SANTO PADRE: Gracias a ti, querida, y a los padres: gracias de corazón. Así que has preguntado cómo son los recuerdos de mi familia: ¡serían tantos! Qui-



siera decir sólo alguna cosa. Para nosotros, el punto esencial para la familia era siempre el domingo, pero el domingo comenzaba ya el sábado por la tarde. El padre nos contaba las lecturas, las lecturas del domingo, tomadas de un libro muy difundido en aquel tiempo en Alemania, en el que también se explicaban los textos. Así comenzaba el domingo: entrábamos ya en la liturgia, en una atmósfera de alegría. Al día siguiente íbamos a Misa. Mi casa está cerca de Salzburgo y, por tanto, teníamos mucha música – Mozart, Schubert, Haydn – y, cuando empezaba el Kyrie, era como si se abriera el cielo. Y, naturalmente, luego, en casa, era muy importante una buena comida todos juntos. Además, cantábamos mucho: mi hermano es un gran músico, ya de chico hacía composiciones para todos nosotros y, así, toda la familia cantaba. El papá tocaba la cítara y cantaba; son momentos inolvidables. Naturalmente, luego hemos hecho viajes juntos, paseos; estábamos cerca de un bosque, así que caminar por los bosques era algo muy bonito: aventuras, juegos, etc. En una palabra, éramos un solo corazón y un alma sola, con tantas experiencias comunes, incluso en tiempos muy difíciles, porque eran los años de la guerra, antes de la dictadura, y después de la pobreza. Pero este amor recíproco que había entre nosotros, esta alegría aun por cosas simples era grande y así se podían superar y soportar también las dificultades. Me parece que esto es muy importante: que también las pequeñas cosas hayan dado alegría, porque así se expresaba el corazón del otro. De este modo, hemos crecido en la certeza de que es bueno ser hombre, porque veíamos que la bondad de Dios se reflejaba en los padres y en los hermanos. Y, a decir verdad, cuando trato de imaginar un poco cómo será en el Paraíso, se me parece siempre al tiempo de mi juventud, de mi infancia. Así, en este contexto de confianza, de alegría y de amor, éramos felices, y pienso que en el Paraíso debería ser similar a como era en mi juventud. En este sentido, espero ir «a casa», yendo hacia la «otra parte del mundo».

2. SERGE RAZAFINBONY Y FARA ANDRIANOMBONANA, (*Pareja de novios de Madagascar*):

SERGE: Santidad, somos Fara y Serge, y venimos de Madagascar.

Nos hemos conocido en Florencia, donde estamos estudiando, yo ingeniería y ella economía. Somos novios desde hace cuatro años y soñamos volver a nuestro país en cuanto terminemos los estudios para dar una mano a nuestra gente, también mediante nuestra profesión.



FARA: Los modelos familiares que predominan en Occidente no nos convencen, pero somos conscientes de que también muchos tradicionalismos de nuestra África deban ser de algún modo superados. Nos sentimos hechos el uno para el otro; por eso queremos casarnos y construir un futuro juntos. También queremos que cada aspecto de nuestra vida esté orientado por los valores del Evangelio.

Pero hablando de matrimonio, Santidad, hay una palabra que, más que ninguna otra, nos atrae y al mismo tiempo nos asusta: el «para siempre»...

SANTO PADRE: Queridos amigos, gracias por este testimonio. Mi oración os acompaña en este camino de noviazgo y espero que podáis crear, con los valores del Evangelio, una familia «para siempre». Usted ha aludido a diversos tipos de matrimonio: conocemos el «mariage coutumier» de África y el matrimonio occidental. A decir verdad, también en Europa había otro modelo de matrimonio dominante hasta el s. XIX, como ahora: a menudo, el matrimonio era en realidad un contrato entre clanes, con el cual se traba de conservar el clan, de abrir el futuro, de defender las propiedades, etc. Se buscaba a uno para el otro por parte del clan, esperando que fueran idóneos uno para otro. Así sucedía en parte también en nuestros países. Yo me acuerdo que, en un pequeño pueblo en el que iba al colegio, en buena parte se hacía todavía así. Pero luego, desde el s. XIX, viene la emancipación del individuo, de la persona, y el matrimonio no se basa en la voluntad de otros, sino en la propia elección; comienza con el enamoramiento, se convierte luego en noviazgo y finalmente en matrimonio. En aquel tiempo, todos estábamos convencidos de que ese era el único modelo justo y de que el amor garantizaba de por sí el «siempre», puesto que el amor es absoluto y quiere todo, también la totalidad del tiempo: es «para siempre». Desafortunadamente, la realidad no era así: se ve que el enamoramiento es bello, pero quizás no siempre perpetuo, como lo es también el sentimiento: no permanece por siempre. Por tanto, se ve que el paso del enamoramiento al noviazgo y luego al matrimonio exige diferentes decisiones, experiencias interiores. Como he dicho, es bello este sentimiento de amor, pero debe ser purificado, ha de seguir un camino de discernimiento, es decir, tiene que entrar también la razón y la voluntad; han de unirse razón, sentimiento y voluntad. En el rito del matrimonio, la Iglesia no dice: «¿Estás enamorado?», sino «¿quieres?», «¿estás decidido?». Es decir, el enamoramiento debe hacerse verdadero amor, implicando la voluntad y la razón en un camino de purificación, de mayor hondura, que es el noviazgo, de modo que todo el hombre, con todas sus capacidades, con el discernimiento de la razón y la fuerza de voluntad, dice realmente: «Sí, esta es mi vida». Yo pienso con frecuencia en la boda de Caná. El primer vino es muy bueno: es el enama-

miento. Pero no dura hasta el final: debe venir un segundo vino, es decir, tiene que fermentar y crecer, madurar. Un amor definitivo que llega a ser realmente «segundo vino» es más bueno, mejor que el primero. Y esto es lo que hemos de buscar. Y aquí es importante también que el yo no esté aislado, el yo y el tú, sino que se vea implicada también la comunidad de la parroquia, la Iglesia, los amigos. Es muy importante esto, toda la personalización justa, la comunión de vida con otros, con familias que se apoyan una a otra; y sólo así, en esta implicación de la comunidad, de los amigos, de la Iglesia, de la fe, de Dios mismo, crece un vino que vale para siempre. ¡Os felicito!

3. FAMILIA PALEOLOGOS (*Familia griega*)

NIKOS: ¡Kalispera! Somos la familia Paleologos. Venimos de Atenas. Me llamo Nikos y ella es mi mujer Pania. Y estos son nuestros dos hijos, Pavlos y Lydia.

Hace años, con otros dos socios, invirtiendo todo lo que teníamos, hemos creado una pequeña sociedad de informática.

Al llegar la durísima crisis económica actual, los clientes han disminuido drásticamente, y los que han quedado aplazan cada vez más los pagos. A duras penas logramos pagar los sueldos de los dos dependientes, y a nosotros, los socios, nos queda muy poco: así que, cada día que pasa, nos queda cada vez menos para mantener a nuestras familias. Nuestra situación es una como tantas, una entre millones de otras. En la ciudad, la gente va agachando la cabeza; ya nadie confía en nadie, falta la esperanza.

PANIA: También a nosotros, aunque seguimos creyendo en la providencia, se nos hace difícil pensar en un futuro para nuestros hijos.

Hay días y noches, Santo Padre, en los cuáles nos surge la pregunta sobre cómo hacer para no perder la esperanza. ¿Qué puede decir la Iglesia a toda esta gente, a estas personas y familias a las que ya no queda perspectivas?

SANTO PADRE: Queridos amigos, gracias por este testimonio que me ha llegado al corazón y al corazón de todos nosotros. ¿Qué podemos responder? Las palabras son insuficientes. Deberíamos hacer algo concreto y todos sufrimos por el hecho de que somos incapaces de hacer algo concreto. Hablemos primero de la

política: me parece que debería crecer el sentido de responsabilidad en todos los partidos, que no prometan cosas que no pueden realizar, que no busquen sólo votos para ellos, sino que sean responsables del bien de todos y que se entienda que la política es siempre también responsabilidad humana, moral ante Dios y los hombres. Después, también las personas sufren y tienen que aceptar, naturalmente, la situación tal como es, a menudo sin posibilidad de defenderse. Sin embargo, también podemos aquí decir: tratemos de que cada uno haga todo lo que esté en sus manos, que piense en sí mismo, en la familia y en los otros con gran sentido de responsabilidad, sabiendo que los sacrificios son necesarios para seguir adelante. Tercer punto: ¿qué podemos hacer nosotros? Esta es mi pregunta en este momento. Pienso que quizás podrían ayudar los hermanamientos entre ciudades, entre familias, entre parroquias. Nosotros tenemos ahora en Europa una red de hermanamientos, pero se trata de intercambios culturales, ciertamente muy buenos y útiles, pero quizás se requieran hermanamientos en otro sentido: que realmente una familia de Occidente, de Italia, Alemania o Francia,... se tome la responsabilidad de ayudar a otra familia. Y también así las parroquias, las ciudades: que asuman verdaderamente una responsabilidad, que ayuden de forma concreta. Y estad seguros: yo y tantos otros rogamos por vosotros, y esta plegaria no es sólo pronunciar palabras, sino que abre el corazón a Dios, y así suscita también creatividad para encontrar soluciones. Esperamos que el Señor nos ayude, que el Señor os ayude siempre. Gracias.

4. *FAMILIA RERRIE (Familia estadounidense)*

JAY: Vivimos cerca de Nueva York.

Me llamo Jay, soy de origen jamaicano y trabajo de contable.

Ella es mi mujer, Anna, y es maestra de apoyo.

Y estos son nuestros seis hijos, que tienen de 2 a 12 años. Así que se puede imaginar, Santidad, que nuestra vida está hecha de continuas carreras contra el tiempo, de afanes, de ajustes muy complicados...

También para nosotros, en los Estados Unidos, una de las prioridades absolutas es conservar el puesto de trabajo y, para ello, no hay que atenerse a los horarios y, con frecuencia, lo que se resiente son precisamente las relaciones familiares.



ANNA: En verdad no siempre es fácil... La impresión, Santidad, es que las instituciones y las empresas no facilitan compaginar el tiempo del trabajo con el tiempo para la familia.

Santidad, imaginamos que para usted tampoco es fácil conciliar sus infinitos compromisos con el descanso.

¿Tiene algún consejo para ayudarnos a reencontrar esta armonía necesaria? En el torbellino de tantos estímulos impuestos por la sociedad contemporánea, ¿cómo ayudar a la familia a vivir la fiesta según el corazón de Dios?

SANTO PADRE: Es una gran cuestión, y creo entender este dilema entre las dos prioridades: la prioridad del puesto de trabajo es fundamental, como lo es la prioridad de la familia. Y cómo armonizar las dos prioridades. Puedo tratar únicamente de dar algún consejo. El primer punto: hay empresas que permiten un cierto extra para las familias – el día del cumpleaños, etc. – y comprueban que conceder un poco de libertad, al final hace bien también a la empresa, porque refuerza el amor por el trabajo, por el puesto de trabajo. Por tanto, quisiera aquí invitar a quienes dan trabajo a pensar en la familia, a pensar también en dar su aportación para que las dos prioridades puedan conciliar. Segundo punto: me parece que naturalmente se deba buscar una cierta creatividad, y esto no siempre es fácil. Pero llevar cada día a la familia al menos algún motivo de alegría, de atención, alguna renuncia a la propia voluntad para estar juntos en familia, y de aceptar y superar las noches, las oscuridades de las que antes ya he hablado, pensando en este gran bien que es la familia y encontrar así una conciliación de las dos prioridades, también en la solicitud por llevar cada día algo bueno. Y finalmente, está el domingo, la fiesta; espero que en América se observe el domingo. Y por tanto, este día, me parece muy importante, porque el domingo, precisamente en cuanto día del Señor es también «día del hombre», porque estamos libres. En el relato de la creación, esta era la intención original del Creador: que todos seamos libres un día. En esta libertad de uno para el otro, para sí mismos, se es libre para Dios. Pienso que así defendemos la libertad del hombre, defendiendo el domingo y las fiestas como días de Dios y así días del hombre. Os felicito. Gracias.

5. FAMILIA ARAUJO (*familia brasileña de Porto Alegre*)

MARIA MARTA: Santidad, como en el resto del mundo, también en Brasil los fracasos matrimoniales van aumentando.

Me llamo María Marta, él es Manoel Angelo. Estamos casados desde hace 34 años y somos ya abuelos. En cuanto médico y psicoterapeuta familiar encontramos tantas familias, observando en los conflictos de pareja una dificultad mayor de perdonar y de aceptar el perdón, pero en diversos casos hemos visto el deseo y la voluntad de construir una nueva unión algo de duradero, también para los hijos que nacen de la nueva unión.

MANOEL ANGELO: Algunas de estas parejas que se vuelven a casar desearían acercarse nuevamente a la Iglesia, pero cuando ven que se les niega los sacramentos su desilusión es grande. Se sienten excluidos, marcados por un juicio inapelable.

Estos grandes sufrimientos hieren en lo profundo a quien está implicado; heridas que se convierten también parte del mundo, y son heridas también nuestras, de toda la humanidad.

Santo Padre, sabemos que esta situación y estas personas es una gran preocupación para la Iglesia: ¿Qué palabras y signos de esperanza podemos darles?

SANTO PADRE: Queridos amigos, gracias por vuestro trabajo tan necesario de psicoterapeutas para la familia. Gracias por todo lo que hacéis por ayudar a estas personas que sufren. En realidad, este problema de los divorciados y vueltos a casar es una de las grandes penas de la Iglesia de hoy. Y no tenemos recetas sencillas. El sufrimiento es grande y podemos sólo animar a las parroquias, a cada uno individualmente, a que ayuden a estas personas a soportar el dolor de este divorcio. Diría que, naturalmente, sería muy importante la prevención, es decir, que se profundizara desde el inicio del enamoramiento hasta llegar a una decisión profunda, madura; y también el acompañamiento durante el matrimonio, para que las familias nunca estén solas sino que estén realmente acompañadas en su camino. Y luego, por lo que se refiere a estas personas, debemos decir – como usted ha hecho notar – que la Iglesia les ama, y ellos deben ver y sentir este amor. Me parece una gran tarea de una parroquia, de una comunidad católica, el hacer realmente lo posible para que sientan que son amados, aceptados, que no están «fuera» aunque no puedan recibir la absolución y la Eucaristía: deben ver que aun así viven plenamente en la Iglesia. A lo mejor, si no es posible la absolución en la Confesión, es muy importante sin embargo un contacto permanente con un sacerdote, con un director espiritual, para que puedan ver que son acompañados, guiados. Además, es muy valioso que sientan que la Eucaristía es verdadera y participada si realmente entran



en comunión con el Cuerpo de Cristo. Aun sin la recepción «corporal» del sacramento, podemos estar espiritualmente unidos a Cristo en su Cuerpo. Y hacer entender que esto es importante. Que encuentren realmente la posibilidad de vivir una vida de fe, con la Palabra de Dios, con la comunión de la Iglesia y puedan ver que su sufrimiento es un don para la Iglesia, porque sirve así a todos para defender también la estabilidad del amor, del matrimonio; y que este sufrimiento no es sólo un tormento físico y psicológico, sino que también es un sufrir en la comunidad de la Iglesia por los grandes valores de nuestra fe. Pienso que su sufrimiento, si se acepta de verdad interiormente, es un don para la Iglesia. Deben saber que precisamente de esa manera sirven a la Iglesia, están en el corazón de la Iglesia. Gracias por vuestro compromiso.

SALUDOS A LOS AFECTADOS POR EL TERREMOTO



SANTO PADRE: Querido amigos, sabéis que sentimos profundamente vuestro dolor, vuestro sufrimiento; y sobretodo, ruego cada día para que termine por fin este terremoto. Todos queremos colaborar para ayudarlos: estad seguros de que no los olvidamos, que todos hacemos lo posible para ayudarles – la Caritas, todas las organizaciones de la Iglesia, el Estado, las diversas comunidades –; cada uno de nosotros quiere ayudarlos, sea espiritualmente con nuestra plegaria, con la cercanía de corazón, sea materialmente, y oro insistentemente por vosotros. Dios os ayude, nos ayude a todos. Os felicito, el Señor os bendiga.



CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Parque de Bresso

Domingo 3 de junio de 2012

Venerados hermanos,
Ilustres autoridades,
Queridos hermanos y hermanas

Es un gran momento de alegría y comunión el que vivimos esta mañana, con la celebración del sacrificio eucarístico. Una gran asamblea, reunida con el Sucesor de Pedro, formada por fieles de muchas naciones. Es una imagen expresiva de la Iglesia, una y universal, fundada por Cristo y fruto de aquella misión que, como hemos escuchado en el evangelio, Jesús confió a sus apóstoles: Ir y hacer discípulos a todos los pueblos, «bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 18-19). Saludo con afecto y reconocimiento al Cardenal Angelo Scola, Arzobispo de Milán, y al Cardenal Ennio Antonelli, Presidente del Pontificio Consejo para la Familia, artífices principales de este VII Encuentro Mundial de las

Familias, así como a sus colaboradores, a los obispos auxiliares de Milán y a todos los demás obispos. Saludo con alegría a todas las autoridades presentes. Mi abrazo cordial va dirigido sobre todo a vosotras, queridas familias. Gracias por vuestra participación.

En la segunda lectura, el apóstol Pablo nos ha recordado que en el bautismo hemos recibido el Espíritu Santo, que nos une a Cristo como hermanos y como hijos nos relaciona con el Padre, de tal manera que podemos gritar: «¡Abba, Padre!» (cf. Rm 8, 15.17). En aquel momento se nos dio un germen de vida nueva, divina, que hay que desarrollar hasta su cumplimiento definitivo en la gloria celestial; hemos sido hechos miembros de la Iglesia, la familia de Dios, «sacrum Trinitatis», según la define san Ambrosio, pueblo que, como dice el Concilio Vaticano II, aparece «unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Const. Lumen gentium, 4). La solemnidad litúrgica de la Santísima Trinidad, que celebramos hoy, nos invita a contemplar ese misterio, pero nos impulsa también al compromiso de vivir la comunión con Dios y entre nosotros según el modelo de la Trinidad. Estamos llamados a acoger y transmitir de modo concorde las verdades de la fe; a vivir el amor recíproco y hacia todos, compartiendo gozos y sufrimientos, aprendiendo a pedir y conceder el perdón, valorando los diferentes carismas bajo la guía de los pastores. En una palabra, se nos ha confiado la tarea de edificar comunidades eclesiales que sean cada vez más una familia, capaces de reflejar la belleza de la Trinidad y de evangelizar no sólo con la palabra. Más bien diría por «irradiación», con la fuerza del amor vivido.

La familia, fundada sobre el matrimonio entre el hombre y la mujer, está también llamada al igual que la Iglesia a ser imagen del Dios Único en Tres Personas. Al principio, en efecto, «creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: “Creced, multiplicaos”» (Gn 1, 27-28). Dios creó el ser humano hombre y mujer, con la misma dignidad, pero también con características propias y complementarias, para que los dos fueran un don el uno para el otro, se valoraran recíprocamente y realizaran una comunidad de amor y de vida. El amor es lo que hace de la persona humana la auténtica imagen de la Trinidad, imagen de Dios. Queridos esposos, viviendo el matrimonio no os dais cualquier cosa o actividad, sino la vida entera. Y vuestro amor es fecundo, en primer lugar, para vosotros mismos, porque deseáis y realizáis el bien el uno al otro, experimentando la alegría del recibir y del dar. Es fecundo también en la procreación, generosa y responsable, de los hijos, en el cuidado



esmerado de ellos y en la educación metódica y sabia. Es fecundo, en fin, para la sociedad, porque la vida familiar es la primera e insustituible escuela de virtudes sociales, como el respeto de las personas, la gratuidad, la confianza, la responsabilidad, la solidaridad, la cooperación. Queridos esposos, cuidad a vuestros hijos y, en un mundo dominado por la técnica, transmitidles, con serenidad y confianza, razones para vivir, la fuerza de la fe, planteándoles metas altas y sosteniéndolos en la debilidad. Pero también vosotros, hijos, procurad mantener siempre una relación de afecto profundo y de cuidado diligente hacia vuestros padres, y también que las relaciones entre hermanos y hermanas sean una oportunidad para crecer en el amor.



El proyecto de Dios sobre la pareja humana encuentra su plenitud en Jesucristo, que elevó el matrimonio a sacramento. Queridos esposos, Cristo, con un don especial del Espíritu Santo, os hace partícipes de su amor esponsal, haciéndoos signo de su amor por la Iglesia: un amor fiel y total. Si, con la fuerza que viene de la gracia del sacramento, sabéis acoger este don, renovando cada día, con fe, vuestro «sí», también vuestra familia vivirá del amor de Dios, según el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret. Queridas familias, pedid con frecuencia en la oración la ayuda de la Virgen María y de san José, para que os enseñen a acoger el amor de Dios como ellos lo acogieron. Vuestra vocación no es fácil de vivir, especialmente hoy, pero el amor es una realidad maravillosa, es la única fuerza que puede verdaderamente transformar el cosmos, el mundo. Ante vosotros está el testimonio de tantas familias, que señalan los caminos para crecer en el amor: mantener una relación constante con Dios y participar en la vida eclesial, cultivar el diálogo, respetar el punto de vista del otro, estar dispuestos a servir, tener paciencia con los defectos de los demás, saber perdonar y pedir perdón, superar con inteligencia y humildad los posibles conflictos, acordar las orientaciones educativas, estar abiertos a las demás familias, atentos con los pobres, responsables en la sociedad civil. Todos estos elementos construyen la familia. Vividlos con valentía, con la seguridad de que en la medida en que viváis el amor recíproco y hacia todos, con la ayuda de la gracia divina, os convertiréis en evangelio vivo, una verdadera Iglesia doméstica (cf. Exh. ap. Familiaris consortio, 49). Quisiera dirigir unas palabras también a los fieles que, aun compartiendo las enseñanzas de la Iglesia sobre la familia, están marcados por las experiencias dolorosas del fracaso y la separación. Sabed que el Papa y la Iglesia os sostienen en vuestra dificultad. Os animo a permanecer unidos a vuestras comunidades, al mismo tiempo que espero que las diócesis pongan en marcha adecuadas iniciativas de acogida y cercanía.



En el libro del Génesis, Dios confía su creación a la pareja humana, para que la guarde, la cultive, la encamine según su proyecto (cf. 1,27-28; 2,15). En esta indicación de la Sagrada Escritura podemos comprender la tarea del hombre y la mujer como colaboradores de Dios para transformar el mundo, a través del trabajo, la ciencia y la técnica. El hombre y la mujer son imagen de Dios también en esta obra preciosa, que han de cumplir con el mismo amor del Creador. Vemos que, en las modernas teorías económicas, prevalece con frecuencia una concepción utilitarista del trabajo, la producción y el mercado. El proyecto de Dios y la experiencia misma muestran, sin embargo, que no es la lógica unilateral del provecho propio y del máximo beneficio lo que contribuye a un desarrollo armónico, al bien de la familia y a edificar una sociedad justa, ya que supone una competencia exasperada, fuertes desigualdades, degradación del medio ambiente, carrera consumista, pobreza en las familias. Es más, la mentalidad utilitarista tiende a extenderse también a las relaciones interpersonales y familiares, reduciéndolas a simples convergencias precarias de intereses individuales y minando la solidez del tejido social.

Un último elemento. El hombre, en cuanto imagen de Dios, está también llamado al descanso y a la fiesta. El relato de la creación concluye con estas palabras: «Y habiendo concluido el día séptimo la obra que había hecho, descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró» (Gn 2,2-3). Para nosotros, cristianos, el día de fiesta es el domingo, día del Señor, pascua semanal. Es el día de la Iglesia, asamblea convocada por el Señor alrededor de la mesa de la palabra y del sacrificio eucarístico, como estamos haciendo hoy, para alimentarnos de él, entrar en su amor y vivir de su amor. Es el día del hombre y de sus valores: convivialidad, amistad, solidaridad, cultura, contacto con la naturaleza, juego, deporte. Es el día de la familia, en el que se vive juntos el sentido de la fiesta, del encuentro, del compartir, también en la participación de la santa Misa. Queridas familias, a pesar del ritmo frenético de nuestra época, no perdáis el sentido del día del Señor. Es como el oasis en el que detenerse para saborear la alegría del encuentro y calmar nuestra sed de Dios.

Familia, trabajo, fiesta: tres dones de Dios, tres dimensiones de nuestra existencia que han de encontrar un equilibrio armónico. Armonizar el tiempo del trabajo y las exigencias de la familia, la profesión y la paternidad y la maternidad, el trabajo y la fiesta, es importante para construir una sociedad de rostro humano. A este respecto, privilegiad siempre la lógica del ser respecto a la del tener: la primera



construye, la segunda termina por destruir. Es necesario aprender, antes de nada en familia, a creer en el amor auténtico, el que viene de Dios y nos une a él y precisamente por eso «nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea “todo para todos” (1 Co 15,28)» (Enc. Deus caritas est, 18). Amén.



BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Parque de Bresso

Domingo 3 de junio de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

No encuentro palabras para dar las gracias por esta fiesta de Dios, por esta comunión de la familia de Dios que somos nosotros. Al final de esta celebración, nuestra acción de gracias se dirige a Dios que nos ha donado esta gran experiencia eclesial. Por mi parte, expreso mi agradecimiento a todos los que han trabajado para este evento, comenzando por el cardenal Ennio Antonelli, presidente del Consejo pontificio para la familia —¡gracias, eminencia!—, y el cardenal Angelo Scola, arzobispo de Milán —¡gracias!—. También por este hermoso templo de Dios que nos ha dado. Doy las gracias a todos los responsables de la organización y a todos los voluntarios. Y me alegra anunciar que el próximo Encuentro mundial de las familias tendrá lugar en 2015, en Filadelfia, Estados Unidos. Saludo al arzobispo de Filadelfia, monseñor Charles Chaput, y le agradezco desde ahora la disponibilidad que ha ofrecido.



Saludo afectuosamente a las familias de lengua francesa y sobre todo a las que han venido a Milán. Encomiendo a todas las familias a la Sagrada Familia de Nazaret para que sean lugares donde se desarrolle la vida, familias donde Dios encuentre su lugar. Hoy participo también espiritualmente en la alegría de los fieles de la archidiócesis de Besançon que están reunidos para la celebración de la beatificación del padre Marie Jean-Joseph Lataste, sacerdote de la Orden de Predicadores, apóstol de la misericordia y «apóstol de las cárceles». Me siento feliz de anunciar que el próximo Encuentro mundial de las familias tendrá lugar en la ciudad de Filadelfia, Estados Unidos, en 2015. Que por la intercesión de la Virgen María abráis vuestro corazón y vuestros hogares a Cristo.

Al concluir esta celebración dirigiéndonos en oración a la Virgen María, quiero extender mi agradecimiento a todos los que han contribuido al éxito de este Encuentro mundial de las familias, especialmente al cardenal Ennio Antonelli, presidente del Consejo pontificio para la familia, al cardenal Angelo Scola, a la archidiócesis y a la ciudad de Milán, y a las numerosas personas de Italia y de otras partes que han orado y trabajado duramente para que este encuentro fuera un tiempo de gracia para todos. Ahora tengo la alegría de anunciar que el próximo Encuentro mundial de las familias tendrá lugar en 2015 en Filadelfia, Estados Unidos. Dirijo mi cordial saludo al arzobispo Charles Chaput y a los católicos de esa gran ciudad, y espero encontrarme allí con numerosas familias de todo el mundo. Que Dios os bendiga a todos.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos y familias de los países de lengua alemana. Os agradezco vuestra participación en este Encuentro mundial de las familias en Milán. Sabemos que la familia es de importancia vital para la sociedad. Según el plan divino de la creación es el lugar preferido donde el hombre crece y puede aprender cómo ser hombre rectamente. Su contribución al desarrollo integral del hombre es insustituible. Por tanto, hagamos todo lo posible para crear también un clima propicio para la familia y roguemos para que haya buenas familias y para que estén unidas. Desde ahora os invito al próximo Encuentro mundial de las familias en Filadelfia, en 2015. Que el Señor bendiga y custodie a las familias y a todos nosotros.

Saludo con particular afecto a los fieles de lengua española, que con gran entusiasmo participan en este Encuentro mundial de las familias, así como a aquellos que se unen espiritualmente al mismo a través de los medios de comunicación. Que la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, haga crecer a todos interior-



mente en la sabiduría del amor y de la entrega, de modo que siguiendo el ejemplo de la Virgen María, modelo perfecto de hija, madre y esposa, los hogares sean cada vez más templos de Dios y verdaderas Iglesias domésticas por la copiosidad de sus virtudes y la belleza de la mutua unión y la constante fidelidad. Con alegría os anuncio que el próximo Encuentro mundial de las familias de 2015 tendrá lugar en la ciudad de Filadelfia, en los Estados Unidos de América. ¡Feliz domingo!

Saludo a las familias de los diversos países de lengua portuguesa, aquí presentes o en comunión con nosotros, recordando a todas la mirada de la Trinidad divina que, desde la aurora de la creación, se posó sobre la obra realizada y se alegró de ella: «¡Era muy buena!». Queridas familias, sois la obra y la fiesta de Dios. Reservando el domingo para Dios, haced fiesta con Dios y descansad juntos en la Fuente de donde brota la vida para construir el presente y el futuro. Las fuerzas divinas son más poderosas que vuestras dificultades. ¡No tengáis miedo! Sed fuertes con Dios. Con alegría os anuncio que el próximo Encuentro mundial será en 2015 en la ciudad estadounidense de Filadelfia.



Saludo cordialmente a las familias polacas presentes aquí en Milán y a las que se unen a nosotros a través de los medios de comunicación. Que los temas tratados en estos días, «Familia, trabajo y fiesta», refuercen en vosotros el amor, la fidelidad y la honestidad conyugal, alienten a los jóvenes para que deseen “ser” más bien que “tener”, para que ayuden a todos a vivir el domingo como encuentro con Cristo, en la alegría de la fiesta de familia. Para el próximo Encuentro mundial de las familias os invito a Filadelfia en Estados Unidos —Dios mediante— dentro de tres años. Encomiendo a todas vuestras familias a María, Reina de las familias.



Queridas familias milanesas, lombardas, italianas y del mundo entero, os saludo a todas con afecto y os agradezco vuestra participación. Os animo a ser siempre solidarias con las familias que atraviesan mayores dificultades; pienso en la crisis económica y social; pienso en el reciente terremoto en Emilia Romagna. Que la Virgen María os acompañe y os sostenga siempre.

Gracias.



PALABRAS DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI EN EL ALMUERZO EN EL ARZOBISPADO

Domingo 3 de junio de 2012

Al final del almuerzo celebrado en el arzobispado milanés el domingo 3 de junio, los cardenales Scola y Tettamanzi dirigieron palabras de saludo al Papa. El arzobispo emérito le entregó además una valiosa copia del Evangelionario ambrosiano —realizada por grandes artistas actuales— que lleva en portada una representación iconográfica de la Jerusalén del cielo. Benedicto XVI respondió, improvisando, con las siguientes palabras.

Queridos amigos, me parece muy hermoso el hecho de que al final hayamos llegado de nuevo a la Palabra de Dios, que es la clave de la vida, la clave del pensar, del vivir: así comenzamos y concluimos con la Palabra de Dios. Estamos en el ámbito de la verdadera vida. Y simplemente quiero dar las gracias por todo lo que he vivido en estos días: por esta experiencia de la Iglesia viva.

Aunque alguna vez se pueda pensar que la barca de Pedro se encuentra realmente a merced de los vientos contrarios difíciles, vemos que el Señor está



presente, vivo; que el Resucitado está realmente vivo y tiene en su mano el gobierno del mundo y el corazón de los hombres. Esta experiencia de que la Iglesia está viva, que vive por el amor de Dios, que vive por Cristo Resucitado, es —podemos decir— el don de estos días. Por eso, demos gracias ante todo al Señor.

Y gracias también al cardenal Scola, al cardenal Tettamanzi, a sus colaboradores, a todos —son numerosos los que han colaborado— y a todos los que han festejado con nosotros.



HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 188 Euros (mes 15,67 Euros)
50 ejemplares año . . . 364 Euros (mes 30,33 Euros)
100 ejemplares año . . . 620 Euros (mes 51,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid